Sistematización de experiencias de educación popular ambiental y huertas comunitarias en la localidad de suba, Bogotá: aprendizajes colectivos y relaciones con el territorio

Presentado por:

Autora: Angie Paola Casas Fomeque

Director: Jorge Jairo Posada Escobar PhD.

Trabajo de Grado para optar por el título de Magister en Educación

Facultad de Educación Universidad Pedagógica Nacional UPN

Agosto 2026

Índice de Contenidos

Índice de Contenidos....2
1. Introducción....4
Contexto territorial **y** socioambiental....5
Bogotá y los desafíos socioambientales urbanos....5
Agricultura urbana y agroecología en Bogotá....6
Contexto socioterritorial de la localidad de Suba....7
Huertas comunitarias y procesos socioambientales en Suba....9
Breve contexto reciente de la defensa ambiental en Suba....12
Enunciado del Problema....13
Pregunta de Investigación....14
Objetivos....14
Objetivo General....14
Objetivos Específicos....15
Impactos Esperados....15
2. Antecedentes de investigación....16
Breve reseña histórica contemporánea....16
Revisión bibliométrica....20
Antecedentes Investigativos....23
3. Marco Teórico....25
Huertas Comunitarias Urbanas....25
Agroecología....27
Soberanía alimentaria....28
Educación popular....29
Educación popular ambiental....32
Territorio y territorialidad....33
Prácticas del Cuidado....36
4. Marco Metodológico....37
Investigación-Acción Participativa....38
Sistematización de Experiencias....39
Entrevistas semiestructuradas....42
Observación participante....48
5. Hallazgos del proceso de sistematización....49

Huerta Comunitaria Polinizadores 49
Reconstrucción histórica del proceso **y** sus actores 49
Momentos significativos 53
Factores que influyen en el proceso 56
Aprendizajes generados 59
Huerta Paz de la Esperanza 62
Reconstrucción histórica del proceso **y** sus actores 62
Momentos Significativos 65
Factores que influyen en el proceso 68
Aprendizajes generados 71
6. Análisis de hallazgos 72
Hallazgos relacionados con las dinámicas de organización comunitaria 72
Hallazgos relacionados con la agroecología y soberanía alimentaria 76
Hallazgos relacionados con Territorio y Territorialidad 82
Hallazgos relacionados con las metodologías educativas 88
Tensiones**,** conflictos y oportunidades 95
Uso de los espacios 95
Tensiones internas 96
Continuidad de los procesos 96
Relación con las institucionalidades 98
Análisis de la metodología implementada 99
Observaciones **y** recomendaciones 102
7. Conclusiones 104
8. Bibliografía 109
9. Anexos 113

1. Introducción

En las últimas décadas, diversas ciudades latinoamericanas han visto surgir iniciativas orientadas a la recuperación de espacios territoriales a través de la agricultura urbana. Entre estas experiencias, las huertas comunitarias han adquirido un papel relevante como escenarios de encuentro, aprendizaje y construcción de alternativas frente a problemáticas como la pérdida de soberanía alimentaria, la disminución de espacios verdes y el debilitamiento del tejido social (Gómez, 2014). En estos espacios se articulan prácticas agrícolas con procesos pedagógicos y organizativos que dialogan con dinámicas sociales, políticas y ecológicas de los territorios (Zaar, 2011).

En la localidad de Suba, en Bogotá, han emergido diversas iniciativas de huertas comunitarias que, además de producir alimentos y cultivar plantas con diferentes objetivos, se han consolidado como espacios de participación, intercambio de saberes y construcción colectiva del conocimiento. Estos procesos, impulsados por organizaciones comunitarias y dinamizadores locales, promueven valores asociados con el cuidado de los ecosistemas y la apropiación territorial. A través de actividades formativas, encuentros comunitarios y prácticas agroecológicas, las huertas se convierten en escenarios de educación popular donde se construyen aprendizajes colectivos y se fortalecen redes comunitarias.

No obstante, a pesar de su relevancia, algunos de estos procesos cuentan con pocos ejercicios de sistematización que permitan comprender sus trayectorias, metodologías, aprendizajes y retos. La ausencia de espacios de reflexión compartida entre experiencias similares limita la posibilidad de identificar elementos comunes, diferencias, potencialidades y desafíos que podrían contribuir al fortalecimiento de estos procesos y a la producción de conocimiento. En este contexto, el presente trabajo tiene como propósito sistematizar experiencias participativas y analizar los aprendizajes derivados de dos procesos en la localidad de Suba: Huerta Paz de la Esperanza y Huerta Comunitaria Polinizadores, a partir de un enfoque participativo que integra herramientas como entrevistas, observación participativa y diálogo de saberes. La investigación busca reconstruir las trayectorias de estos procesos, identificar las prácticas educativas que se emplean y analizar la manera en que se

articulan con las dinámicas territoriales, así como generar reflexiones que contribuyan al fortalecimiento de estas iniciativas comunitarias. Asimismo, se pretende evidenciar el valor de la sistematización de experiencias como una herramienta para recuperar aprendizajes colectivos y promover procesos de diálogo entre actores que comparten problemáticas y aspiraciones comunes.

Contexto territorial y socioambiental

El análisis de las huertas comunitarias requiere comprender el contexto territorial y socioambiental en el que estas emergen, pues sus prácticas, formas organizativas y aprendizajes no pueden interpretarse de manera aislada de las dinámicas urbanas que las configuran. Bogotá constituye un escenario atravesado por transformaciones derivadas del crecimiento urbano, las desigualdades socioespaciales y las problemáticas ambientales propias de una ciudad en constante expansión. Frente a estos desafíos, la agricultura urbana y la agroecología han adquirido relevancia como estrategias de recuperación ecológica, fortalecimiento del tejido comunitario y apropiación del territorio.

Particularmente, la localidad de Suba representa un espacio donde convergen procesos de urbanización acelerada, ecosistemas estratégicos y una amplia diversidad de iniciativas comunitarias que buscan responder a las tensiones socioambientales mediante acciones colectivas. En este apartado se presenta el contexto territorial en el que se desarrollan las huertas comunitarias Polinizadores y Paz de la Esperanza, abordando, en primer lugar, los principales desafíos socioambientales de Bogotá; posteriormente, el desarrollo de la agricultura urbana y la agroecología en la ciudad; luego, las características socioterritoriales de la localidad de Suba; y, finalmente, el papel que desempeñan las huertas comunitarias como procesos de transformación socioambiental y construcción territorial.

Bogotá y los desafíos socioambientales urbanos

En las últimas décadas, Bogotá ha experimentado un proceso acelerado de crecimiento que ha transformado profundamente las relaciones entre las comunidades que le habitan y sus

territorios, fruto de las dinámicas de desplazamiento forzado en el país, la demanda de mano de obra barata, y el acceso a oportunidades formales e informales de educación y trabajo que representa la urbe en contraste con otras regiones del país (Montoya, 2012; Sánchez, 2008). Este crecimiento ha generado múltiples desafíos socioambientales, entre ellos la reducción de áreas verdes, el deterioro de ecosistemas urbanos, la presión sobre los recursos naturales y la creciente dificultad para garantizar condiciones adecuadas de soberanía alimentaria y calidad ambiental para la población (Sánchez, 2024).

Estos problemas se manifiestan en una ciudad caracterizada por una alta densidad poblacional y una constante expansión urbana que ha generado transformaciones significativas en el uso del suelo y en los ecosistemas locales (Klaufus y Jaffe, 2015). Frente a estas dinámicas, distintas organizaciones, colectivos ambientales e instituciones públicas han promovido iniciativas que buscan fortalecer la relación entre la ciudadanía y su entorno, entre ellas la agricultura urbana y las huertas comunitarias.

Agricultura urbana y agroecología en Bogotá

La agricultura urbana ha adquirido una creciente relevancia en Bogotá como una estrategia para promover la sostenibilidad, la soberanía alimentaria y la participación comunitaria en la gestión del territorio. Estas iniciativas se desarrollan tanto en espacios institucionales como en procesos autónomos impulsados por comunidades y colectivos locales. De acuerdo con el Observatorio Ambiental de Bogotá, al corte del año 2021, existen en la ciudad más de 4 mil huertas urbanas (Observatorio Ambiental de Bogotá, 2022), aproximadamente una por cada 2000 habitantes, y según el Jardín Botánico de la ciudad, se contabilizaba en ellas, cerca de 21 mil participantes asistidos en el marco del programa "Bogotá es mi huerta"(Sánchez, 2024).

Diversos estudios señalan que los problemas asociados a la soberanía alimentaria y espacios ecológicos en la ciudad son críticos. Para el año 2023, cerca de un millón y medio de habitantes de Bogotá (es decir, el 19 %) tenían dificultades para acceder de manera eficaz a alimentos y sufrían de hambre, encontrándose en situación de inseguridad alimentaria (Departamento Administrativo Nacional de Estadística [DANE], 2024). Por otro lado, de

acuerdo con la ONG Greenpeace, en el año 2020, “el 80 % de la población [en Bogotá] vive con déficit de áreas verdes”, donde no se cumple con las recomendaciones de la Organización Mundial de la Salud (OMS) que establecen un mínimo de 9 metros cuadrados de áreas verdes urbanas por cada habitante (Greenpeace Colombia, 2020) y la localidad de Suba apenas cumple la directriz, con 9.2 m^2. Investigaciones sobre el arbolado urbano y servicios ecosistémicos han demostrado que su distribución en Bogotá presenta fuertes desigualdades socioespaciales, donde los sectores con mayores ingresos tienden a concentrar mayor cobertura arbórea y biodiversidad (Escobedo et al., 2015; Mutis & Armenteras, 2025), lo que a su vez implica que efectos deseables de la vegetación urbana sean inequitativos, entre los que están la reducción de contaminantes atmosféricos mediante la captura de gases y material particulado, regulación térmica y conservación de fauna y flora (Suret Leguizamón, 2024).

Contexto socioterritorial de la localidad de Suba

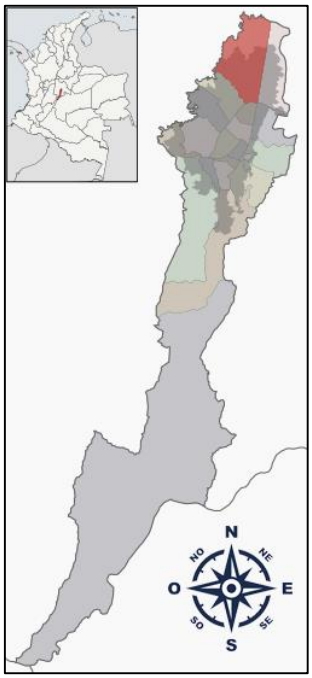
La localidad de Suba es la número 11 de Bogotá, se ubica en el noroccidente y constituye una de las zonas más extensas y pobladas de la ciudad. En la actualidad, cuenta con 1 332 958 habitantes, distribuidos en 101 kilómetros cuadrados (DANE, 2021), lo que la hace la localidad más poblada de la ciudad, aunque con una densidad menor al promedio de la urbe. Limita al norte con el municipio de Chía (Cundinamarca), al sur con la localidad de Engativá, al oriente con la localidad de Usaquén y al occidente con el municipio de Cota (Cundinamarca).

Históricamente, este territorio estuvo conformado por áreas rurales y comunidades indígenas, particularmente del pueblo muisca, que desarrollaban actividades agrícolas y mantenían una estrecha relación con los ecosistemas de la sabana de Bogotá (Gutiérrez, 1999). Sin embargo, durante las últimas décadas Suba ha experimentado un proceso acelerado de urbanización que ha transformado profundamente su paisaje y sus dinámicas sociales. Al igual que en otras localidades, este proceso está caracterizado por la construcción de un número importante de centros comerciales, conjuntos cerrados de viviendas y diferentes vías de acceso vehicular, donde la individualización marca la forma concreta de urbanismo y arquitectura

periférica, por lo cual las relaciones sociales se vuelven más distantes en comparación a la vida rural de antaño (González, 2013).

Figura 1

Ubicación de la Localidad de Suba en Bogotá.



Fuente: Adaptado de Bogotá districts map (Wikipedia Contributors, 2024), Wikimedia Commons, https://commons.wikimedia.org/

Otro fenómeno relevante es la industrialización, en el entendido que Suba es la subdivisión urbana donde más se concentran empresas del país, por encima de 39 mil, lo que representa a su vez el 13 % del total de la ciudad, así como más del 10 % de las empresas extranjeras de Bogotá (Montañez, 2019). Una parte de este sector económico se concentra también en la transformación de la ruralidad en función de la agroindustria, especialmente en lo concerniente a la floricultura (Martínez et al, 2025).

Producto de la urbanización e industrialización, gran parte del paisaje rural se ha perdido, lo que incluye suelos cultivables, zonas naturales y áreas de regulación hídrica, afectando los

equilibrios dada la fragmentación de los paisajes (Palacios, 2022). A pesar de ello, la localidad conserva importantes ecosistemas estratégicos, entre ellos varios humedales urbanos que cumplen funciones ecológicas fundamentales para la conservación de la biodiversidad, como los cerros de Suba y La Conejera, el parque mirador de los Nevados, el santuario que resguarda el cabildo y los humedales Tibabuyes, Córdoba, La Conejera y Torca-Guaymaral, además de la Reserva natural Van der Hammen. Junto con Bosa, son las únicas localidades de la capital que cuentan con un Cabildo Indígena Muisca.

A su vez, la localidad de Suba posee una importancia estratégica dentro de la sabana de Bogotá al constituirse como un nodo de conectividad entre distintos ecosistemas (Santiago, 2012). Su ubicación permite articular corredores ecológicos que enlazan los cerros orientales con la red de humedales del altiplano, lo que favorece el flujo de biodiversidad, la regulación hídrica y la continuidad ecológica (Peña y Prieto, 2014; Trespalacios et al., 2008) y resulta fundamental en un contexto de fragmentación urbana, ya que permite mantener funciones ecológicas y aporta a la resiliencia ambiental de la ciudad (Hernández et al., 2014).

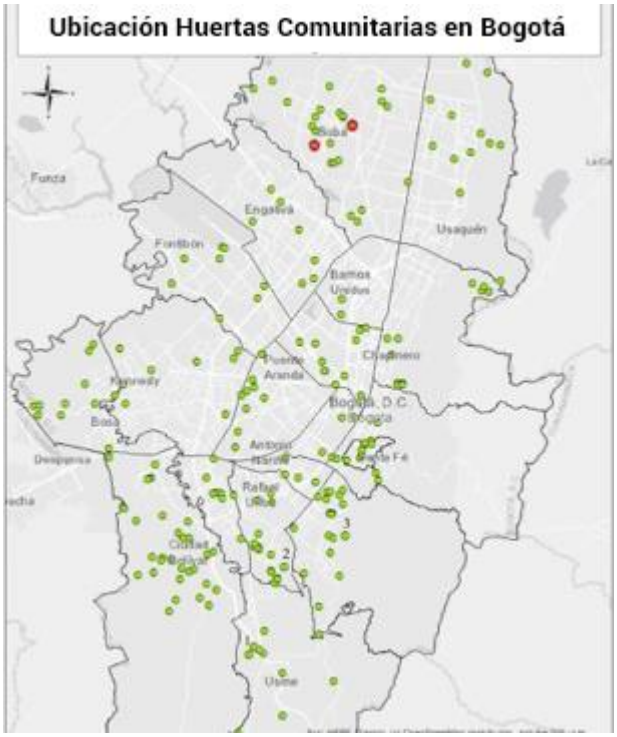
Huertas comunitarias y procesos socioambientales en Suba

A través de la siembra de alimentos y otras plantas, la recuperación de suelos y la implementación de prácticas agroecológicas, así como todo el tejido social y político que surge en y alrededor de las huertas urbanas se contribuye a la generación de espacios de encuentro comunitario, aprendizaje colectivo y cuidado ecosistémico. La agroecología se ha consolidado como un enfoque que orienta muchas de estas prácticas, al integrar conocimientos tradicionales, saberes locales y principios de conservación en la siembra de plantas. Además de su dimensión productiva, las huertas urbanas se han convertido en escenarios pedagógicos donde se desarrollan procesos de educación ambiental y popular, permitiendo a las comunidades reflexionar sobre su relación política y social con el territorio, el ambiente y los sistemas alimentarios, cuestionando de donde provienen los alimentos y como son distribuidos de manera inequitativa, convirtiéndose en espacios de reconfiguración territorial (Altieri y Nicholls, 2023).

De acuerdo con el Sistema de Información Geográfica del proyecto de agricultura urbana y periurbana agroecológica del Jardín Botánico de Bogotá José Celestino Mutis (SIGAUPA), en el año 2018 se hizo un estudio con 228 huertas de la ciudad, de las cuales el 37 % son comunitarias, el 30 % son familiares y el 28 % de carácter institucional (Chicaguy, 2018). Si bien no representa una muestra significativa, indica una tendencia en relación con la asociación de vecinos y familias alrededor de las huertas, destinadas mayoritariamente al autoconsumo, como también se indica en la tendencia encontrada en otros estudios similares (Cáceres, 2020; Salamanca , 2016). En el 2017, el ingeniero Diego Rodríguez mostró que cerca del 80 % de las huertas urbanas de la ciudad estaban compuestas por mujeres, además que en su mayoría estaban enfocadas en prácticas agroecológicas amigables con los ecosistemas y sin el uso de sustancias químicas artificiales para el control de plagas o enfermedades (Rodríguez, 2017).

Figura 2

Ubicación de Huertas Urbanas en Bogotá.

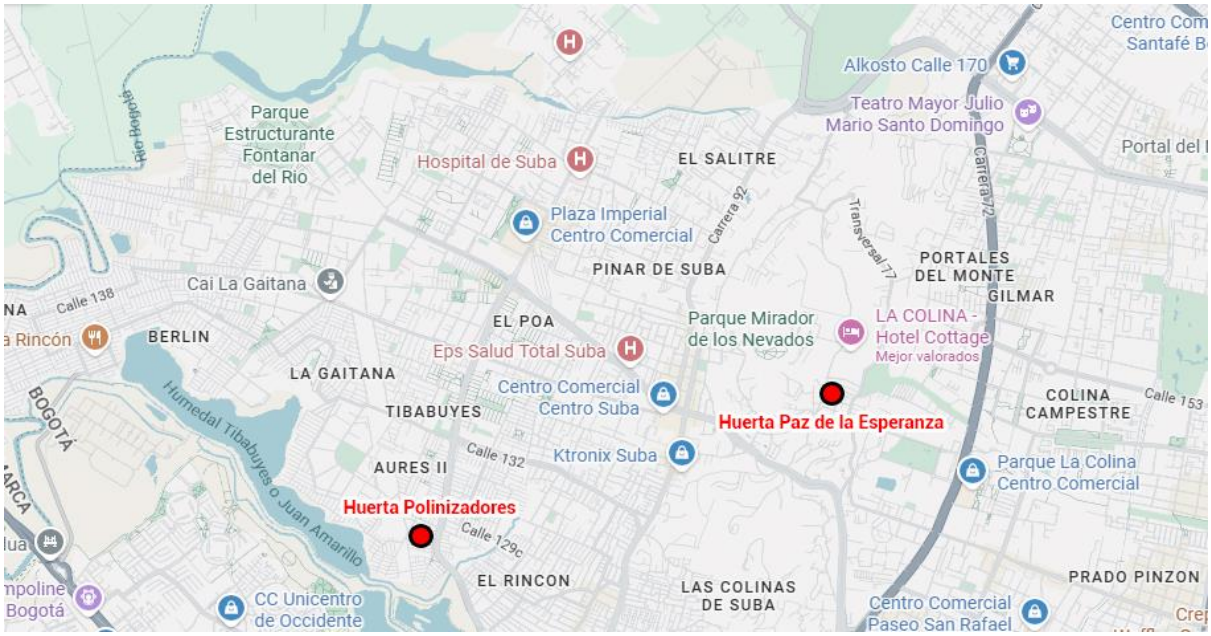


Nota: En rojo se observa la ubicación de la Huerta Paz de la Esperanza y Huerta Comunitaria Polinizadores. Fuente: elaboración propia, con datos obtenidos a partir del Sistema de Información Geográfica del proyecto de agricultura urbana y periurbana agroecológica del Jardín Botánico de Bogotá José Celestino Mutis (SIGAUPA).

En Suba existen diversas experiencias de huertas comunitarias que han sido impulsadas por colectivos, organizaciones sociales y habitantes de los barrios. De acuerdo con el Jardín Botánico se contabilizaron 9 huertas en esta localidad para los meses entre agosto y diciembre 2017, en su programa "Bogotá, Mi Huerta" (Chicaguy, 2018). En este marco, se construye la Huerta Paz de la Esperanza y la Huerta Comunitaria Polinizadores, las cuales constituyen ejemplos de procesos que articulan la agroecología en la localidad.

Figura 3

Ubicación de las huertas cuyas experiencias fueron sistematizadas en la presente investigación en la Localidad de Suba.



Fuente: Google Maps ®.

Breve contexto reciente de la defensa ambiental en Suba

En las últimas décadas, la localidad de Suba se ha consolidado como un territorio clave en la defensa ambiental urbana en Bogotá, particularmente en torno a la protección de recursos hídricos y su biodiversidad. Ecosistemas como el Humedal La Conejera, el Humedal Tibabuyes y el Humedal Córdoba han sido escenarios de conflictos socioambientales, víctimas de la expansión urbana, la contaminación y proyectos de infraestructura de movilidad o industrial (Cendales, 2021). Frente a estas amenazas, organizaciones comunitarias han desarrollado procesos de defensa territorial que combinan acciones ecológicas, jurídicas y pedagógicas, posicionando la protección de estos espacios como una lucha por el derecho a la ciudad y la conservación de la biodiversidad (Lara, 2021; Nova et al., 2025; Santiago, 2012).

Uno de los casos más emblemáticos es el del Humedal La Conejera, donde desde finales de los años noventa diferentes colectivos han liderado procesos de restauración ecológica, educación ambiental y acción territorial frente a impactos negativos de diferentes proyectos de expansión urbana (Roncancio et al., 2016) (Vivas, 2024). Estas iniciativas han permitido la recuperación progresiva, así como su reconocimiento como área protegida dentro de la estructura ecosistémica de Bogotá. De manera similar, en el Humedal Tibabuyes organizaciones comunitarias han denunciado históricamente problemáticas como vertimientos contaminantes, ocupación ilegal y obras de canalización, promoviendo acciones colectivas de defensa y apropiación del territorio (Corredor y Santiago, 2024; El Espectador, 2023). En el caso del Humedal Córdoba, los procesos de movilización comunitaria han tenido relevancia frente a proyectos de infraestructura vial que amenazaban su integridad ecológica: colectivos ciudadanos, junto con organizaciones ambientales, impulsaron acciones legales y jornadas de concientización que lograron visibilizar el conflicto, evidenciando la importancia de estos ecosistemas como corredores biológicos y espacios de bienestar urbano (Cardozo, 2025).

La defensa de los humedales ha estado estrechamente vinculada a procesos de educación popular (Márquez, 2020), donde las comunidades no solo participan en acciones de restauración, sino que también generan espacios de formación, reflexión, memoria y

construcción de conocimiento sobre el territorio. Actividades como recorridos ecológicos, talleres comunitarios y procesos de cartografía social han permitido fortalecer la apropiación territorial y la conciencia ecológica (Casas, 2021).

Un punto de inflexión contemporáneo fue el estallido social, serie de movilizaciones sociales y reivindicativas que se dieron en todo el país durante el año 2019 y luego en 2021. Diversas investigaciones resaltan el papel dinamizador que significó en esta coyuntura la defensa ambiental (Acosta, 2022; Báez et al., 2023).

En la actualidad, estos procesos han enfrentado desafíos asociados a la presión inmobiliaria, la fragmentación institucional, la presencia de grupos armados ilegales y las tensiones entre desarrollo urbano y conservación ecosistémica. No obstante, también han contribuido a la consolidación de redes comunitarias y a la incidencia en políticas públicas locales, como el fortalecimiento de la estructura ecológica y programas de educación ambiental del distrito (Cossio y Puerto, 2016).

Enunciado del Problema

En los últimos años, en la localidad de Suba (Bogotá) han surgido iniciativas comunitarias orientadas a la educación popular y al desarrollo de huertas urbanas como estrategias para fortalecer la organización social, promover la soberanía alimentaria y generar apropiación territorial. Estas experiencias han permitido la construcción de saberes colectivos y prácticas socioambientales que dialogan con las dinámicas políticas, culturales y ecológicas.

Sin embargo, a pesar de su relevancia, muchos de estos procesos se desarrollan de manera semi aislada y no tienen un diálogo generacional o entre dinamizadores de forma estructural, cuentan con pocos ejercicios de sistematización que permitan reflexionar sobre la forma en que se relacionan con sus contextos territoriales. La ausencia de análisis comparativos entre experiencias similares limita la posibilidad de identificar elementos comunes, diferencias, aportes y desafíos que puedan fortalecer estos procesos y aportar a la construcción de

conocimiento desde la educación popular. Al respecto, es preciso destacar que este tipo de procesos comparten también amenazas que ponen en riesgo su continuidad, así como contextos hostiles y falta de apoyo institucional, donde el compartir de saberes por medio del encuentro puede suponer maneras de enfrentar estas problemáticas.

Surge la necesidad de analizar y sistematizar las experiencias de dos procesos de huertas comunitarias en la localidad de Suba (Huerta Paz de la Esperanza y Huerta Comunitaria Polinizadores), con el fin de identificar sus aprendizajes colectivos, las metodologías que emplean en su quehacer y la manera en que estos procesos se articulan con las dinámicas territoriales, la composición de quienes los sostienen, las potencialidades y problemáticas específicas o comunes. Este ejercicio busca aportar a la comprensión de estas iniciativas desde una perspectiva crítica y participativa, así como generar reflexiones que permitan fortalecer este tipo de procesos comunitarios.

Pregunta de Investigación

¿Qué aprendizajes colectivos, metodologías y relaciones con el territorio surgen de la sistematización de experiencias participativa de dos procesos que articulan la educación popular y huertas comunitarias en la localidad de Suba (Bogotá)?

Objetivos

Con el propósito de orientar el desarrollo de la presente investigación y dar respuesta a la pregunta planteada, se establecen los siguientes objetivos.

Objetivo General

Identificar diferentes reflexiones acerca de la relación entre dos procesos organizativos ambientales en la localidad de suba (Bogotá), Huerta Paz de la Esperanza y Huerta Comunitaria Polinizadores, con sus territorios y la educación popular mediante una sistematización de experiencias participativa.

Objetivos Específicos

1. Analizar las experiencias de los procesos de las huertas comunitarias Polinizadores y Paz de la Esperanza, reconociendo las relaciones entre sus trayectorias organizativas y los contextos territoriales, históricos, sociales y socioambientales en los que se desarrollan.
2. Identificar, a partir de la sistematización y la reflexión colectiva de las experiencias, los aprendizajes colectivos, las metodologías educativas, las dinámicas de organización comunitaria y las proyecciones construidas por los procesos de huertas comunitarias.
3. Analizar las experiencias sistematizadas para identificar elementos comunes, diferencias, potencialidades y problemáticas en relación con el territorio, con el fin que las reflexiones aporten al fortalecimiento de estos procesos comunitarios.

Impactos Esperados

La investigación pretende contribuir al fortalecimiento de los procesos comunitarios vinculados a las huertas urbanas, al generar espacios de reflexión colectiva sobre sus trayectorias, aprendizajes y desafíos. A través de la sistematización y la retroalimentación participativa, los actores involucrados podrán reconocer sus avances, identificar problemáticas comunes y fortalecer sus dinámicas organizativas, por medio de una mirada reflexiva.

Desde la perspectiva de la educación popular, este trabajo busca generar aprendizajes colectivos significativos tanto para los participantes como para la investigadora. La sistematización permite visibilizar metodologías, prácticas pedagógicas y formas de construcción de conocimiento que pueden ser replicadas o adaptadas en otros contextos.

Por otro lado, la investigación puede aportar a una mejor comprensión de la relación entre las huertas comunitarias y las dinámicas territoriales en la localidad de Suba, lo que puede contribuir a procesos de apropiación y gestión ambiental comunitaria, al visibilizar las potencialidades y problemáticas de estos procesos. Se generan insumos para fortalecer

estrategias orientadas a la agroecología urbana, la soberanía alimentaria y la defensa socio ambiental.

Desde el ámbito académico, este estudio contribuye a la producción de conocimiento situado, basado en experiencias concretas de educación popular en contextos de huertas urbanas y resulta relevante en tanto existen pocos ejercicios de sistematización comparativa en este tipo de procesos.

De igual manera, el trabajo aporta a la comprensión y aplicación de la Sistematización de Experiencias Participativa y la Investigación Acción Participativa como perspectivas teórico-metodológicas para el estudio de procesos comunitarios. La investigación evidencia la pertinencia de estas perspectivas para producir conocimiento de manera colectiva, recuperar la memoria de los procesos organizativos, favorecer la reflexión crítica de las experiencias y fortalecer la participación de los actores involucrados.

2. Antecedentes de investigación

La revisión de antecedentes investigativos constituye un elemento fundamental para comprender el estado del conocimiento en torno al objeto de estudio y situar la presente investigación dentro de las discusiones académicas existentes. En este apartado se analizan investigaciones relacionadas, con el propósito de identificar los principales aportes teóricos y metodológicos. Los antecedentes permiten reconocer las particularidades del presente estudio, para situarlo en un contexto académico específico.

Breve reseña histórica contemporánea

En la época precolombina en América, la relación entre centros poblados y cultivos era estrecha. De acuerdo con diferentes crónicas, las ciudades principales poseían grandes extensiones de siembra, y la mayor parte de mano de obra se destinaba a la agricultura. Durante el proceso de conquista y colonización, los europeos usaron a pueblos indígenas como

campesinos en el nuevo ordenamiento, bajo la figura del terraje o la mita; sin embargo, estos continuaron las prácticas de cultivo adaptándose al intercambio de plantas (como el trigo o arroz) en sus propias huertas. Se provocó el establecimiento de una jerarquía entre propietarios (encomenderos) y trabajadores del campo (indígenas y posteriormente afrodescendientes), quienes trabajaban para su subsistencia, bajo la modalidad de servidumbre o esclavitud (Luelmo, 1975).

Además de los cambios en las dinámicas agrícolas, la colonización impulsó choques en los modos de vida, de pensar y de relación con los ecosistemas; estaban impuestos de acuerdo con la lógica europea cristiana, promoviendo cambios socioeconómicos, ecológicos y alimenticios en los pueblos originarios (Patiño, 1990). Así, los huertos comunes fueron desplazados por huertas familiares y jardines, orientadas a la visión propietaria privada de los colonizadores (Zambrano, 2015), a la par que se desarrollaban diversos cultivos de gran extensión a las afueras de las ciudades mientras se entraba en la revolución industrial. Esto genero una desconexión cultural, espiritual y territorial con la naturaleza. Sin embargo, muchas comunidades mantuvieron sus prácticas ancestrales y lograron adaptarlas.

Conforme crecían las ciudades coloniales, comenzaron a surgir los comercios de alimentos en grandes puntos de encuentro (plazas de mercado), donde los campesinos podían ofrecer sus productos en las crecientes urbes. En América Latina, a finales del siglo XIX, cuando se consolidó la revolución industrial, la relación entre lo urbano y lo rural sufrió transformaciones drásticas en el campo cultural y social, pues el crecimiento de los barrios se centró en viviendas para mano de obra barata y generó espacios donde ya no se podía cultivar con la misma facilidad; una ruptura con la herencia campesina. Este proceso promovió el consumo de mercancías, la reproducción de relaciones capitalistas y la modernización del ordenamiento territorial alrededor de la siembra, transformando las infraestructuras físicas y sociales hasta la actualidad. Esto llevó a que los espacios rurales quedaran cada vez más lejos de las ciudades y, con el avance tecnológico en los medios de transporte, motivó a campesinos, hacendados y agroindustriales a extenderse hacia selvas, ciénagas y bosques, configurando un

centro industrial en las ciudades, periferias de residencia a su alrededor y fronteras agrícolas en lugares más alejados durante el siglo XIX y XX (Limonad y Monte-Mór, 2012).

En este contexto histórico es importante considerar el impacto de la llamada Revolución Verde, un proceso impulsado a mediados del siglo anterior que promovió la modernización de la agricultura mediante el uso de semillas alteradas artificialmente, fertilizantes sintéticos, pesticidas y mecanización. Si bien esta estrategia permitió incrementar significativamente la producción de alimentos a nivel global, también generó profundas transformaciones en los sistemas agrícolas y territoriales, favoreciendo modelos de producción intensiva orientados al mercado y dependientes de insumos externos. En América Latina sus efectos se tradujeron en la consolidación de la agroindustria, la pérdida de diversidad agrícola, la degradación de suelos y el desplazamiento y estigmatización de los saberes campesinos tradicionales. De igual forma se impuso un cambio drástico en las dietas de las familias, donde se aumentó el consumo de alimentos que no se producían en su entorno inmediato y privilegiando la cantidad sobre la calidad nutricional (Altieri y Nicholls, 2005).

Durante los años 1930 y 1950, la mayoría de las ciudades latinoamericanas tuvieron un crecimiento acelerado, producto entre otros factores, de la Revolución Verde. En Colombia, desde los años 40 ha existido además un incremento poblacional urbano como consecuencia del desplazamiento forzado a razón del conflicto armado. Al revisar la transformación urbana, se impulsó desde la institucionalidad la creación de arquitecturas multifamiliares, barrios obreros y urbanizaciones en las periferias, que se convirtieron en sitios de residencia mientras los habitantes debían desplazarse a los centros de las ciudades o zonas industriales para trabajar, creando un perímetro urbano donde también surgieron barrios informales o de invasión, que albergaban una oferta laboral mayor que la demanda y por consiguiente, generaron cordones de miseria y desempleo. Esto reprodujo una diferenciación dentro de las propias urbes, que se manifestaba en una desigualdad en el acceso a servicios básicos, derechos humanos, problemáticas ecológicas y dinámicas sociales, entre zonas acomodadas y barrios populares (Martin y Muscar, 1992).

Esta situación histórica ocasionó que las capas de población populares generen propuestas, debates y acciones encaminadas a resolver las problemáticas que identifican en sus territorios. Han emergido movimientos sociales y políticos que promulgan por una transformación profunda de estas desigualdades, muchos de los cuales cuestionan la relación campo-ciudad y el papel de los trabajadores rurales, así como los desafíos ecológicos en las periferias populares, con lo cual, el interés en las huertas urbanas comenzó a crecer como una parte intrínseca de colectivos y movimientos de carácter reivindicativo en las últimas décadas.

Tanto antes como ahora, las huertas tienen como objetivos el cultivar alimentos y otras plantas con diferentes usos. Por un lado, en las ciudades, brindan alternativas económicas, cumplen labores como la mitigación de déficit alimentario, se aprende y enseña sobre plantas medicinales u ornamentales aportando servicios de salud comunitaria, cuestiona y reconstruye el urbanismo, etc. Las huertas también cumplen un rol político y social: a modo de ilustración, durante las guerras mundiales en Europa, los mecanismos de abastecimiento basados en huertas familiares y comunitarias se mostraron como señal de patriotismo (Lawson, 2005). En Cuba, durante el periodo especial después de la caída de la Unión Soviética, hubo una profunda crisis donde se perdió cerca del 80 % de los alimentos que provenían del exterior, con lo cual se motivó al aumento de las huertas urbanas (Compés, 1997), desarrolladas a través del Movimiento de Patios y Parcelas que se tomaba espacios subutilizados para la siembra (Plonska y Saramifar, 2019); actualmente, cerca de 90.000 pobladores de esta Isla aún están vinculados a formas de producción agrícola urbana (Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura [FAO], 2014a).

Muchas de estas propuestas de huertas urbanas se acompasan con prácticas tradicionales, algunas que se remontan a épocas precolombinas. En México, por ejemplo, se han desarrollado huertas que replican sistemas tradicionales como chinampas, balsas flotantes y terrazas, con el propósito de abastecer a personas en condiciones de pobreza, que representan el 30 % de la población de su capital (FAO, 2007). En Argentina, los huertos se establecen a partir de redes autogestionadas y cooperativas, y se sustentan sobre procesos de educación popular (Punto Periferia, 2021), donde han representado alternativas frente a crisis

económicas. En países centroamericanos como Honduras y Nicaragua, las huertas urbanas están apoyadas institucionalmente de forma que atienden el déficit alimentario, fortalecen la económica familiar y son estrategias para combatir la pobreza (FAO, 2014b).

Como se mencionó anteriormente, Colombia sufrió un proceso de degradación de conflicto armado que se profundizó a partir de los años 80, con lo cual muchas familias campesinas fueron desplazadas a las ciudades (Buitrago, 2025), quienes, a su vez, llevaban sus saberes agrícolas. Esto hizo que las huertas que ya existían tuvieran un reencuentro con los conocimientos rurales tradicionales, fomentando la creación de espacios de carácter comunitario y familiar, con un legado cultural e identitario campesino. En la última década, estas huertas han incrementado su número, así como procesos de formación pedagógica y coordinación; por ejemplo, en Medellín, se consolidó la Red de Huerteros en 2013 y en la ciudad de Cali se organizó la Red de Huerteros Agroecológicos en 2022 (Buitrago, 2025). En Bogotá desde el año 2004 se institucionalizó el programa de agricultura urbana y periurbana, donde se ha responsabilizado al Jardín Botánico en el acompañamiento, implementación, investigación y capacitación de huertas en la ciudad (Lara y Jaramillo, 2022) (Ramírez et al., 2008). Recientemente, durante la pandemia provocada por el COVID-19, muchas comunidades optaron por crear huertas o fortalecer las existentes, para responder a la crisis económica y alimentaria devengada (Richter y Cuenca, 2018), coyuntura que se solapó con las manifestaciones en el estallido social, donde se promovió su dimensión política y comunitaria, junto con las ollas comunitarias y procesos de educación popular.

Revisión bibliométrica

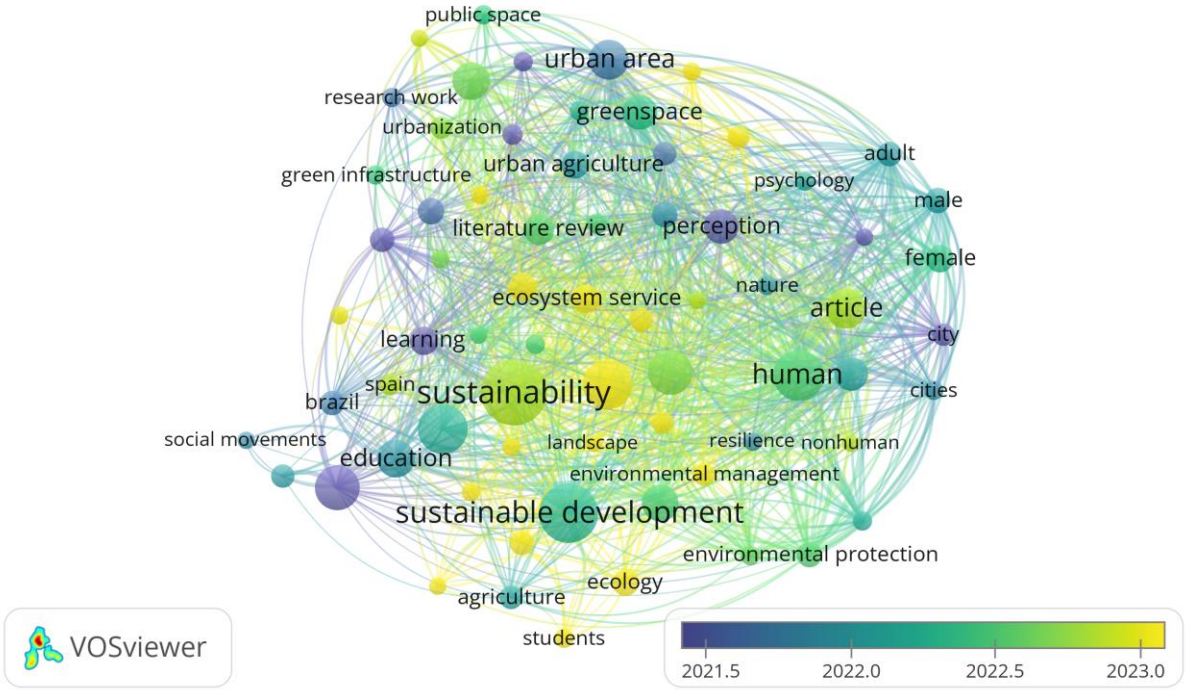
A partir del estudio de contexto planteado, se tienen tres categorías clave en este estudio: a) huertas comunitarias urbanas, b) educación popular y educación ambiental, y c) territorio y territorialidad. Con el fin de poder contrastar hallazgos, se hará una revisión de literatura relacionada con estas categorías.

Para ello se comienza con un análisis bibliométrico que permita ubicar las tendencias en la literatura académica indexada en los últimos años. Se usó Scopus, que es la mayor base de

datos de publicaciones revisadas por pares, propiedad de Elsevier, donde se buscaron textos tanto en idioma español como inglés, filtrando títulos, resumen o palabras clave que se relacionaran con los tres conceptos teóricos y durante los últimos 10 años. Se encontraron 1285 documentos[1], siendo la mayoría artículos o capítulos de libros de las ciencias sociales, ciencias ambientales, ciencias agrícolas y biológicas. Con ayuda del software VOSviewer, se pueden visualizar las tendencias de coocurrencia entre palabras clave:

Figura 4

Resultados por coocurrencia y para periodos de tiempo, de palabras clave en investigaciones indexadas en la base de datos Scopus



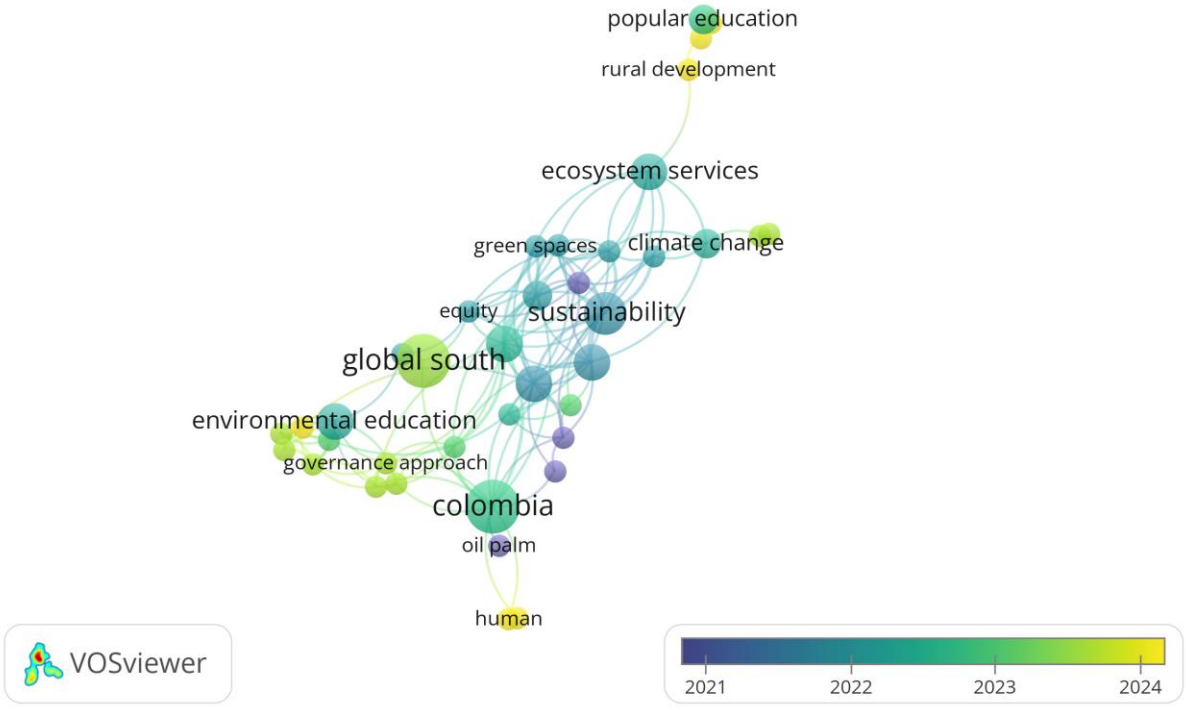
[1] El criterio de búsqueda usado es: TITLE-ABS-KEY (("Educación popular" OR "Educación ambiental" OR "Educación popular ambiental" OR "Pedagogía popular" OR "Pedagogía crítica" OR "Educación comunitaria" OR "Popular education" OR "Environmental education" OR "Popular environmental education" OR "Critical pedagogy") AND ("Huerta" OR "Huerta comunitaria" OR "Huertas" OR "Huertas comunitarias" OR "Huerta urbana" OR "Huertas urbanas" OR "Agricultura urbana" OR "Agricultura comunitaria" OR "Agroecología" OR "Agroecología urbana" OR "Garden" OR "Community garden" OR "Community gardens" OR "Urban garden" OR "Urban gardens" OR "Urban agriculture" OR "Urban farming" OR "Community agriculture" OR "Agroecology" OR "Urban agroecology") AND ("Territorio" OR "Territorialidad" OR "Espacio urbano" OR "Territory" OR "Territoriality" OR "Urban space")) AND PUBYEAR > 2015 AND PUBYEAR < 2027

Nota: la coocurrencia se trabajó con base en 1285 documentos.

De acuerdo con los resultados, las palabras relevantes que más se relacionan en diferentes estudios en inglés son sustainability, climate change, sustainable development, biodiversity, urban areas, and green spaces, traducidas al español como sostenibilidad, cambio climático, desarrollo sostenible, biodiversidad, áreas urbanas y espacios verdes, respectivamente. Esto indica que hay un fuerte vínculo entre los retos identificados por la agroecología y el criterio de búsqueda. Los estudios más recientes se enfocan la sostenibilidad y el cambio climático.

Al repetir la búsqueda, pero agregando como condición el uso en el título, resumen o palabras clave, de Bogotá o Suba, con el fin de delimitar el análisis[2], se obtuvo un resultado de 65 documentos, la mayoría artículos o libros. A continuación, se muestra los resultados de coocurrencia de palabras clave:

Figura 5



[2] Al criterio de búsqueda antes definido, se agregó como condición AND ("Suba" OR "Bogotá").

Resultados para Bogotá por coocurrencia de palabras clave en investigaciones indexadas en la base de datos Scopus

. Nota: la coocurrencia se trabajó con base en 65 documentos.

Se encuentra que las palabras relevantes que más tienen peso en la coocurrencia son urban planning, sustainability, environmental justice, sustainable development, ecosystem services, green spaces, urban ecosystems, and environmental education, que en español son planeación urbana, sostenibilidad, justicia ambiental, desarrollo sostenible, servicio ecosistémico, espacios verdes, ecosistemas urbanos y educación ambiental. Recientemente, los estudios se han concentrado en la biodiversidad, comunidades indígenas y desarrollo rural, a partir del 2024.

Antecedentes Investigativos

Se revisaron en detalle los 10 artículos con mayor citación del análisis bibliométrico anterior. Se encuentra como conclusión general que las huertas comunitarias tienen como componente permanente interno metodologías de educación popular y ambiental, pero cuyos objetivos generalmente se enmarcan en demandas estructurales y que exceden el espacio físico donde se encuentran y en el que influyen directamente (Altieri y Nicholls, 2023; Fantini, 2016).

Así, en Bogotá, la vinculación de las huertas con el derecho a la buena alimentación y el trabajo en huerta como mecanismo para reflexionar, debatir y proponer alternativas en relación con la desigualdad económica, el ordenamiento urbano y la relación campo-ciudad es el primer punto articulador, usualmente, con fuertes componentes políticos (Prunier et al., 2020). Esto genera que muchas huertas se encuentren en el marco de movimientos sociales mucho más amplios, donde el espacio físico de siembra también tiene un fuerte componente educativo, se presta para reuniones de diferente índole y se promueven articulaciones con otras huertas y procesos.

De esa forma, existen dos claras diferenciaciones de las huertas revisadas en la literatura y su vínculo con el desarrollo sostenible: una mirada académica que las estudia como un elemento que permite mejorar la urbanidad, y que deben contar con un apoyo institucional más sólido y permanente (Mougeot et al., 2000; Tornaghi & Certomà, 2019) y aquellos procesos que plantean horizontes reivindicativos, cuestionando los modelos de desarrollo vigentes y promoviendo otros que pueden ser complementarios o totalmente nuevos (McClintock, 2014; Rosset y Torres, 2016; Tornaghi, 2014). Así, la relación con la ciudad y el desarrollo sostenible no está definido, sino que es una tensión entre las relaciones de los sujetos que forman las huertas, sus trayectorias, miradas sociales, económicas y políticas, así como las relaciones que crean con la institucionalidad, vecindad y otros actores.

Fruto de esta segunda perspectiva, mucho más crítica con los modelos de producción alimentaria y ordenamiento territorial urbano hegemónicos, las huertas en Latinoamérica son atravesadas por prácticas agroecológicas, de especial atención. Se habla sobre el manejo de residuos, la importancia de plantas medicinales o de "poder" (es decir, con fines rituales o espirituales), el uso de fertilizantes naturales, la crítica a la agroindustria y el uso de pesticidas, plaguicidas o abonos de origen sintético, el reciclaje, la alienación del sujeto que siembra de lo sembrado, el cultivo de plantas nativas, el debate sobre monocultivo y concentración de tierras, prácticas amigables con la recuperación de la tierra y los ciclos bioquímicos propios, etc. (Altieri y Nicholls, 2023; Sevilla y Woodgate, 2013; Toledo y Barrera-Bassols, 2008).

Otro elemento común en las investigaciones es la preocupación ambiental y el derecho al uso de recursos ecológicos por partes de las comunidades (Riascos, 2025). Muchas de estas investigaciones señalan problemáticas propias de las grandes ciudades, como el incremento de la contaminación, el manejo inadecuado de los residuos sólidos, la fragmentación de los ecosistemas urbanos y la insuficiencia de espacios verdes destinados al encuentro comunitario, la educación ambiental y la conservación de la biodiversidad. Las huertas urbanas han surgido como una estrategia para promover la restauración ecológica, fortalecer la seguridad alimentaria y generar procesos de apropiación territorial (Ortega et al., 2022; Jardín Botánico de Bogotá, 2025). Al respecto, las huertas comunitarias son una gran

herramienta pedagógica y propuesta de acción colectiva, en tanto sirven también para la concienciación y fomentar un razonamiento ecológico a partir de la base social (Mendoza Zuany et al., 2025).

Para realizar un correcto análisis de información a partir de estos temas encontrados, se ahondará en como las personas que forman parte de los procesos de las huertas investigadas en este trabajo perciben su relación con el entorno urbano, el desarrollo sostenible de sus comunidades y la ciudad, el vínculo con diferentes movimientos sociales, el papel de la soberanía alimentaria, la agroecología, y cómo todo este conocimiento se produce y reproduce a través de la educación popular y ambiental.

3. Marco Teórico

El Marco Teórico se define a partir de cinco categorías que se han mostrado de relieve, y que interaccionan entre sí en los procesos de huertas urbanas que se investigaron. Para comenzar, es importante definir las huertas comunitarias urbanas; posteriormente, la importancia de la agroecología y la soberanía alimentaria, luego, el pivote de la educación popular con un componente ambiental; seguidamente, como este ejercicio impacta a los territorios por medio de prácticas de territorialidad; finalmente, la importancia del cuidado como práctica organizativa, política y emocional en estos espacios. A continuación, se definirán estas categorías:

Huertas Comunitarias Urbanas

Las huertas urbanas se han consolidado como una estrategia relevante en ciudades de todo el mundo, en tanto articulan la producción de alimentos y otras plantas con procesos de organización social, educación ambiental y apropiación del territorio. Estas iniciativas surgen en contextos marcados por desigualdades socioeconómicas, pérdida de áreas verdes o limitaciones en el acceso a alimentos frescos, configurándose como respuestas que buscan

transformar las relaciones entre sociedad y naturaleza en la ciudad por medio de la práctica agrícola (Saldías, 2016).

La agricultura urbana puede entenderse como el conjunto de prácticas agrícolas que se desarrollan dentro o en la periferia de las ciudades, orientadas tanto al autoabastecimiento como a la generación de ingresos o construcción de redes comunitarias y organizativas, y que contribuyen a la soberanía alimentaria y a la sostenibilidad urbana (FAO, 2014). En este marco, las huertas comunitarias representan una expresión particular de la agricultura urbana, caracterizada por su gestión colectiva, su carácter participativo, su fuerte vinculación con procesos sociales y educativos, y su incidencia territorial.

Autores como Miguel Altieri destacan que estas prácticas no solo buscan la producción de alimentos, sino que también promueven sistemas agrícolas sostenibles basados en la biodiversidad, el reciclaje de nutrientes y el uso de conocimientos locales (M. Á. Altieri y Nicholls, 2023). Las huertas comunitarias integran principios ecológicos con saberes tradicionales y prácticas cotidianas, lo que permite fortalecer la resiliencia de los sistemas urbanos frente a problemáticas ambientales y alimentarias (Buitrago, 2025).

Las huertas urbanas pueden ser estudiadas como espacios de construcción social del territorio, que se configuran como lugares donde las comunidades resignifican el espacio urbano, recuperan áreas degradadas y fortaleciendo su sentido de pertenencia e identidad territorial. Estos espacios cumplen una función pedagógica, al constituirse como escenarios de aprendizaje colectivo y educación ambiental. En las huertas comunitarias se desarrollan prácticas de enseñanza y aprendizaje que trascienden los modelos formales, promoviendo el intercambio de saberes, la experimentación y la reflexión crítica sobre los sistemas alimentarios y las relaciones con el entorno (Cruz y Corzo, 2021).

Estas también pueden ser entendidas como espacios de resistencia y construcción de alternativas frente a modelos de desarrollo insostenibles. Al promover la soberanía alimentaria, el trabajo colectivo y el cuidado del ambiente, estas iniciativas contribuyen a la generación de prácticas más justas y sostenibles en el contexto urbano, donde además pueden

interrelacionar con otras reivindicaciones de carácter social o políticas (Restrepo y Muñoz, 2023).

Agroecología

Como se ha mencionado, la agroecología se entiende como una serie de prácticas en la siembra, cuidado y cosecha que plantean una relación armónica con el ambiente. Ha trascendido su comprensión inicial como un conjunto de técnicas agrícolas para consolidarse como un enfoque científico, político y sociocultural orientado a la transformación de los sistemas alimentarios. Autores como Miguel Altieri plantean que la agroecología integra conocimientos provenientes de la ecología, la agronomía, la sociología rural y los saberes tradicionales, articulándose con las luchas campesinas e indígenas por la defensa de la tierra, los territorios y la soberanía alimentaria. La agroecología no se limita a la producción de alimentos, sino que constituye una propuesta de transformación social vinculada a la justicia ambiental, la participación comunitaria y la sostenibilidad de los territorios (Altieri & Nicholls, 2023).

La agroecología se configura como una alternativa frente al modelo agroindustrial dominante, caracterizado por la dependencia de insumos externos, la homogeneización de los ecosistemas y la subordinación de la producción alimentaria a las dinámicas del mercado global. Por el contrario, los sistemas agroecológicos promueven la biodiversidad, la recuperación de semillas nativas, el fortalecimiento de los conocimientos locales y la gestión comunitaria de los recursos naturales. Diversos estudios muestran que estas prácticas contribuyen simultáneamente a la conservación ambiental, la resiliencia frente a las crisis climáticas y el fortalecimiento organizativo de las comunidades rurales y urbanas (Altieri, 2016; Gómez, 2014; Lindemann et al, 2024).

Un aporte fundamental es reconocer que la agroecología se encuentra estrechamente vinculada a los movimientos sociales campesinos. Para Altieri y Nicholls (2023), la agroecología representa una estrategia de resistencia frente a la expansión del agronegocio y una herramienta para fortalecer la agricultura campesina y familiar. Su desarrollo ha estado

ligado a procesos organizativos que buscan recuperar el control comunitario sobre la producción de alimentos, las semillas, el agua y la tierra.

En esta misma línea, Rosset y Martínez (2016) sostienen que la agroecología debe entenderse como una disputa territorial frente a los procesos de concentración de la tierra y mercantilización de los bienes comunes. Para estos autores, las experiencias agroecológicas impulsadas por organizaciones campesinas constituyen procesos de recampesinización y construcción de territorios alternativos, donde se fortalecen formas colectivas de producción, aprendizaje y gestión comunitaria.

Soberanía alimentaria

La noción de soberanía alimentaria surge a mediados de la década de 1990 impulsada por la Organización Internacional La Vía Campesina. Este concepto plantea que los pueblos tienen el derecho a definir sus propios sistemas alimentarios, decidir qué producir, cómo producirlo y para quién hacerlo, priorizando las necesidades de las comunidades por encima de las lógicas del mercado global. La soberanía alimentaria incluye el acceso a la tierra, las semillas, el agua y los recursos productivos, así como el derecho a consumir alimentos saludables, culturalmente apropiados y producidos de manera sostenible (Torres y Rosset, 2016).

A diferencia de la seguridad alimentaria, que se centra en la disponibilidad de alimentos, la soberanía alimentaria incorpora una dimensión política relacionada con el control de los sistemas agroalimentarios. En este sentido, la alimentación deja de ser entendida únicamente como una necesidad biológica para convertirse en un derecho colectivo asociado a la autonomía territorial, la justicia social y la autodeterminación de las comunidades (Altieri y Nicholls, 2012).

La relación entre soberanía alimentaria y agroecología ha sido impulsada principalmente por organizaciones campesinas, redes de agricultura familiar y procesos comunitarios urbanos que buscan construir alternativas frente a las problemáticas ambientales y alimentarias

contemporáneas. Camargo y Acevedo (2022) señalan que las experiencias agroecológicas se caracterizan por desarrollar procesos autónomos de innovación local, fundamentados en el intercambio de saberes, la organización comunitaria y la autogestión. Estas iniciativas generan aprendizajes colectivos que fortalecen la capacidad de las comunidades para transformar sus condiciones de vida desde la base social.

Particularmente en las huertas urbanas, la agroecología y la soberanía alimentaria adquieren nuevas expresiones. Más allá de producir alimentos, estos espacios permiten reconstruir vínculos entre campo y ciudad, recuperar conocimientos campesinos, promover prácticas de educación ambiental y fortalecer formas de organización comunitaria.

Educación popular

La Educación popular, o EP por sus siglas, es una corriente pedagógica nacida en América Latina que entiende el aprendizaje como un proceso participativo y transformador. Su objetivo principal no es solo transmitir conocimientos, sino lograr que las personas, especialmente aquellas en situaciones de exclusión, desarrollen una conciencia sobre su realidad para poder cambiarla. Se diferencia, entre otros aspectos, de la educación tradicional (o "educación bancaria" (Freire) porque no ve al estudiante como un recipiente vacío, sino como un sujeto activo que ya posee saberes valiosos derivados de su propia experiencia de vida.

Uno de los principales referentes de la educación popular es Paulo Freire, quien plantea la educación como un proceso de concientización (conscientização) mediante el cual los sujetos reflexionan críticamente sobre su realidad. Desde esta perspectiva, el conocimiento no se transmite de manera vertical, sino que se construye colectivamente a partir del diálogo de saberes y la experiencia de los individuos y sus interacciones (Freire, 2005). Este planteamiento resulta fundamental para comprender el rol de la EP, en la que las comunidades no son receptoras pasivas de información, sino actores centrales en la producción de conocimiento y en la transformación de sus entornos.

> La educación popular reconoce a los sujetos como protagonistas de sus propios procesos de aprendizaje, donde tiene igual peso de validez el conocimiento acumulado, así como las prácticas y trayectorias, que dialogan para la creación de nuevos saberes interiorizados. El conocimiento es concebido como un proceso dialéctico que se construye en la interacción con los demás y el entorno, bajo contextos históricos, sociales y territoriales determinados. Esto pretende romper con la lógica tradicional de la educación "bancaria" donde existe una clara relación jerárquica entre educador y educando, que pretende un vínculo unidireccional entre quien entrega activamente y quien recibe pasivamente el conocimiento (Torres, 2011).

De esta manera, la EP se relaciona estrechamente con procesos organizativos y comunitarios, en tanto busca fortalecer la capacidad de las personas de analizar críticamente su realidad y poder actuar sobre ella, con perspectivas transformadoras. Es por ello por lo que no es solo una metodología pedagógica, sino que históricamente se ha mostrado como práctica política vinculada a diferentes movimientos sociales, donde el aprendizaje está ligado con la puesta en acción de alternativas frente a problemáticas identificadas por sus actores (Mejía, 2014). De acuerdo con Piedad Ortega y Alfonso Torres (s.f), la educación popular no se limita al trabajo asistencial con comunidades vulnerables, sino que constituye una apuesta política orientada a la transformación social. El rol del educador popular implica "apostarle a la liberación y a la transformación social" y no simplemente realizar acciones comunitarias o caritativas.

En relación con lo "popular", se comprende como una construcción colectiva desde "los de abajo", vinculada a procesos organizativos y luchas sociales. Lo popular representa formas de organización construidas "de abajo hacia arriba" y orientadas a ampliar las posibilidades de vida en común. En esa categoría de lo popular surge también el "nosotros" como dimensión política y comunitaria, que no implica anular las individualidades, sino construir formas de acción colectiva desde las diferencias (Ortega y Torres, s.f.). Es de resaltar que la EP se desarrolla en múltiples escenarios, tanto formales como no formales, incluyendo procesos

juveniles, barriales y comunitarios que, sumado a lo anteriormente descrito, fortalecen procesos de autonomía, organización territorial y territorialidad.

Un factor central en la EP es la comprensión del diálogo como fundamento pedagógico (Cendales y Gómez, s.f.), el cual no se limita a un simple intercambio verbal o transmisión de contenidos, sino que constituye una práctica política, ética y cultural, mediante la cual los sujetos construyen colectivamente sentidos sobre su realidad. El diálogo implica reconocer que los sectores populares poseen saberes propios, construidos históricamente desde la experiencia cotidiana, las luchas sociales y las prácticas comunitarias, cuestionando así la jerarquización tradicional entre conocimiento académico y conocimiento popular. Este saber popular no debe entenderse como un conocimiento inferior o incompleto, sino como una forma legítima de interpretación del mundo, vinculada a las experiencias concretas de los sujetos. En este sentido, autores como García-Huidobro, Martinic y Ortiz (1989) plantean que el saber popular está conformado por conocimientos, interpretaciones y sistemas de comprensión construidos por los sectores subalternos para explicar su realidad cotidiana.

Otro aspecto central es la idea del diálogo de saberes como una relación horizontal entre diferentes formas de conocimiento. La labor pedagógica no consiste en "traducir" conocimientos académicos al lenguaje popular, sino en construir procesos educativos desde los códigos y las experiencias concretas de las comunidades. Esto implica reconocer las matrices culturales desde las cuales las personas interpretan el mundo y generar procesos pedagógicos contextualizados (Cendales y Gómez, s.f.), buscando visibilizar y legitimar saberes históricamente excluidos por los discursos científicos o institucionales dominantes. En consecuencia, la práctica pedagógica adquiere una dimensión emancipadora orientada al fortalecimiento de capacidades organizativas, la participación comunitaria y la construcción de alternativas colectivas frente a las problemáticas sociales y territoriales.

Este diálogo también implica una práctica transversal en los procesos donde se desarrolla la EP. Las tensiones, desacuerdos y distintas interpretaciones no deben ser eliminadas, sino asumidas como oportunidades pedagógicas que permiten ampliar comprensiones, cuestionar certezas y construir aprendizajes colectivos. Este diálogo requiere condiciones éticas y

afectivas para su desarrollo: La confianza, el respeto, la escucha y la apertura al otro son elementos indispensables para construir procesos educativos significativos (Mejía, 2014). El diálogo de saberes constituye uno de los principios fundamentales de la EP en tanto reconoce que el conocimiento no se encuentra exclusivamente en la academia o en las instituciones especializadas, sino que también se construye desde las experiencias cotidianas, las prácticas socioculturales y los conocimientos acumulados por las comunidades (Cendales y Gómez, s.f.).

Educación popular ambiental

La Educación popular ambiental es un campo de reflexión y acción que articula los principios de la EP con las preocupaciones en torno a la crisis socioambiental. Este enfoque reconoce que los problemas ambientales no pueden entenderse de manera aislada de las dinámicas sociales, políticas y económicas que los producen, por lo que propone procesos educativos críticos, participativos y situados en los territorios (García, 2020). Este enfoque permite reconocer el valor de los saberes locales y la experiencia comunitaria en la comprensión de los problemas ambientales, así como en la generación de alternativas desde los propios territorios.

La perspectiva ambiental latinoamericana ha sido profundamente influenciada por autores como Enrique Leff (2022), quien plantea la necesidad de construir una racionalidad ambiental que supere las lógicas extractivistas y tecnocráticas dominantes, donde destaca la importancia de los saberes tradicionales y de la diversidad cultural en la construcción de alternativas sostenibles, lo cual se articula con la educación popular en tanto esta promueve el reconocimiento de conocimientos situados.

Se propone el concepto de diálogo de saberes como una forma de reconocer la pluralidad de conocimientos existentes más allá de la ciencia occidental (Mejía, 2014). En el marco de los procesos ambientales, este enfoque permite comprender las prácticas comunitarias, como las huertas urbanas, espacios donde convergen saberes técnicos, ancestrales y cotidianos, para generar procesos de aprendizaje colectivo y construcción de alternativas frente a la crisis

ambiental. En función de lo anterior, la educación popular con enfoque ambiental no solo se limita a la transmisión de conocimientos sobre los ecosistemas o las prácticas agrícolas, sino que se configura como un proceso político y pedagógico orientado a la transformación de las relaciones entre sociedad y naturaleza, cuestionando las estructuras de dominación existentes y el rol de los sujetos oprimidos como actores históricos de cambio.

La educación ambiental juega un factor importante en las dinámicas sociales donde se desarrollan prácticas de EP. De acuerdo con Martínez (2021), se plantea que los conflictos ambientales no se reducen únicamente al acceso o uso de los recursos naturales, sino que expresan disputas más profundas sobre los significados del territorio, las formas de habitarlo y las relaciones de poder que lo atraviesan, lo que define como conflictos ecológico-distributivos. El papel pedagógico de la EP implica que se genera un espacio de reflexión, diálogo, confrontación entre diferentes racionalidades y proyectos sociales, donde comunidades locales, instituciones y otros actores negocian permanentemente el uso y la apropiación del espacio.

Territorio y territorialidad

El territorio se refiere a una porción de tierra que está delimitada y ocupada por personas, grupos e instituciones, así como las interacciones entre estos (Sánchez, 2015). Lejos de entenderse únicamente como un espacio físico o geográfico, se concibe como una construcción social, histórica y política en la que confluyen relaciones de poder, prácticas culturales y formas de apropiación del espacio por parte de los sujetos y las comunidades (Ramírez, 2009).

Arturo Escobar (2014) plantea que el territorio puede entenderse como un "El territorio es por tanto material y simbólico al tiempo, biofísico y epistémico, pero más que todo es un proceso de apropiación socio-cultural de la naturaleza y de los ecosistemas que cada grupo social efectúa desde su “cosmovisión” u “ontología”" (p. 91). En este sentido, el territorio no es un escenario pasivo donde ocurren eventos sociales, sino un elemento activo en la

configuración de identidades, prácticas y formas de organización comunitaria (Lefebvre, 2020).

En relación con ello, las nociones contemporáneas de geografía buscan no solo describir los fenómenos físicos, sino comprender las connotaciones simbólicas y culturales que se dan sobre los territorios, donde la actividad humana en determinadas zonas les carga de especificidades (Rojas, 2018). Así, el espacio territorial no solo tiene una mirada absoluta y objetiva, sino que está en disputa y diálogo permanente, dependiente de las interpretaciones sociales, es decir, sobre la territorialidad, siendo esta y el territorio conceptos codependientes (Rodríguez, 2010).

El concepto de territorialidad permite profundizar en las formas en que los sujetos y colectivos se relacionan con el territorio. La territorialidad hace referencia a los procesos mediante los cuales las comunidades construyen vínculos, ejercen control simbólico y material sobre el espacio, y desarrollan sentidos de pertenencia e identidad. La territorialidad se expresa en prácticas cotidianas, usos del espacio, dinámicas organizativas y formas de interacción con el entorno (Spíndola, 2016). Autores como Lefebvre han contribuido a esta discusión al plantear que el espacio es producido socialmente, lo que implica que su configuración responde a relaciones sociales, económicas y políticas específicas (Leff, 2022). Así, la territorialidad es la capacidad de influir en espacios que no son neutrales, sino que reflejan desigualdades y disputas por el uso, tenencia y control del territorio.

En relación con los procesos comunitarios, estos ejercen la territorialidad a partir de la acción colectiva. Melucci (1999) plantea que los movimientos y procesos comunitarios no pueden comprenderse únicamente a partir de sus resultados visibles, sino también desde las redes de relaciones, significados y formas de solidaridad que se construyen cotidianamente entre sus participantes. La acción colectiva surge cuando un grupo de personas comparte interpretaciones sobre su realidad, identifica problemáticas comunes y desarrolla prácticas orientadas a transformarlas. Los espacios comunitarios favorecen la construcción de vínculos de confianza, el diálogo intergeneracional y la articulación de saberes diversos, elementos que

fortalecen la capacidad organizativa de las comunidades y contribuyen a la consolidación de proyectos colectivos de largo plazo.

Por su parte, Sandoval (2017) señala que las formas contemporáneas de organización comunitaria se fundamentan en la capacidad de los actores sociales para construir significados compartidos y generar procesos de apropiación de los espacios que habitan. Desde esta mirada, el territorio deja de ser un simple soporte físico para convertirse en una territorialidad social y política producida a través de la participación, la organización y la acción colectiva. Las experiencias colectivas permiten a las comunidades ejercer formas concretas de participación y fortalecer su capacidad de incidir sobre las dinámicas locales, configurando procesos de resistencia frente a modelos que tienden a fragmentar las relaciones sociales y desvincular a las personas de su entorno. Así, la acción de los movimientos sociales se puede entender como una práctica de construcción de espacios que promueve el fortalecimiento del tejido comunitario (Castells, 2015).

David Harvey (2013) plantea que los territorios son escenarios de disputa donde se expresan procesos de acumulación, desigualdad y exclusión, pero también posibilidades de resistencia y construcción colectiva. Desde esta mirada, las prácticas comunitarias pueden interpretarse como formas de reapropiación del territorio y de construcción de alternativas frente a la mercantilización del espacio. En el plano de los territorios urbanos, desarrolla la idea del “derecho a la ciudad”, entendida como la capacidad colectiva de transformar el espacio de acuerdo con las necesidades y aspiraciones de quienes lo habitan, más allá de las dinámicas impuestas por el mercado o las instituciones dominantes. Este concepto trasciende el acceso físico a la ciudad para incluir la posibilidad de participar activamente en la producción y resignificación del espacio urbano.

Un aspecto clave en los territorios son los relatos que sobre ellos se construye y reconstruye la historia. Desde la perspectiva propuesta por Halbwachs (2004), los recuerdos individuales se construyen y adquieren sentido dentro de marcos sociales que permiten a las personas interpretar su experiencia y relacionarla con la de otros. En este sentido, el territorio puede entenderse como un espacio cargado de significados que se construyen históricamente

a través de las interacciones sociales y las experiencias compartidas por quienes lo habitan. Los espacios comunitarios se convierten en escenarios donde convergen memorias, prácticas, relaciones y procesos de transformación. La elaboración de relatos por parte de habitantes sobre sus territorios puede interpretarse como una forma de reconstrucción de la memoria colectiva, donde la comunidad le otorga significado a lugares (Halbwachs, 2004). Por su parte, Jelin (2002) plantea que la memoria colectiva es un proceso dinámico de construcción de sentidos sobre el pasado que se desarrolla en el marco de relaciones sociales, disputas simbólicas y proyectos colectivos. El territorio se configura como un escenario donde diferentes actores producen narrativas sobre su historia, su identidad y su futuro.

Prácticas del Cuidado

De forma emergente se encontró durante la presente investigación el uso constante de la categoría de cuidado dentro de las experiencias sistematizadas, que tiene múltiples significados en diferentes contextos, pero cuyo núcleo fundamental se puede categorizar como parte del marco teórico.

Desde la perspectiva de la ética, Leonardo Boff (2006) plantea que el cuidado constituye una actitud fundamental para la existencia humana, en la medida en que expresa una forma de relación basada en la responsabilidad, la protección y el compromiso con la vida en todas sus manifestaciones. Para este autor, el cuidado trasciende la dimensión individual y se configura como una práctica que orienta las relaciones entre las personas, las comunidades y la naturaleza. En este sentido, el cuidado no se limita a la preservación, sino que implica el reconocimiento de la interdependencia entre los seres humanos y su entorno. Desde la Educación Popular estas acciones adquieren además un carácter pedagógico, pues posibilitan procesos de reflexión crítica sobre las formas de habitar el mundo y de construir colectivamente alternativas frente a las dinámicas de exclusión social y deterioro ambiental.

Por su parte, Gilligan (1993) entiende el cuidado como una orientación ética basada en la responsabilidad hacia los otros y en la construcción de relaciones que favorezcan el bienestar

colectivo. Esta visión cuestiona las perspectivas individualistas de la acción social y resalta la importancia de la escucha, la empatía y la construcción de vínculos solidarios.

En diálogo con estas posturas, Tamayo y Merchán (2025) proponen comprender el cuidado como una práctica educativa que posibilita la creación de ambientes de reconocimiento, participación y transformación social: educar implica generar condiciones para que las personas desarrollen relaciones más conscientes consigo mismas, con los demás y con el entorno que habitan. Las prácticas de cuidado se convierten en una dimensión central de la EP, al favorecer procesos de aprendizaje compartido, fortalecimiento comunitario y construcción de sujetos comprometidos con la transformación de su realidad desde formas éticamente responsables con los demás y los entornos que habitan.

Este enfoque basado en el cuidado permite ampliar y complementar al territorio, las comunidades y procesos organizativos como las huertas urbanas más allá de sus dimensiones físicas, geográficas o político-administrativas, para reconocerlos como una construcción social y afectiva. Los territorios son espacios vividos, cargados de significados, emociones, memorias y experiencias que configuran la relación de las personas con los lugares que habitan junto a otras personas. Massey (2005) plantea los espacios relacionales como territorios dotados de valor emocional por quienes lo experimentan, generando sentimientos de arraigo, pertenencia e identidad. De manera similar, Alicia Lindón (2009) señala que las prácticas cotidianas producen geografías de la experiencia donde los sujetos construyen vínculos simbólicos y afectivos con su entorno, otorgando sentidos particulares a los espacios que habitan.

4. Marco Metodológico

En este capítulo se presenta el diseño metodológico que orientó el desarrollo de la investigación. En primer lugar, se expone el enfoque desde la perspectiva teórico-metodológica adoptada desde la Investigación Acción Participativa y la Sistematización

Participativa de Experiencias. Posteriormente, se describen el método, las técnicas e instrumentos de recolección y análisis de la información.

Investigación-Acción Participativa

Dado que la autora de esta investigación participa de las huertas que se estudian, el presente trabajo se enmarca en el enfoque de la Investigación Acción Participativa (IAP), entendida como una perspectiva metodológica que articula la producción de conocimiento con la acción transformadora en contextos sociales específicos. Desde este enfoque, la investigación no se concibe como un proceso externo a las comunidades, sino como una construcción colectiva en la que los actores involucrados participan activamente en la definición de los problemas, la recolección de información, el análisis y la generación de aprendizajes. En este sentido, la IAP permite reconocer a los sujetos como protagonistas del conocimiento, superando la tradicional división entre investigador y objeto de estudio (Fals, 2009). Asimismo, este enfoque teórico-metodológico se fundamenta en la relación dialéctica entre acción y reflexión, donde la comprensión de la realidad surge a partir de la experiencia vivida y su análisis crítico. Este proceso implica no solo la interpretación de los fenómenos sociales, sino también la búsqueda de transformaciones concretas en los territorios (Zapata y Rondán, 2016).

Un elemento central en la IAP es el carácter cíclico, en el que los procesos de investigación se desarrollan de manera continua y de forma crítica. La recolección de información no se limita a la observación pasiva, sino que debe integrarse al investigador dentro de los espacios de análisis colectivo, donde los participantes interpretan su propia realidad, y es el papel de quien realiza el estudio dinamizar este proceso y aportar resultados de valor para que los sujetos puedan sumar herramientas en sus propios procesos, por lo cual, es una herramienta indispensable para fortalecer capacidades organizativas de diferentes comunidades. Esto implica que una parte o la totalidad de quienes hacen parte de lo investigado sean actores en las fases del proceso, por ejemplo, la definición del problema, recolección de información, sistematización y socialización de resultados. En este trabajo en particular, la investigadora

forma parte de estos procesos, donde el diálogo con otros participantes y la experiencia vivencial misma ha permitido visibilizar el problema de investigación.

En términos metodológicos, la IAP se materializó en esta investigación a través de técnicas cualitativas que favorecieron la participación, como entrevistas y observación en campo. Estas herramientas permitieron recoger diversas voces y experiencias, así como reconstruir los procesos desde una mirada situada en el territorio. De igual manera, el enfoque participativo facilita la generación de espacios de retroalimentación, donde los hallazgos son compartidos y discutidos con las comunidades, fortaleciendo la apropiación del conocimiento y contribuyendo al análisis colectivo de los aprendizajes, desafíos y proyecciones de los procesos estudiados.

Sistematización de Experiencias

La sistematización de experiencias es una propuesta metodológica y epistemológica orientada a la producción de conocimiento desde la práctica social. A diferencia de enfoques tradicionales de investigación que separan al sujeto investigador del objeto de estudio, la sistematización parte del reconocimiento de que los actores involucrados en los procesos sociales son también productores de conocimiento, en tanto reflexionan críticamente sobre sus propias experiencias (Díaz et al., 2004; Expósito y González, 2017).

Jara (2022) define la sistematización de experiencias como un proceso de interpretación crítica de una o varias experiencias que, a partir de su ordenamiento y reconstrucción, permite descubrir la lógica del proceso vivido, los factores que han intervenido en él y las relaciones entre estos. Cendales y Torres (2010) conciben la sistematización como una práctica investigativa que se construye desde la experiencia y con los sujetos que la viven, destacando su carácter participativo. La sistematización permite hacer visible el saber que se produce en la acción, reconociendo a las comunidades como productoras de conocimiento y no solo como objeto de estudio, lo que la vincula estrechamente con los principios de la educación popular.

Por su parte, Barragán-Giraldo et al. (2020) plantea la sistematización como un ejercicio que permite recuperar la memoria de las experiencias y generar aprendizajes a partir de ellas, enfatizando su dimensión pedagógica. Desde esta perspectiva, sistematizar no es solo describir lo ocurrido, sino reflexionar sobre las prácticas para orientar su transformación y proyección futura, fortaleciendo los procesos organizativos y comunitarios. Por otro lado, Martinic (1984) entiende la sistematización como un proceso de producción de conocimiento que busca explicar cómo se desarrollan las prácticas sociales, identificando sus sentidos, resultados y condiciones. Su enfoque resalta la importancia de analizar las experiencias en su contexto, reconociendo los factores sociales, culturales e institucionales que inciden en su desarrollo. Al describir los pasos que siguen los procesos de sistematización, diversos autores plantean propuestas al respecto. Óscar Jara plantea organizarla en cinco momentos: El primero es el punto de partida, que implica partir de una práctica vivida y reconocer a los sujetos como protagonistas. El segundo es la formulación, donde se define que se quiere comprender de la experiencia. El tercer momento es la recuperación del proceso vivido, que consiste en reconstruir la experiencia a través de la memoria colectiva. El cuarto momento corresponde a la reflexión de fondo, donde se analizan críticamente los factores que influyeron en el proceso, tensiones, logros y aprendizajes. Finalmente, el quinto momento es el punto de llegada, que es la formulación de conclusiones y proyecciones, orientado a generar aprendizajes útiles tanto para la investigación, los actores y los propios procesos (Jara, 2022).

Se propone una mirada que enfatiza el carácter investigativo y pedagógico de la sistematización. Su enfoque parte de la delimitación de la experiencia y sus propósitos, seguida de la recolección y organización de la información, donde se articulan fuentes y técnicas cualitativas a partir de los objetivos definidos. Posteriormente, plantea un momento de interpretación crítica, en el que se busca comprender la lógica interna del proceso, las relaciones entre sus componentes y los saberes construidos por los actores. Finalmente, destaca la importancia de la socialización de resultados, entendida como un proceso de devolución a las comunidades, que fortalece la apropiación del conocimiento y retroalimenta las prácticas (Cendales y Torres, 2010).

Macias et al. (2021) conciben la sistematización como parte de procesos más amplios de educación popular y construcción de conocimiento desde el Sur. Sus planteamientos resaltan momentos como la lectura crítica del contexto, que permite ubicar la experiencia en sus condiciones históricas y territoriales; la reconstrucción de la práctica, centrada en las acciones, actores y dinámicas; y la producción de saber pedagógico, donde se identifican aprendizajes, sentidos y apuestas políticas. Mejía enfatiza que la sistematización no se agota en el análisis, sino que debe contribuir a la transformación de las prácticas y al fortalecimiento de los sujetos colectivos (Macias et al., 2021).

Se encuentran entonces varias fases comunes, donde la sistematización implica los siguientes pasos clave: la reconstrucción histórica del proceso y sus actores, la identificación de momentos significativos, el análisis de los factores que han influido en su desarrollo, la interpretación de los aprendizajes generados y la socialización de los resultados. Este proceso suele apoyarse en herramientas cualitativas como entrevistas y análisis documental, las cuales permiten recoger diversas voces y perspectivas sobre la experiencia. Para la presente investigación se empleó este mismo orden secuencial, donde las fases son transversales en las entrevistas realizadas, salvo en la fase de socialización, que se realizó una vez se tenía el presente trabajo finalizado.

Para el análisis, las entrevistas fueron transcritas y organizadas junto con los registros de observación participante, diarios de campo y documentos de los procesos leídos durante la investigación. Posteriormente, toda la información fue estudiada de manera paralela, donde se realizó un proceso de categorización definida a partir de los objetivos de investigación y del marco teórico, complementadas con categorías emergentes identificadas durante la lectura e interpretación del material. Finalmente, se realizó una triangulación entre las diferentes fuentes de información, las voces de los participantes y los referentes teóricos, permitiendo construir una interpretación crítica de las experiencias y validar los hallazgos mediante espacios de devolución con las comunidades participantes.

De acuerdo con la propuesta metodológica de la Sistematización de Experiencias, el primer paso consistió en definir la ventana temporal y los actores

participantes de cada proceso objeto de estudio. En el caso de la Huerta Comunitaria Polinizadores, la sistematización comprendió el período entre los años 2012 y 2025, recuperando tanto los antecedentes personales que dieron origen a la experiencia como su consolidación comunitaria en el espacio público. Para la Huerta Comunitaria Paz de la Esperanza, la reconstrucción abarcó el período comprendido entre 2023 y 2025, incorporando los intentos previos de activación del espacio y el proceso de fortalecimiento organizativo desarrollado durante esos años. En ambas experiencias participaron activamente la investigadora y algunos integrantes de las huertas, incluyendo personas fundadoras, líderes comunitarios, participantes permanentes y otros miembros vinculados al proceso organizativo.

Los momentos significativos fueron identificados a partir del análisis conjunto de las entrevistas semiestructuradas, los talleres participativos, los grupos focales, los diarios de campo y los registros documentales. Su selección no respondió únicamente a un criterio cronológico, sino a la identificación de acontecimientos que las personas participantes reconocieron de manera reiterada como puntos de inflexión en el desarrollo de la experiencia. Para su delimitación se consideraron aquellos hechos que representaron transformaciones en la organización comunitaria, la apropiación del territorio, las prácticas agroecológicas, las relaciones entre los actores o los procesos de aprendizaje colectivo.

Entrevistas semiestructuradas

Por otra parte, se realizaron entrevistas semiestructuradas con participantes de los dos procesos. Esta herramienta de recolección de información es una técnica cualitativa que combina la existencia de un guion previo de preguntas con la flexibilidad para adaptarse al desarrollo de la conversación. A diferencia de las entrevistas estructuradas, permite profundizar en las respuestas, explorar nuevos temas emergentes y recoger las percepciones, experiencias y significados de los participantes de manera más abierta.

Las entrevistas contaron con la participación de integrantes de las huertas comunitarias Polinizadores y Paz de la Esperanza, priorizando aquellas personas que habían participado de manera significativa en la construcción, consolidación o acompañamiento de los procesos comunitarios. En coherencia con el enfoque cualitativo y la sistematización participativa de experiencias, se buscó incluir una diversidad de voces que permitiera reconstruir las trayectorias históricas, los aprendizajes, las tensiones y las dinámicas organizativas de ambas huertas.

Las personas participantes incluyeron, fundadores y fundadoras de las huertas, lideresas comunitarias, jóvenes vinculados a procesos de educación ambiental y agroecología, personas adultas mayores con experiencia en prácticas agrícolas tradicionales, integrantes de colectivos de agricultura urbana y participantes que cumplían funciones de acompañamiento técnico o pedagógico. Esta diversidad permitió recoger perspectivas complementarias sobre la evolución de las experiencias, el diálogo intergeneracional, la organización comunitaria y las relaciones con el territorio.

Con el fin de garantizar los principios éticos de la investigación, la identidad de las personas participantes fue protegida mediante la asignación de códigos (Entrevista 1, Entrevista 2, etc.), evitando la divulgación de información que permitiera su identificación directa. No obstante, durante el análisis se conservaron las características generales de cada participante cuando estas resultaban relevantes para comprender la experiencia narrada, tales como su rol dentro de la huerta, el tiempo de vinculación y el tipo de participación desarrollada. A continuación se muestra una tabla de síntesis de las entrevistas realizadas:

Tabla 1

Caracterización de las entrevistas realizadas.

Código	Huerta	Nombre	Rol	Participación
E1	Polinizadores	César Gónzales	Fundador	2012–actualidad

E3	Polinizadores	Angie Peña	Participante	2023–actualidad
E4	Polinizadores	Tania Valentina	Participante	2024–actualidad
E5	Paz de la Esperanza	Luz Marina	Lideresa	2021–actualidad
E6	Paz de la Esperanza	Taller con varios participantes	Participantes	2021–actualidad
E7	Paz de la Esperanza	David Ortega	Participante	2023–actualidad

Así, de esa manera y dinámica, las entrevistas se realizaron con siete momentos comunes, cada uno guiado por preguntas que se hacían de manera explícita o emergieron de forma más o menos natural, según cada ocasión:

Tabla 2

Momentos, objetivos y preguntas guía de las entrevistas semiestructuradas.

Momento de la entrevista	**Objetivo**	**Preguntas guía**
Introducción	Presentación de la investigadora y del entrevistado. Exposición de los alcances y	¿Podrías contarme un poco sobre ti, a qué te dedicas, cómo es tu día a día? ¿Cómo llegaste a este proceso? ¿Hace cuánto participas en la huerta? ¿Qué significa la huerta para ti? ¿Qué lugar ocupa la huerta dentro de tu vida cotidiana?

	objetivos de la entrevista.	
Historia del proceso	Reconstrucción de la trayectoria del proceso.	¿Cómo nació la huerta? ¿Qué papel desempeñas actualmente en la huerta? ¿Cuáles han sido los momentos más importantes del proceso? ¿Han existido dificultades o crisis? ¿Cómo las enfrentaron? ¿Qué cambios importantes ha tenido la huerta con el tiempo?
Relación con el territorio	Establecer la dimensión territorial del proceso.	¿Qué relación tienes con este territorio o barrio? ¿Cómo describirías el territorio donde está la huerta? ¿Qué actores se relacionan con el proceso? ¿Qué apoyos han tenido? ¿Qué dificultades externas enfrentan? ¿Cómo ha cambiado la relación con el entorno desde que existe la huerta?
Territorialidad	Estudiar la incidencia en el territorio desde la dimensión	¿Crees que la huerta aporta a la comunidad? ¿Cómo? ¿Qué cambios ha generado la huerta en las relaciones entre vecinos o participantes?

	social, política y ambiental.	¿Han tenido relación con otros procesos o movimientos? ¿Cómo percibes la participación de la comunidad en el proceso? ¿Consideras que hay retos o amenazas para la continuidad del proceso? ¿Qué relación tiene la huerta con temas como alimentación, ambiente o territorio? ¿Qué prácticas ambientales se promueven desde la huerta? ¿Ha cambiado la forma en que se percibe o se cuida el espacio donde está ubicada la huerta? ¿Cómo se posiciona la huerta frente a temas como soberanía alimentaria o derecho al territorio? ¿La huerta participa en espacios comunitarios o de toma de decisiones del barrio o la ciudad?
Prácticas y metodologías	Identificar las prácticas de educación popular ambiental y formas de organización.	¿Qué tipo de prácticas se desarrollan en la huerta? ¿Te sientes parte de una comunidad? ¿Por qué? ¿Cómo se toman decisiones dentro del proceso? ¿Cómo aprenden entre ustedes? ¿Qué tipo de conocimientos consideran en los encuentros? ¿Qué metodologías o formas de enseñanza y aprendizaje se utilizan en la huerta? ¿Quiénes suelen transmitir el conocimiento y cómo lo hacen?

Aprendizajes colectivos	Realizar reflexiones críticas sobre el proceso.	¿Qué han aprendido como colectivo a lo largo del proceso? ¿Desde que participas de la huerta has notado cambios en tu forma de pensar, alimentarte o relacionarte con otros? ¿Hay algún conocimiento o habilidad que hayas desarrollado y que valores especialmente? ¿Qué cosas repetirían? ¿Qué cambiarían? ¿Qué le dirías a alguien que quiere iniciar una huerta?
Proyección	Identificar las perspectivas a futuro.	¿Cómo te imaginas la huerta en unos años? ¿Qué te motivaría a seguir participando en el tiempo? ¿Qué cambios te gustaría que tuviera la huerta a futuro? ¿Qué necesitaría el proceso para fortalecerse? ¿Cómo podría la huerta incidir más en temas como ambiente, alimentación o comunidad? ¿Qué se necesita para que la huerta continúe funcionando en el tiempo? ¿Qué sueños tienen como colectivo?
Cierre	Despedida y espacio para abordar elementos emergentes.	¿Hay algo más que te gustaría compartir y no se haya preguntado?

Estas entrevistas se fundamentaron en el ejercicio de la flexibilidad, dejando que la conversación fluyera según el ritmo de cada una. También se procuró la escucha activa, buscando profundizar en aquellas respuestas que eran de interés para la investigación. Se llevó a cabo un registro en audio, así como notas de campo, donde se escribían conceptos clave. Tanto antes como en el comienzo de las entrevistas, se recordó el consentimiento informado, el propósito de la entrevista y la investigación, así como se explicó la posibilidad del anonimato cuando la persona entrevistada lo deseara.

Observación participante

La observación participativa es una técnica cualitativa utilizada en las Ciencias sociales que consiste en la inmersión del investigador en el contexto de estudio, participando activamente en las dinámicas cotidianas del grupo mientras registra de manera sistemática lo que ocurre. Este enfoque permite comprender las prácticas, relaciones, significados y formas de organización desde dentro, superando la mirada externa y distante. De acuerdo con Kawulich (2005), la observación participante posibilita captar la cultura y los sistemas de significados de los grupos sociales a partir de la experiencia directa; mientras que Anguera (1995) resalta su valor para interpretar las prácticas sociales en su contexto, reconociendo la interacción constante entre el investigador y los sujetos como parte del proceso de producción de conocimiento.

En el marco de la IAP, la observación participante adquiere un carácter aún más relevante, ya que no se limita a describir lo que sucede, sino que se integra a procesos de reflexión y transformación colectiva. En el contexto de la presente investigación, esta herramienta permite acompañar actividades como mingas de trabajo, encuentros organizativos, talleres y acciones comunitarias, identificando dinámicas de participación, toma de decisiones, circulación de saberes y relaciones con el territorio. Asimismo, facilita la comprensión de aspectos que no siempre emergen en entrevistas o talleres, como gestos, prácticas cotidianas, tensiones o formas de interacción entre los actores (Taylor y Bogdan, 1987).

Para su implementación en esta investigación, la observación participante se apoyó en herramientas de registro y análisis, como el diario de campo, donde se consignaron observaciones, reflexiones y percepciones; las notas analíticas, orientadas a interpretar lo observado; y el uso de registros audiovisuales (fotografía, audio o video), cuando fue pertinente y éticamente autorizado.

5. Hallazgos del proceso de sistematización

A continuación, se detallan los resultados obtenidos para la sistematización de experiencias a partir de los diferentes métodos de recolección de información, referenciados como pie de página para cada fuente en particular, que se pueden encontrar también en los anexos. Primero se realizará un análisis por cada proceso y posteriormente se cruzará la información para determinar elementos comunes y/o comparativos.

Huerta Comunitaria Polinizadores

Reconstrucción histórica del proceso y sus actores

El proceso de la Huerta Comunitaria Polinizadores tiene su origen en una experiencia individual iniciada en el ámbito doméstico alrededor del año 2012, cuando a partir de una remodelación familiar, surge la necesidad de recuperar plantas afectadas. Este momento marca un primer acercamiento al cuidado de la vida vegetal, basado en el aprendizaje autónomo y el interés personal (Entrevista 01).

Posteriormente, hacia el año 2018, el proceso se articula con experiencias colectivas de agricultura urbana, en las cuales se amplía la comprensión de la práctica hacia dimensiones políticas, culturales e históricas relacionadas con el campesinado en Colombia, específicamente, el proceso adquiere un nuevo carácter al vincularse con experiencias comunitarias de agricultura urbana en la localidad de Suba, particularmente con otras huertas comunitarias (resaltando el vínculo con la Huerta Colibrí Dorado) y otros espacios organizativos del sector de Nueva Tibabuyes y La Gaitana. De acuerdo con la entrevista 02,

estos procesos permitieron reconocer las problemáticas derivadas del conflicto armado, el desplazamiento campesino y las transformaciones urbanas que afectan tanto al campo como a las periferias urbanas de Bogotá (Entrevista 02).

Finalmente, en el año 2019, se consolida un nuevo momento al trasladar el proceso al espacio público, específicamente a un parque del barrio Aures 2, también limitante con el barrio Corinto, dando lugar a una experiencia con vocación comunitaria. El parque elegido se encontraba en condiciones de deterioro ambiental y social, siendo identificado por la comunidad como un punto crítico de acumulación de basuras, presencia de roedores y consumo de sustancias psicoactivas. Así, la creación del primer jardín comunitario aparece como una estrategia de recuperación ecológica y resignificación territorial del espacio público.

Figura 6



Inicio de la Huerta Comunitaria Polinizadores, con la siembra de algunas plantas.

Fuente: Cesar González, Participante Entrevista Huerta Polinizadores.

Entre los años 2018 y 2021, varias nuevas personas se acercaron al espacio con la particularidad de sumarse también con núcleos familiares (Entrevista 03), donde se articulan expectativas diferentes. Por un lado, varios jóvenes se interesan por la agroecología y actividades de dispersión fuera de los ámbitos educativos o laborales, mientras que las

personas mayores se motivan por la gestión de residuos y uso del tiempo libre para una actividad ecológica.

El proceso no solo tiene un origen en la práctica doméstica, sino también en una trayectoria formativa personal marcado por el interés temprano en la naturaleza, que se intensifica durante la adolescencia (Entrevista 05). Este momento puede entenderse como un punto de inflexión, donde el cuidado de plantas se transforma en una búsqueda activa de conocimiento, a través de la exploración de temas como jardinería, agricultura urbana, cría de animales y ciclos ecológicos.

En el tránsito hacia lo comunitario, el proceso organizativo comienza a tomar forma a partir de la participación de vecinas, principalmente dos mujeres adultas mayores, y se amplía progresivamente con la incorporación de otros actores: jóvenes, población migrante y redes con otros procesos comunitarios. En esta fase, el proceso se consolida como una experiencia comunitaria a partir de prácticas colectivas regulares, desarrolladas principalmente los fines de semana. Durante estos encuentros, la huerta comienza a nutrirse no solo del trabajo de quienes la impulsaban, sino también de la participación indirecta de la comunidad, evidenciada en la donación de plantas por parte de vecinos. Este gesto de entrega de plantas representa una forma de vinculación simbólica con el proceso, especialmente por parte de personas que, debido a su edad o condiciones de vivienda, no podían continuar con su cuidado. Así, la huerta se configura como un espacio que recoge memorias, afectos y trayectorias de vida asociadas a las plantas (Entrevista 01).

Figura 7





Reunión y espacios de encuentro Huerta Polinizadores en el año 2022 y 2025.

Fuente: Archivo de la Autora.

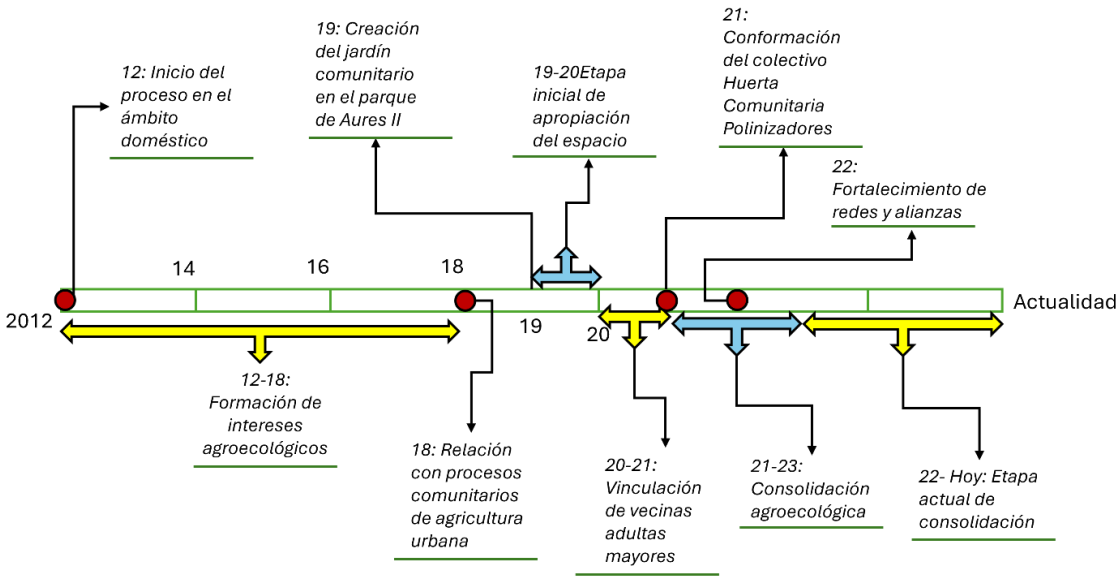
Se puede rastrear que el espacio de consolidación se da entre los años 2021 y 2023, por medio del uso de pacas digestoras, compostaje, recuperación de residuos orgánicos y diversificación de cultivos, mostrando mayor nivel de organización y proyección.

A lo largo del período sistematizado, la Huerta Comunitaria Polinizadores pasó de constituirse como un espacio dedicado principalmente a la jardinería y la recuperación ambiental, a consolidarse como un proceso comunitario donde convergen actividades de producción agroecológica, compostaje, conservación de semillas, educación ambiental, diálogo de saberes, recuperación ecológica del espacio público y fortalecimiento organizativo. Las jornadas de trabajo colectivo, desarrolladas principalmente durante los fines de semana,

articularon labores de mantenimiento, siembra, cosecha y formación comunitaria, convirtiendo la huerta en un escenario permanente de aprendizaje, cuidado y construcción territorial.

A modo de síntesis, se muestra a continuación una línea de tiempo para la Huerta Polinizadores:

Figura 8



Línea de tiempo Huerta Comunitaria Polinizadores.

Fuente: elaboración propia.

Momentos significativos

Se identifican varios hitos en el desarrollo del proceso. En primer lugar, el paso del ámbito doméstico al comunitario, que marca un cambio en la escala y sentido de la práctica. En segundo lugar, la intervención de un espacio público caracterizado por problemáticas ambientales y sociales, lo que redefine el propósito del proceso hacia la transformación territorial. Un tercer momento significativo es la vinculación de otras personas, especialmente mujeres mayores, lo que permite el inicio de un tejido social alrededor de la huerta.

Finalmente, la pandemia del COVID-19 constituye un punto de quiebre, generando la pérdida de participantes y transformando la dinámica organizativa.

También resalta en la entrevista número 1 el paso de un interés intuitivo hacia una formación autodidacta más estructurada, que marca la consolidación de un enfoque más consciente sobre la agricultura y los sistemas ecológicos desde una mirada integral, tal como lo señala a modo de ejemplo César Gónzales: "(la huerta) más allá de ser soberanía alimentaria y de la agricultura, estaba sobre todo al frente de la responsabilidad ambiental, la educación ambiental, que va de la mano con la soberanía alimentaria". A modo de ilustración, resalta la experiencia de acuaponía que representa un momento clave al introducir una comprensión sistémica de los procesos productivos, basada en ciclos cerrados y relaciones ecológicas.

En el ámbito comunitario, un momento significativo es la transición hacia la organización colectiva, impulsada por las mujeres adultas mayores, quienes promueven la conformación de un grupo. Posteriormente, se destaca la diversificación de la participación, con la llegada de jóvenes y la vinculación con otros procesos sociales, lo que amplía el alcance del proyecto. Esto se pone de manifiesto en el tránsito de un jardín a una huerta comunitaria, resultado de una decisión colectiva, implica un cambio en la identidad y en los objetivos del proceso, ampliando su alcance social y ambiental. Esto se consolida cuando se entiende la Huerta en un contexto territorial y ecológico más amplio, donde el proceso se ve inmerso en la defensa de humedades y ríos en el sector, por medio de salidas pedagógicas, recorridos y jornadas de concientización.

Figura 9

Participación en actividades por la defensa del Humedal Tibabuyes.



Fuente: Archivo de la Autora.

La llegada de plantas donadas por vecinos constituye un hito importante, en tanto fortalece el vínculo comunitario y el sentido de apropiación colectiva del espacio. Posteriormente, la aparición de abejas y otros polinizadores no solo representa una transformación ecológica, sino que adquiere un valor simbólico que da origen al nombre del proceso y a una reflexión sobre el papel de la comunidad en la reproducción de la vida. A esto se suma la articulación con instituciones como el Jardín Botánico de Bogotá, que introduce nuevos conocimientos y recursos, fortaleciendo las prácticas desarrolladas. Finalmente, la implementación de estrategias organizadas de gestión de residuos marca un punto de inflexión al expandir el proceso hacia dimensiones pedagógicas y de construcción de territorialidad, complementando la práctica de la siembra (Entrevista 01).

Figura 10

Actividades en la transición y consolidación de la Huerta Comunitaria.



Nota: se realizaron actividades enfocadas en la integración de vecinos y vecinas en el proceso comunitario. A la izquierda, se ve la convocatoria para una comparsa en la huerta por la defensa del territorio, y a la derecha, un cartel invitando al uso de residuos orgánicos en el marco de la agroecología. Fuente: Cesar González Rivera.

Factores que influyen en el proceso

El desarrollo del proceso fue rastreado de acuerdo a los factores que se identificaron en las entrevistas y el taller grupal, establecidos por una combinación de elementos personales, sociales y organizativos. Entre los factores internos, se destaca la motivación individual sostenida, alimentada por procesos de autoformación y por influencias familiares. Asimismo, la apertura a distintos tipos de conocimiento (técnico, empírico, científico) fortalece la construcción del proceso.

En cuanto a los factores sociales, la participación de mujeres adultas mayores con experiencia previa en la ruralidad constituye un elemento clave para la consolidación inicial del colectivo. Posteriormente, la llegada de jóvenes introduce nuevas dinámicas y perspectivas. También se identifican factores organizativos, como la regularidad de los encuentros (semanales), que permite dar continuidad al proceso, y la generación de articulaciones con otros colectivos, lo que contribuye a su fortalecimiento. También es evidente la interacción entre distintos tipos de conocimiento (tradicional campesino, técnico,

empírico) que genera tanto aprendizajes como tensiones, especialmente en torno al uso de agroquímicos versus prácticas agroecológicas.

Figura 11

Actividad de preparación de pacas digestoras, llevada a cabo por una de las mujeres líderes del proceso.



Fuente: Cesar Gonzales Rivera.

Entre los factores internos se encuentra el liderazgo individual en sus primeras etapas, así como la posterior incorporación de actores comunitarios con saberes previos relacionados con la ruralidad.

Respecto a los factores externos, el contexto territorial juega un papel central, ya que el espacio intervenido presentaba problemáticas de acumulación de residuos, consumo de sustancias psicoactivas e inseguridad. El desarrollo del proceso está profundamente condicionado por el contexto territorial. El parque intervenido presenta tensiones asociadas a la inseguridad y a imaginarios negativos sobre la vegetación urbana, donde la naturaleza es

percibida como un factor de riesgo. Esto genera una relación ambivalente entre comunidad y entorno natural. Frente a esto, la huerta actúa como un dispositivo de resignificación territorial, transformando progresivamente estos imaginarios mediante prácticas visibles de cuidado, siembra y recuperación ecológica. A modo de ejemplo, Angie Peña de la Huerta Polinizadores señala que "(está) generando interés, preocupación por el ambiente, un espacio donde se había normalizado el tema de las basuras, de los roedores, de los chulos, en la mitad de un parque, se ha comenzado a cuestionar qué se puede hacer o cuál sería el deber de la comunidad, de la junta de acción comunal". Una de las participantes de la huerta comunitaria Polinizadores señalaba que "(con la huerta buscamos) relacionarnos de manera diferente con el territorio, entonces por eso estoy acá y por eso quiero que nos escuchemos".

A nivel local, resalta la presencia del Humedal Tibabuyes (Juan Amarillo), cuya defensa es un eje articulador para la huerta por su cercanía e importancia dentro de la comunidad, siendo clave en la historia ambiental del territorio, marcada por la transformación de un antiguo ecosistema biodiverso en espacio urbano. Esta memoria territorial influye en la intención consciente de reconectar el espacio con dinámicas ecológicas más amplias, como su cercanía con el humedal Tibabuyes, donde se reconoce especialmente la conexión con la red hídrica de la ciudad.

Un actor importante en el tránsito de lo familiar e individual hacia lo colectivo han sido las instituciones públicas y comunitarias que, progresivamente, se articularon a la experiencia. Desde el 2019, la huerta estableció vínculos con el Jardín Botánico de Bogotá, entidad que brindó asesorías técnicas, insumos, plántulas y acompañamiento en temas de restauración ecológica y agricultura urbana. Posteriormente, se fortalecieron relaciones con la Alcaldía Local de Suba, bibliotecas públicas, colegios, iglesias y otros procesos comunitarios como Guardianes del Río y SOS Humedal Tibabuyes. Estas articulaciones permitieron ampliar el alcance pedagógico y territorial de la huerta, consolidándola no solo como un espacio de producción de alimentos, sino también como un escenario de educación popular, reflexión ambiental y organización ciudadana.

La experiencia también estuvo marcada por debates y tensiones en torno a las formas de cultivo y la relación con el ambiente. Uno de los principales diálogos surgió entre quienes defendían prácticas de agricultura limpia y agroecológica y quienes provenían de tradiciones campesinas asociadas al uso de fertilizantes sintéticos y agroquímicos. Frente a estas diferencias, el proceso optó por construir consensos mediante el diálogo de saberes, la reflexión colectiva y la experimentación práctica, fortaleciendo progresivamente una perspectiva de soberanía alimentaria y responsabilidad ambiental.

Finalmente, el proceso ha estado profundamente vinculado a la defensa ambiental y a la recuperación ecológica del territorio de Suba. El relato de diferentes entrevistas evidencia una conciencia sobre la transformación urbana de antiguos ecosistemas de humedal y la necesidad de reconstruir vínculos entre la comunidad y la estructura ecológica principal, particularmente en relación con el Humedal Tibabuyes. Como señala Angie Peña en la entrevista 5:

"...de ahí hacemos invitación para reconocer el humedal Tibabuyes. Nosotros no solamente hacíamos recorridos con lo del proyecto, sino también en otras ocasiones (...); es como nuestra meta, nuestro objetivo, que no se ha separado uno del otro, sino que hagamos parte tanto del barrio como del humedal y de la huerta, que todos se vean, que no son espacios que estén ahí ajenos" (Entrevista 05).

En este sentido, la huerta no solo se entiende como un espacio productivo, sino como una apuesta política y territorial orientada a recuperar biodiversidad, fortalecer el tejido social y promover formas de habitar la ciudad más responsable ambientalmente.

"hay mucha biodiversidad dentro de la huerta, entonces también enseñamos la importancia de mantener diferentes tipos de cultivos, o sea policultivos (...), y también siempre hablamos del humedal." (Entrevista 05).

Aprendizajes generados

La experiencia permite identificar diversos aprendizajes. En primer lugar, se reconoce la agricultura urbana como una práctica que trasciende la dimensión técnica de la producción de

alimentos, incorporando componentes sociales, políticos, culturales y ambientales. Como expresa una de las participantes, "(se pretende) apoyar desde el hecho de sembrar, el hecho de cuidar la tierra, el hecho de también proporcionar espacios comunitarios" (Entrevista 05). En segundo lugar, se evidencia el valor del conocimiento situado y de los saberes comunitarios, especialmente aquellos asociados a las experiencias rurales de las personas participantes, aspecto que se refleja cuando señala que "... Si uno realiza las historias de vida de muchas de las personas que están en la huerta o en general en el barrio, siempre hay una línea que conecta con una herencia campesina" (Entrevista 05).

Se encuentra que los procesos de agricultura urbana están fuertemente vinculados a trayectorias de vida, donde la experiencia personal, la familia y la autoformación juegan un papel determinante.

Asimismo, se destaca el potencial de las huertas como herramientas para la transformación de problemáticas territoriales y la apropiación del espacio público. No obstante, también se reconoce la necesidad de fortalecer las dinámicas organizativas para garantizar la sostenibilidad de estos procesos. Se reconoce la importancia de una comprensión sistémica de la naturaleza, donde las prácticas agroecológicas introducen principios de circularidad, interdependencia y sostenibilidad, tal como se puede apreciar en la entrevista:

“… buscar siempre tener ese impacto, pues positivo en este caso sí creo que le aporta y mucho a la comunidad desde lo que hemos, pues intencionado en su construcción, no solamente como una iniciativa de crecimiento personal o colectivo, de quienes la integran, sino claramente pues todos los que pasan por el mismo proceso se lleven una parte de los mismos aprendizajes que hemos adquirido y deseamos compartir.”.

A nivel social, se destaca que la construcción de comunidad no es inmediata, sino que se da de manera progresiva, a partir de la confianza, la constancia y la identificación de intereses comunes. En este sentido, las mujeres mayores aparecen como actores clave en la activación del tejido social, mientras que la participación juvenil contribuye a la proyección del proceso.

La huerta emerge como un espacio de construcción simbólica, donde seres ecológicos como los polinizadores adquieren un significado político y pedagógico. La idea de "polinizar" se resignifica como una práctica social: sembrar, compartir, expandir vida y conocimiento. Se evidencia que las huertas comunitarias no solo producen alimentos o plantas, sino también valores y ciudadanía, a través de prácticas como la gestión de residuos, el respeto por el trabajo de recicladores y la sensibilización ambiental.

Así, la soberanía alimentaria se entiende no solo como autosuficiencia productiva, sino como un ejercicio pedagógico y político que acerca a las personas al origen de los alimentos, su importancia e impacto en la sociedad, cuestionando los modelos agroindustriales, y promoviendo las prácticas agrícolas basadas en el cuidado y organización comunitaria.

Finalmente, se identifica que las metodologías de pedagogía, aunque no formalizadas, responden a una lógica de educación popular, basada en la práctica colectiva, la periodicidad de los encuentros y el aprendizaje compartido. Se destaca el papel del diálogo de saberes como metodología central. La interacción entre conocimientos campesinos y enfoques más técnicos no está exenta de tensiones, pero se gestiona mediante procesos de reflexión colectiva, evitando la imposición y buscando consensos, a partir de reflexiones ético-políticas relacionadas con el respeto y la escucha comunitaria.

En relación con las prácticas de educación popular, se resalta la realización de talleres de siembra de diferentes plantas, a partir de los saberes tradicionales se reconoce y dialoga las formas de preparación, usos medicinales y convencionales, combinando el conocimiento allí presente desde la voz de los participantes y lo investigado; También se generó un registro botánico, de manera colectiva, para cubrir las plantas que se tienen en esta huerta. Se identificaron beneficios nutricionales en alimentos que normalmente no vemos en las tiendas de fruta, y que se encuentran allí sembrados (Coles de Bruselas, Kale, Lechugas romanas, Cidrón, Pronto alivio, Borrajas, etc.).

Se genera una recuperación de suelos, con el residuo orgánico proveniente de los desechos orgánicos, generando acciones de cambio desde prácticas cotidianas, cuestionando acciones

que vulneran a recuperadores ambientales y a las poblaciones que conviven con del relleno sanitario Doña Juana, a unos cuantos metros. César señala a modo de ejemplo, como algunas personas mayores cumplen con esta responsabilidad y se comprometen a transformar esta realidad: “Ni siquiera invitábamos casi a la comunidad (a participar de la huerta con los residuos), sino los que se sumaban, los traían o a veces y eran las adultas, los adultos mayores que regaban la voz”

Huerta Paz de la Esperanza

Reconstrucción histórica del proceso y sus actores

En referencia a la huerta comunitaria Paz de la Esperanza, se encuentra ubicada en las instalaciones del salón comunal perteneciente al barrio Casablanca de la localidad de Suba y tiene su origen como una respuesta colectiva frente a una necesidad de apropiación ambiental y trabajo comunitario. En el inicio se encuentra la fase de consolidación del proceso, donde no había constancia en las actividades y acciones necesarias para su permanencia, como lo menciona uno de sus participantes textualmente: “en diferentes momentos se ha tratado de activar ese espacio para siembras, para hacer huerta, agricultura urbana, pero también ha tenido el problema de que se inicia y no se logra consolidar bien el proyecto” (Entrevista 06).

Solo fue hasta el año 2023 cuando la señora Luz Marina (habitante y lideresa del sector) realiza un proceso de convocatoria informal en donde insiste en la importancia de recuperar el espacio como huerta. De este modo diferentes personas se interesaron en esta recuperación y se inicia con un trabajo autogestionado y con aportes desde el diálogo de saberes, entre los participantes y también con un aporte importante de la huerta Colibrí Dorado; de esta manera, la huerta Paz de la Esperanza se fortaleció y se logró consolidar un equipo comunitario base.

Para finales del año 2024 se inició a la ejecución del proyecto Alianzas para el cuidado, en donde se realizaron talleres semanales, trabajo a nivel de infraestructura de la huerta y la entrega de refrigerios; de igual manera, se realizan talleres semanales, se vinculan talleristas y se logra gestionar recursos para materiales, tales como madera, herramientas agrícolas a

insumos para la siembra. En este mismo periodo se consolidaron vínculos con el Jardín Botánico de Bogotá, el cual entrega tierra, fertilizantes naturales, fungicidas, entre otros. Esta fase implicó entonces, una transición de la reorganización del espacio a una consolidación con acompañamiento técnico.

Figura 12

Jornada de adecuación y siembra en Huerta Paz de la Esperanza.



Fuente: elaboración propia.

En síntesis, la Huerta Paz de la Esperanza ha sido un proceso discontinuo pero persistente, con diferentes etapas de trabajo que están separadas por momentos de reflujo negativo. En estos puntos donde la huerta se reactiva, los actores adyacentes a la huerta han jugado un papel importante para reconvocar las fuerzas necesarias para retomar el trabajo, especialmente otras experiencias similares y el rol de las mujeres mayores. Así, además de la huerta como proceso comunitario, surge una "red" comunitaria y también institucional, donde existen actores que han ayudado a fortalecerla a lo largo de los años.

La experiencia recogida en las entrevistas evidencia una composición diversa donde confluyen liderazgos barriales, colectivos de huertas urbanas, talleristas, habitantes de la comunidad y entidades institucionales. Uno de los entrevistados, David Ortega, reconoce que, aunque no asume un rol formal dentro de la estructura organizativa de la huerta, sí se identifica como un actor activo en labores de acompañamiento, construcción y fortalecimiento

comunitario. Su participación se expresa tanto en tareas manuales, como la adecuación de camas de cultivo y mantenimiento, así como en procesos pedagógicos relacionados con alimentación consciente, agricultura urbana y educación ambiental, en sus palabras: “ha sido todo un proceso de generar muchos, muchos años de abono natural, ya sea por pacas, o compostaje tradicional en hueco o en zanja, o en la aplicación de biopreparados o lombricultura o la incorporación de gallinaza.” (Entrevista 07).

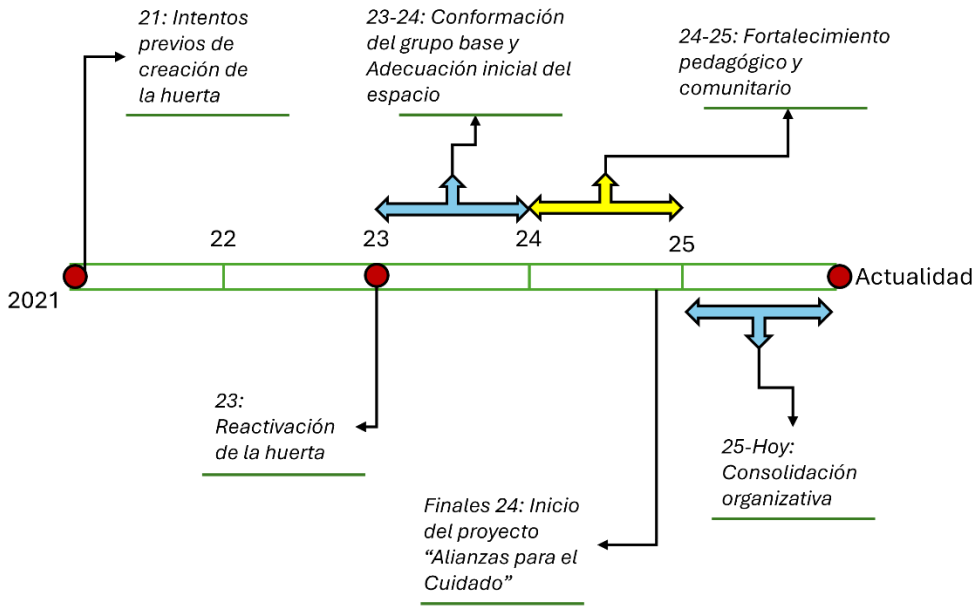
Se resalta también que uno de los aspectos más significativos del proceso ha sido la consolidación progresiva del grupo comunitario, el cual ha desarrollado capacidades propias de organización y gestión territorial. Pese a tratarse de un proceso relativamente reciente, la huerta ha alcanzado “un crecimiento y una consolidación muy rápida” (Entrevista 07), permitiendo que las personas participantes asuman autonomía frente al cuidado del espacio y la continuidad de las actividades.

Durante el período comprendido entre 2023 y 2025, la Huerta Paz de la Esperanza consolidó un conjunto de prácticas comunitarias orientadas al fortalecimiento del espacio y de la organización local. Las actividades desarrolladas incluyeron la adecuación del terreno, la construcción de infraestructura para el cultivo, la siembra y mantenimiento de especies alimenticias y aromáticas, la realización de talleres de agroecología, educación ambiental y alimentación saludable, así como jornadas de trabajo comunitario y articulación con otras organizaciones e instituciones. Estas acciones permitieron que la huerta trascendiera su función productiva para convertirse en un espacio de encuentro, formación y apropiación territorial.

A continuación, se muestra una línea de tiempo que ilustra el recorrido de esta huerta:

Figura 13

Línea de tiempo Huerta Paz de la Esperanza.



Fuente: elaboración propia.

Momentos Significativos

De acuerdo con la información recolectada en la realización de entrevistas, trabajo en grupo y observación participante, el espacio de la Huerta Paz de la Esperanza ha pasado por diferentes etapas. Como ya se ha mencionado, uno de los momentos más significativos fue la decisión de reactivar el espacio en el año 2024 con el liderazgo de una mujer del barrio, tejiendo alianzas clave en el diálogo con los saberes técnicos y otras huertas. Además de la relevancia en la huerta, esto marcó un hito en el sector al plantear la recuperación de un espacio anteriormente abandonado, cubierto por pasto y escombros.

Este enfoque renovado se caracterizó por la vinculación de talleristas, encuentros regulares, talleres pedagógicos, prioridad en la consecución de herramientas e insumos agrícolas, construcción de camas de cultivo y gestión de apoyos institucionales. Además, posibilitó que las personas participantes comenzaran a apropiarse más activamente de la huerta y fortalecieran su carácter organizativo.

Los resultados de este enfoque se encuentran en la transformación física y ambiental del territorio. De acuerdo con el taller realizado con diferentes miembros, el lugar paso de ser

“pelado, seco y abandonado” a un espacio “lleno de vida, cultivos, flores y alimentos”. También, esto se relata en cómo se entiende la importancia en la recuperación del suelo, implementando prácticas agroecológicas donde convive la siembra de hortalizas, aromáticas y plantas medicinales, con una construcción más organizada en el sistema de cultivos reconociendo que hacen parte de un ambiente modificado y afectado, tal como lo menciona David en la entrevista 7: "Eso ha sido todo un proceso de restauración del suelo natural, en este caso no tan natural, porque pues es un suelo que parte también de un proceso de potrerización sobre extensiones de bosque". Por supuesto, esta transformación tiene una importante carga simbólica para la comunidad, donde se puede evidenciar como el trabajo colectivo puede transformar el territorio y producir vida en espacios urbanos deteriorados.

Además, se observan que son los espacios de encuentro alrededor del alimento como momentos clave. Las personas participantes comparten los frutos de la huerta mediante preparaciones colectivas, lo que acerca a los y las vecinas del sector de Casablanca, Suba. Estos espacios ayudan a fortalecer las relaciones comunitarias, recuperan memorias campesinas y familiares, revalorizan el alimento que se cultiva colectivamente y generan sentido de pertenencia hacia la huerta. Estos vínculos son atravesados por prácticas de autonomía, cuidado y bienestar colectivo, donde son transversales discusiones y debates frente a la gentrificación, urbanización, pérdida de zonas verdes, acceso al agua y construcción de territorialidades más justas y equitativas. En el aspecto clave del cuidado, por ejemplo, se menciona este como eje transversal durante los tiempos de la contingencia del Covid-19 donde la Huerta funcionó como catalizadora de estas prácticas donde “(la pandemia) generó en algunos aspectos y malos hábitos o descuido de la salud física y mental, (pero) al llegar a ese proceso de cierre o terminar ese proceso de la pandemia también llevó a la huerta a movilizarse por un cuidado personal, un cuidado social, colectivo, territorial.”

En relación con las prácticas de la autonomía, se reconoce el impulso de estas en la creación de las huertas. A modo de ejemplo, en la Huerta Paz de la Esperanza, se relató durante el taller grupal que luego de la convocatoria de Luz Marina para iniciar el proceso, otras

personas “(empezaron) a ayudar con los recursos que (podían) tener y con la experiencia que (podían) tener, como muy autogestionadamente”.

Otro momento significativo ocurrió cuando el grupo decidió continuar con el proceso de la huerta después de la salida de Luz Marina de la biblioteca comunitaria. Este acontecimiento representó un reto para la continuidad del proceso, ya que existía incertidumbre sobre el futuro del espacio y sobre la permanencia de la huerta dentro de la Junta de Acción Comunal. Sin embargo, las participantes decidieron organizarse y gestionar directamente la continuidad de la huerta, dialogando con la Junta y logrando mantener el espacio. Además, consiguieron una bodega propia para guardar los materiales de trabajo. Este momento evidenció el fortalecimiento de la capacidad organizativa y la apropiación comunitaria del proceso.

La participación de la huerta en ferias y actividades del barrio también constituye un momento importante dentro de la experiencia. Allí, los participantes logran comercializar productos, hacer visible la huerta en otros espacios del territorio y relacionarla con procesos de economía popular.

Figura 14



La Huerta Paz de la Esperanza participa en el Festival Cantos y Trazos.

Nota: se manejan alimentos en feria con el fin de recoger recursos para el funcionamiento de la huerta. Fuente: Archivo de la autora.

Con el paso del tiempo, la comunidad comenzó a reconocer la huerta como un proceso visible e importante dentro del territorio. Según uno de los entrevistados, incluso algunos actores institucionales intentaron atribuirse el reconocimiento del proceso, lo cual evidenció el impacto positivo que había tenido la transformación del espacio. Este momento resulta significativo porque muestra cómo la huerta logró modificar la percepción del lugar y convertirse en un referente comunitario dentro del barrio Casablanca.

En relación con los participantes y vecinos interesados en el proceso de la huerta, resalta que esta permite salir del aislamiento de la cotidianidad, compartir experiencias de vida, construir vínculos en la comunidad, promover hábitos saludables, y generar tranquilidad y bienestar.

En los momentos clave se encuentran en la recolección de información, las tensiones internas. Estas se suelen resumir como retos del proceso, que se evalúan a posterior a partir del reconocimiento de falencias y dificultades, entre las que se encuentran problemas de convivencia, desconfianzas, diferencias organizativas, tensiones con la Junta de Acción Comunal o coyunturas de baja participación. A pesar de ello, se suelen ver en clave de aprendizaje colectivo, donde la mayoría de la crisis conlleva a una posterior transformación, reconocimiento, al fortalecimiento y la posibilidad de construir relaciones humanas basadas en el cuidado y la confianza.

Factores que influyen en el proceso

En el proceso de la Huerta Paz de la Esperanza intervienen diversos factores sociales, territoriales, ambientales, organizativos, económicos e institucionales que han incidido tanto en el fortalecimiento como en las dificultades del proceso. Estos permiten comprender cómo la huerta se desarrolla dentro de un contexto complejo y cómo las dinámicas del territorio afectan su sostenibilidad y proyección.

Uno de los factores más importantes ha sido la participación de las vecinas y personas vinculadas al proceso. La permanencia de algunas mujeres mayores ha permitido sostener las actividades de siembra, mantenimiento y organización de la huerta. La disposición al trabajo colectivo, el intercambio de saberes y el compromiso con el cuidado del espacio han sido fundamentales para consolidar el proceso.

Sin embargo, también existen dificultades relacionadas con la participación irregular, las diferencias entre los integrantes, sobrecarga de trabajo en pocas personas, baja participación de jóvenes en ciertos momentos y una continuidad que depende del fortalecimiento comunitario y el relevo generacional.

Uno de los participantes del taller grupal realizado menciona que entre los principales retos tiene que ver con las relaciones humanas dentro del grupo, tales como la desconfianza, los conflictos interpersonales, rumores, tensiones organizativas o dificultades de comunicación. Sin embargo, la propia existencia de la huerta ha funcionado como un espacio para la superación de estos retos, donde se permite fortalecer vínculos, generar encuentros y promover prácticas basadas en la solidaridad.

Por otro lado, muchas de las personas participantes tienen una historia vinculada al campo y a las prácticas agrícolas familiares. Esto ha repercutido positivamente en la apropiación de la huerta, donde las personas muestran una alta disposición hacia el cultivo y la recuperación de prácticas tradicionales. Se encuentran personas con amplios conocimientos botánicos y agrícolas que están en plena disposición de compartirlos con los demás. Esto ha hecho que la experiencia previa de los y las participantes facilite la construcción colectiva de conocimientos agroecológicos.

La huerta se encuentra dentro de las instalaciones de la Junta de Acción Comunal de Casablanca, lo cual tiene ventajas y limitaciones. En los aspectos positivos, se tiene mayor seguridad para los cultivos y protección de las plantas y herramientas. Como aspectos negativos, se menciona que hay menos visibilidad comunitaria, dependencia institucional del espacio, restricciones de acceso libre y una necesidad constante de negociar con la JAC. Así,

la localización influye directamente en la dinámica del proceso y en la relación con la comunidad. La relación con la Junta aparece como uno de los factores más complejos del proceso, donde las tensiones surgen por falta de apoyo constante, diferencias sobre el uso del espacio, incertidumbre sobre la permanencia de la huerta y el uso político del reconocimiento del proceso.

En relación con el territorio, el barrio Casablanca atraviesa procesos de urbanización y expansión inmobiliaria que generan preocupación entre las personas participantes. Entre los factores territoriales que afectan el proceso están: construcción de edificios, tala de árboles, reducción de zonas verdes, gentrificación y presión sobre los servicios públicos, especialmente el agua. En el ejercicio de transformación territorial, el espacio inicialmente presentaba suelo deteriorado, escombros, baja fertilidad y compactación. El trabajo agroecológico permitió recuperar progresivamente las condiciones del suelo mediante el uso de abonos naturales, cobertura vegetal y biopreparados, siendo un éxito para las siembras la calidad del suelo recuperado.

En esta transformación también se evidencia como la presencia de insectos, plantas y árboles influye en el equilibrio ecológico de la huerta. Una de las entrevistas menciona factores ambientales como la necesidad de atraer biodiversidad y recuperación en clave del paisaje urbano.

Otro factor clave es la relación con otros procesos e instituciones, el proceso ha contado con apoyos importantes de la Huerta Colibrí Dorado, la Corporación Casa Cultural Hechiza, el Jardín Botánico de Bogotá y otros proyectos comunitarios. Estos apoyos han permitido el acceso a materiales, la formación técnica, infraestructura, insumos, semillas, y acompañamiento pedagógico. Estas alianzas se han percibido como fundamentales para el fortalecimiento del proceso.

En clave de la educación popular, el proceso de la huerta ha construido una metodología para el intercambio de saberes basada en el aprendizaje colectivo, la práctica cotidiana y la experiencia comunitaria. Esto ha permitido que las participantes reconozcan sus conocimientos y fortalezcan su confianza en relación con el cultivo y el cuidado de la huerta, lo que ha repercutido directamente en nuevas prácticas alimentarias entre los asistencias y reflexiones en torno a la soberanía alimentaria.

Uno de los factores más relevantes identificados en el proceso es la baja participación juvenil en ciertas etapas. Aunque existe una participación importante de personas mayores. La incorporación de nuevas generaciones aparece como uno de los principales desafíos para el futuro de la huerta.

Aprendizajes generados

Se refleja cómo los procesos tales como esta huerta comunitaria suelen sostenerse mediante formas flexibles de participación, donde el compromiso colectivo supera muchas veces las estructuras organizativas formales.

Al respecto, resalta el territorio como un lugar que además de verse transformado, se defiende y resiste por medio de su comunidad. Esto se entiende como la defensa de diferentes derechos interdependientes, tales como el derecho al alimento, a la educación, al esparcimiento, al uso del espacio público, y donde además se tratan otros derechos como los laborales o de movilidad, entre otros. Así, esa relación con el territorio viene marcada por medio de su “cuidado”. Así, la propia acción agroecológica pretende llamar la atención a los vecinos sobre la importancia de acciones ambientales y en defensa del territorio. A modo de ejemplo, como se evidencia en uno de los apartados de una de las entrevistas: “hemos pasado cartas, defendido nuestro territorio (…) y lo que queremos también dentro de nuestro barrio, es como dar un ejemplo” (Entrevista 04).

Un aprendizaje concreto que se encuentra en el proceso es la comprensión crítica de la soberanía alimentaria. Se reconoce que, si bien la huerta no resuelve completamente el acceso a alimentos, si genera procesos de conciencia y apropiación sobre la producción y distribución de alimentos, especialmente en relación con la desigualdad y bajo poder adquisitivo que tienen muchas familias en la localidad de Suba. Se señala en una de las entrevistas que "la gente que digamos no tiene para comprar (…) ahí de la huerta se obtenía gratis, entonces eso genera una seguridad en cuanto a la alimentación" (Entrevista 04).

6. Análisis de hallazgos

Dentro de la reflexión obtenida por la investigadora a partir de analizar los diarios de campo e interpretar los talleres y entrevistas, así como una comparación con la revisión de literatura y el marco teórico desarrollado, se resaltan elementos clave que son transversales para la realización del análisis de la información recolectada.

Hallazgos relacionados con las dinámicas de organización comunitaria

Primero es importante abordar la dimensión de los sentidos y los significados. En ello, se interpreta que para las personas entrevistadas el significado de la huerta pasa no solamente por lo meramente geográfico o físico, sino que les atraviesa en lo personal a través de lo emocional (aparecen sentimientos relacionados con el orgullo, la esperanza y la dignidad), siendo las huertas una parte relevante de sus propias biografías.

En relación con ello, es importante cómo se nombran estos espacios. Aunque les identifican como proceso muchas veces en los talleres y entrevistas a modo de categoría, la palabra huerta es importante a modo de sustantivo, es decir, la forma en referirse a la particularidad, especialmente cuando se habla de este proceso en relación con las trayectorias de vida. Así, el proceso en sí se entiende como el espacio donde se han desarrollado actividades de agricultura urbana en general, pero la palabra huerta emerge cuando se tiene un espacio asociado de mayor forma a lo colectivo y comunitario, a lo agroecológico y el territorio. Esto se evidencia en el tránsito de jardín a huerta, especialmente en su dimensión

socio-territorial. El concepto de huerta entonces se relaciona directamente con un concepto más general e interdependiente de vida y diversidad, que surge también de ese tránsito que se entiende como recuperación.

En una dimensión política, es relevante de forma implícita las formas organizativas que desarrollan las huertas como procesos comunitarios. Aunque se evidencia que las decisiones se toman de forma colectiva, es innegable un liderazgo informal que ejercen los jóvenes como agentes motivadores y que vinculan lo tradicional con lo técnico, pero más aún, la voz que marcan las mujeres mayores, quienes son un sostén importante en la continuidad y dan mayor permanencia de los espacios. Esto se evidencia en tensiones y consensos en relación con las discusiones planteadas desde la agroecología (las mujeres mayores confían más en los saberes tradicionales, mientras que los jóvenes buscan interlocución más sistémica con el conocimiento técnico), atravesados por el diálogo intergeneracional, así como horizontes diferentes en lo que concierne a la interlocución con otros actores (las mujeres mayores buscan crecer con otras pares, mientras que los jóvenes están interesados de forma más activa con el diálogo con otros movimientos sociales).

La organización comunitaria que surge en las huertas no se puede ver solamente como un mecanismo para coordinar acciones, sino como una manera de potenciar la conciencia política y territorial. En esta línea, las historias muestran que para que la acción colectiva se fortalezca es necesario construir de manera continua consensos y reconocer intereses en común, un proceso que no está libre de tensiones y conflictos. Como dice uno de los integrantes, "esa fue una de las principales dificultades, que como comunidad se unieran a reconocer las luchas, los objetivos, los sentires, las proyecciones, los debates que se daban" (Entrevista 01). Esta situación dialoga con los planteamientos de Alberto Melucci (1999), que sostiene que la acción colectiva no surge de manera espontánea, sino que implica la construcción continua. Asimismo, coincide con lo planteado por Castells (2012), para quien los movimientos territoriales se consolidan cuando logran transformar intereses individuales en proyectos colectivos capaces de disputar el sentido del territorio.

Un impacto significativo identificado en las experiencias de las huertas comunitarias corresponde a la construcción de prácticas de cuidado mediadas por el trabajo compartido y la distribución colectiva de las cosechas. En estos espacios, sembrar, regar, mantener los cultivos y cosechar no constituyen únicamente actividades productivas, sino acciones que fortalecen vínculos de reciprocidad y corresponsabilidad entre quienes participan del proceso. La cosecha adquiere así un valor que trasciende lo alimentario, convirtiéndose en una expresión concreta de solidaridad y reconocimiento mutuo. Desde la perspectiva de la ética del cuidado, estas prácticas evidencian que el sostenimiento de la vida depende de relaciones de interdependencia y compromiso con el bienestar colectivo. De igual manera, compartir los alimentos producidos en la huerta representa una forma de materializar valores asociados a la cooperación, la confianza y la construcción de comunidad, configurando una pedagogía cotidiana del cuidado que se expresa tanto en la atención a las plantas, como en la atención a las personas.

Los testimonios indican que, además de la labor agrícola, participar en la huerta está mediado por una ética de cuidado y entrega desinteresada. Una de las lideresas, Doña Reinalda, sintetiza esta experiencia diciendo: "...es un trabajo en el que uno lo hace con amor, porque uno lo hace desde lo que uno sabe y uno lo entrega sin pedir nada a cambio; solo poder compartir y poder hacer algo bueno..." (Entrevista 03). Esta idea coincide con la propuesta de Boff (2002), quien entiende el cuidado como una actitud ética orientada a la protección y sostenimiento de la vida, así como con Gilligan (1993), para quien el cuidado constituye una forma de construir relaciones basadas en la responsabilidad y la reciprocidad.

Figura 15

Los frutos de las huertas son compartidos de manera colectiva y equitativa



Nota: este compartir refuerza los lazos afectivos por medio de prácticas del cuidado. Fuente: Archivo.

La distribución de las cosechas también expresa una dimensión política del cuidado vinculada a la soberanía alimentaria. Los alimentos producidos colectivamente son comprendidos como bienes comunes que fortalecen la autonomía de las comunidades y cuestionan las lógicas individualistas propias de los sistemas alimentarios dominantes. En las huertas objeto de sistematización, la decisión de compartir semillas, conocimientos y productos agrícolas refleja una comprensión de la alimentación como un derecho y una responsabilidad colectiva. De esta manera, el acto de entregar una lechuga, intercambiar semillas o compartir una aromática cosechada en la huerta, trasciende el intercambio material para convertirse en una práctica de construcción comunitaria, donde se manifiesta como una acción política orientada a garantizar la vida digna, fortalecer la solidaridad barrial y promover relaciones más justas con las personas y con la naturaleza.

En conjunto, estos hallazgos permiten interpretar de que la organización comunitaria en las huertas no se sostiene solo a través de estructuras formales de organización, sino también por medio del establecimiento diario de relaciones de confianza, reciprocidad y cuidado. Estos vínculos hacen posible que la acción colectiva perdure, promuevan el diálogo de saberes y fortalezcan el sentimiento de pertenencia hacia el territorio, transformando a las huertas en espacios donde se dan simultáneamente prácticas agroecológicas y la formación política.

Hallazgos relacionados con la agroecología y soberanía alimentaria

Aunque las huertas, como se ha señalado, van más allá de la siembra de plantas, se encuentra que el debate de la soberanía alimentaria es el pivote sobre el que giran. Existe una crítica a la agroindustria, los modelos de distribución y consumo, las características nutricionales que se dispone en el mercado tradicional, y especialmente la relación entre comunidad-territorio y campo-ciudad, donde se plantea la importancia de tener de presente el acceso a alimentos en la cotidianidad.

La información recopilada indica que la soberanía alimentaria vista desde las huertas estudiadas no se limita a la disponibilidad de alimentos, sino que es un proceso político y educativo que cambia la forma en que se relacionan sus participantes cotidianamente con lo que comen. En este contexto, uno de los participantes, Cesar sostiene que la huerta simboliza "la soberanía alimentaria, una nutrición responsable, responsabilidad en términos ambientales, educación ambiental para lo que respecta al núcleo familiar o individual" (Entrevista 01). Esta perspectiva es consistente con las ideas de Torres y Rosset (2016), que afirman que la soberanía alimentaria supone el derecho de los pueblos a determinar la manera en que producen, reparten y consumen sus alimentos, incluyendo aspectos culturales, ecológicos y pedagógicos. Cruz y Corzo (2021) afirman que, de forma análoga, estos procesos fomentan la autonomía comunitaria al impulsar prácticas alimentarias que se desarrollan a partir de los territorios y no solo desde las dinámicas del mercado.

Por otro lado, si bien es preciso establecer que ninguna huerta es capaz de suplir la totalidad de la demanda nutricional de sus participantes, si pone en relieve el debate de la soberanía alimentaria, motivando a la multiplicación de huertas comunitarias y familiares. Así, si se logra conseguir alimentos sembrados por los huerteros mismos, lo que no solo tiene un impacto nutricional o económico, sino especialmente emocional, dado que la dinámica de relación con el alimento cambia profundamente cuando describen el poder comer algo que ellos mismos sembraron y cosecharon. Este impacto, siendo el más relevante, resulta de especial atención cuando se relata el proceso completo de siembra, dando una importancia especial a cuatro momentos: 1) El hecho de que las semillas sean conseguidas por intercambio,

libres de transgénicos y cuidadas en su reproducción; 2) El uso de tierra abonada y fertilizantes, donde en las entrevistas se coincide en destacar fuertemente el uso de Pacas Digestoras y Lombricompostaje; 3) Las labores de cuidado que no se realizan con agroquímicos, sino con prácticas agroecológicas frente a las enfermedades de las plantas y plagas; y, 4) La cosecha que se realiza de forma colectiva, repartiendo los frutos conseguidos de manera proporcional y justa, contrario a la acaparación que se identifica en el mercado alimentario.

Un hallazgo que surge de la sistematización es que la producción agroecológica no solo cambia la manera en que se da la relación con los alimentos, sino también con el suelo y con la propia vivencia de habitar un territorio. Una participante expresa esta dimensión con la siguiente afirmación: "me encanta esto, yo vengo acá y me siento feliz... me gustan las plantas, me gusta trabajar en la tierra" (Entrevista 06). Como lo relaciona Leff (2022), la agroecología es una experiencia de pertenencia, memoria y bienestar, que se basa en establecer razonamientos ambientales a través de relaciones simbólicas y culturales con la naturaleza. El cultivo y la alimentación dejan de concebirse como meras actividades de producción y consumo respectivamente, para pasar a ser prácticas que contribuyen a forjar la identidad y a reconstruir el vínculo entre la naturaleza y la sociedad, y en el contexto de estas huertas, entre el mundo urbano y el rural.

Figura 16

Momento donde huerteras cocinan y comparten los alimentos que han cosechado de manera colectiva en la Huerta Paz de la Esperanza.



Nota: uno de los momentos más significativos encontrado en ambas huertas es cuando se tiene la posibilidad de alimentarse de las cosechas, generando un impacto positivo en sus participantes; les vincula anímica y políticamente. Fuente: elaboración propia.

Es importante que la cosecha no se entiende como un bien de apropiación individual, sino como un recurso para hacer crecer a la comunidad, como lo señala una de las huerteras: "Luego, cuando ya hubo cosecha, lo repartimos entre toda la comunidad porque también caían otros vecinos" (Entrevista 03). Esto demuestra que la soberanía alimentaria en su dimensión ética se fundamenta en principios de solidaridad, redistribución y reciprocidad, en lugar de seguir la lógica de acumulación que caracteriza a los sistemas agroalimentarios tradicionales. Altieri y Nicholls (2012) argumentan en esta línea que la agroecología no solo cambia las maneras de producir, sino también las relaciones sociales en torno a la comida, al fortalecer la cooperación, la autonomía y el tejido comunitario.

En los apartados de momentos significativos, se encuentra que en ambos casos se da un espacio particular cuando la huerta ya está consolidada como comunitaria y ejerce prácticas agroecológicas basadas en el saber popular y las vivencias de sus participantes, y es la incorporación del conocimiento técnico y el uso de iniciativas de mayor envergadura para la labor agrícola. De acuerdo con Angie Peña, de la huerta Polinizadores: "(a) lo que le damos prioridad al comienzo era a las pacas digestoras (…) para dar conciencia sobre la cantidad de

basura que se llevan solo a un espacio, que es en el botadero de Doña Juana", y además (también) el lombricultivo que hay" (Entrevista 2).

Así, si bien el uso de residuos agrícolas y domésticos permite el apoyo a la fertilización de la tierra, al crear una paca digestora se mejora bastante la calidad de esta, así como también al incorporar lombricompostera, los nutrientes presentes en el abono se ven fuertemente mejorados. Esta labor, donde se pasa de una práctica más rudimentaria a un proceso más sistémico en la fabricación de biopreparados (abonos, fertilizantes y pesticidas de origen natural) e incorporación de más herramientas, implica una cualificación en la huerta, que adquiere mayor relevancia, pero también más responsabilidad por parte de sus miembros. Esto hace que la discusión de soberanía alimentaria adquiere mayor dimensión técnica y sobre todo dota a las huertas de más proyección.

Figura 17

Implementación de pacas digestoras.



Nota: un avance relevante en las prácticas agroecológicas es la implementación de pacas digestoras, las cuales permiten la consecución de material fertilizante natural y el uso de residuos domésticos, integrando una necesidad de la huerta con los hogares de participantes y personas que quieren apoyar a las huertas. Fuente: elaboración propia.

Figura 18

Elaboración de biopreparados usados en la Huerta Paz de la Esperanza.



Nota: los biopreparados son fabricados por los propios participantes a partir de fuentes naturales. En las imágenes se observan preparados para fertilizantes y pesticidas hechos con residuos de alimentos y ortiga. Fuente: elaboración propia.

Un elemento visible en relación con esa proyección es la transformación de huertas de pocas plantas, donde no se requiere delimitación o es rudimentaria, hacia una organización del espacio que implica toma de decisiones con criterios agrícolas, donde se contemplan tanto los saberes tradicionales como técnicos. En estas circunstancias de mejora cualitativa del proceso, salta a la vista el uso de cercados vivos o artificiales para dar mayor claridad en relación con la disposición de los diferentes cultivos.

La conexión entre la crisis climática y la soberanía alimentaria es otro factor que surge del proceso de sistematización. Se advierte en varias entrevistas, el taller grupal y con la observación participante que, a causa de los cambios medioambientales actuales, cada vez es más difícil acceder a los alimentos. Como señala uno de los participantes: "...en cuanto a soberanía alimentaria es el tener acceso al alimento... y también hay que tener en cuenta que ahora por el cambio climático hay muchas dificultades" (Entrevista 01). Este enunciado muestra que las huertas comunitarias se consideran tácticas locales para adaptarse a los problemas climáticos a nivel mundial. Desde el punto de vista de Leff (2022), implica desarrollar una racionalidad ambiental que pueda hacer frente a la crisis ecológica basada en

prácticas fundamentadas en el saber situado adaptado a la localidad. Por otro lado, Altieri y Nicholls (2017) resaltan que la diversificación agroecológica fortalece la resiliencia de los sistemas alimentarios ante situaciones climáticas inciertas.

Un elemento emergente de la sistematización es que el valor del alimento no radica únicamente en su consumo final, sino en el saber adquirido durante todo su proceso. Los individuos que participan del proceso de cultivo le dan sentido a cada fase, desde intercambiar semillas y preparar el terreno hasta cosechar y compartir los alimentos en grupo. Así, la comida ya no es vista como una mercancía, sino como el resultado de un proceso colectivo de aprendizaje, cuidado y trabajo en común. Esta comprensión concuerda con el punto de vista que diferentes autores citados resaltan sobre la soberanía alimentaria, donde argumentan que los sistemas sustentables dependen tanto de los procesos como del conocimiento cultural que los respalda (Torres y Rosset, 2016; Altieri y Nicholls, 2012; Camargo y Acevedo, 2022).

Figura 19

Tránsito de las huertas hacia espacios agroecológicos consolidados.



Nota: se resalta el salto cualitativo, por ejemplo, al verse mayor número de plantas, uso de cercados y mayor organización según los requerimientos del espacio de cada una de ellas. Se ve el uso de estos cercados en ambas huertas. Fuente: Archivo Personal de la Autora.

Figura 20

Adaptación de las huertas, según necesidades.



Nota: el enmallado también se usa para impedir que los gatos hagas sus necesidads al lado de las plantas sembradas y proteger el suelo mientras ellas crecen. En las imágenes se observa el proceso de instalación de estas mallas en la Huerta Paz de la Esperanza. Fuente: Archivo Personal de la Autora.

Hallazgos relacionados con Territorio y Territorialidad

Es clave ver cómo se ejerce la territorialidad desde las huertas; en particular, se ven como un punto de inflexión, que marcan un “antes” versus un "después". Por ejemplo, en la huerta Polinizadores se destaca que el espacio antes era un basurero. Además, las huertas permitieron el tránsito de lo individual y familiar, a lo colectivo y comunitario, en este caso a modo de complementación. En las prácticas agrícolas, se pasó de la jardinería al ejercicio de la soberanía alimentaria, y de los espacios verdes sub-aprovechados a un lugar biodiverso centrado en la interacción entre actores comunitarios y ecológicos. Esta transformación del

territorio se centra en la recuperación ambiental, resignificación del espacio, resistencia comunitaria, conexión con la red hídrica y respuesta a problemáticas urbanas, que se pueden encontrar como diferentes derechos reclamados por las comunidades, a lo largo de la información recolectada.

Un hallazgo particularmente relevante es que los participantes no ven la huerta como un lugar aislado, sino como un nodo dentro de una red territorial más extensa. En el caso de la Huerta Polinizadores, esta se encuentra muy conectada con el humedal Tibabuyes como territorio. Esta perspectiva se manifiesta cuando una de las participantes sostiene que la finalidad del proceso es "...que no se vea separado uno del otro, sino que hagamos parte tanto del barrio, como del humedal y de la huerta..." (Entrevista 05). Lo encontrado en la información recolectada y las observaciones que se realizaron muestran una perspectiva relacional, en la que los límites físicos rígidos no son importantes frente a las interacciones sociales, ecológicas y culturales que vinculan diferentes partes del entorno territorial. Esta concepción concuerda con la planteada por David Harvey (2008), quien sostiene que el territorio es una creación social originada a través de las relaciones y prácticas diarias, y con Ramírez (2009), quien considera la territorialidad como un proceso de apropiación, significación y producción del espacio por las comunidades.

Teniendo en cuenta lo anterior, se encuentra una relación marcada con otras huertas, pero también con instituciones como la Alcaldía Local y el Jardín Botánico de Bogotá. Este tipo de relaciones se percibe como coyuntural, donde a veces fortalece el proceso propio y otras veces lo limita, dependiendo fuertemente del clima político local y nacional, así como de las necesidades de la huerta en el momento. Sin embargo, a pesar de ello, las huertas estudiadas resaltan la importancia de no tener dependencia de lo institucional, donde si bien se forma un diálogo, este no debería limitar el desarrollo de las prácticas comunitarias y agroecológicas.

La información analizada permite comprender que el significado atribuido a la huerta trasciende su condición como espacio de cultivo y se establece como una construcción social, territorial y simbólica. En las narrativas de las personas participantes se evidencia una diferenciación entre las nociones de jardín, huerta y proceso comunitario. Mientras el jardín

aparece asociado inicialmente a prácticas personales y/o familiares de embellecimiento, recuperación paisajística y cuidado de plantas ornamentales, la huerta representa un estadio posterior de apropiación colectiva entre vecinos en el que convergen dimensiones productivas, educativas, ecológicas y comunitarias. Este tránsito de jardín a huerta constituye un momento significativo en ambas experiencias estudiadas, pues expresa el paso de una relación centrada en el cuidado individual de las plantas hacia una construcción colectiva del territorio.

También se produce una reestructuración de los recuerdos vinculados al territorio cuando el jardín se convierte en huerta. Los hallazgos indican que la recuperación de un espacio no solo significa cambiar su apariencia física, sino también resignificar los recuerdos, las formas de interactuar con él y sus usos. La huerta se transforma en un espacio de encuentro entre memorias individuales y colectivas que se han construido en torno al cuidado, la plantación y el encuentro comunitario. Esto está en diálogo con Jelin (2002), quien sostiene que los procesos de memoria son disputas sobre el significado del pasado que guían nuevas maneras de entender y habitar los territorios, y con Halbwachs (2004), quien plantea que la memoria es una construcción social basada en grupos humanos.

La huerta emerge entonces como una categoría profundamente vinculada con la vida. No se limita a la producción de alimentos, sino que integra procesos de recuperación ecológica, fortalecimiento comunitario, educación popular, memoria territorial y construcción de vínculos afectivos. La recuperación de espacios deteriorados, la llegada de nuevas especies vegetales y animales, la presencia de polinizadores, la circulación de saberes entre generaciones y la participación de diversos actores sociales contribuyen a que la huerta sea percibida como un espacio de diversidad y transformación. El proceso comunitario se fortalece a medida que la huerta deja de ser únicamente un lugar físico para convertirse en un territorio vivo, donde confluyen prácticas de cuidado, aprendizajes compartidos, construcción de identidad colectiva y proyección de alternativas frente a las dinámicas urbanas dominantes.

Un punto de interés es que los individuos que participan amplían el concepto de territorio más allá de las fronteras convencionales, entendiendo a sus habitantes más allá del ser humano e incluso dentro de este. Uno de los relatos sostiene que "es importante ese reconocimiento

macro o micro... hablando de bacterias, hongos... como parte de esa flora digestiva que hay en el territorio y dentro de nuestros cuerpos" (Entrevista 01). Esta comprensión demuestra una visión sistémica en la que los seres humanos dejan de estar fuera de la naturaleza y se reconocen como parte de ella, en diálogo con la racionalidad ambiental de Leff (2022), que sostiene que los territorios están compuestos por redes de vínculos ecológicos, simbólicos y culturales, y también con Alier (2015), quien comprende las redes medioambientales desde la interdependencia entre los sistemas ecológicos y las comunidades que viven en ellos.

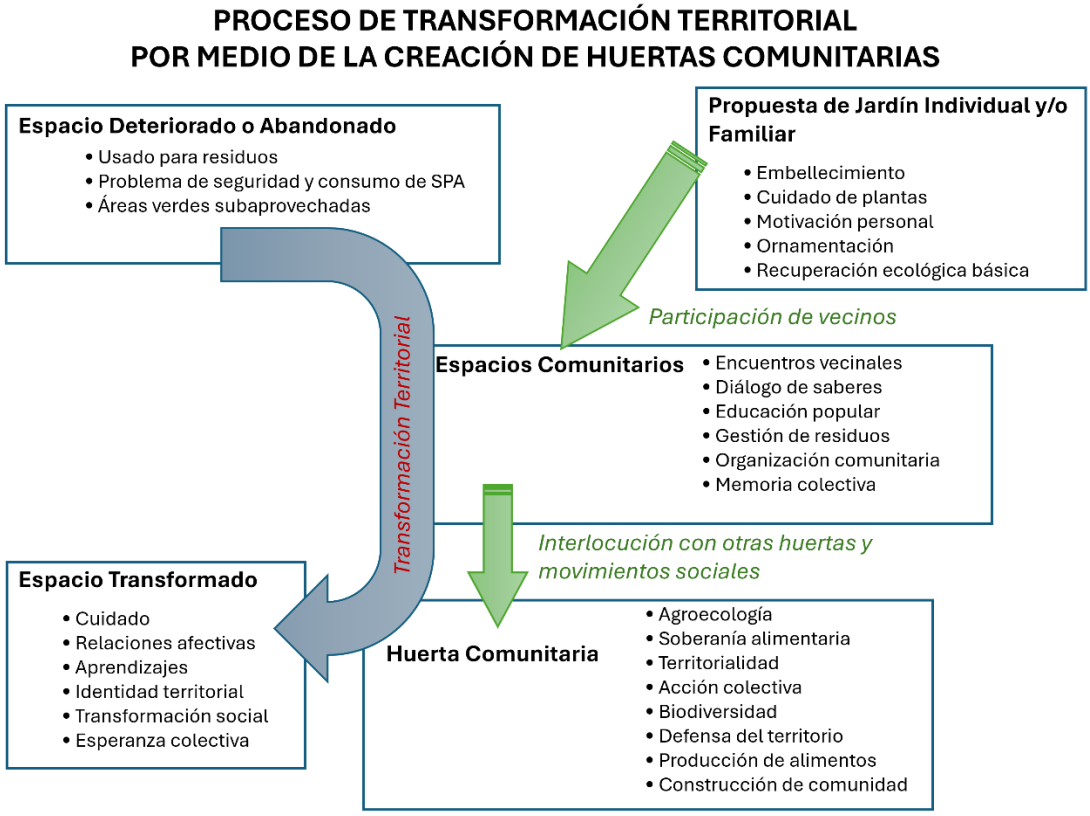
La noción de recuperación ocupa un lugar central en esta transformación. Recuperar implica simultáneamente recuperar el espacio físico, las relaciones comunitarias, los conocimientos agrícolas tradicionales, la biodiversidad y las posibilidades de encuentro entre vecinos y vecinas. La huerta se configura como una expresión concreta del derecho al territorio, en tanto permite resignificar lugares anteriormente asociados con el abandono, la contaminación o la inseguridad, convirtiéndolos en escenarios de vida, participación y construcción de comunidad. La huerta es entendida por las personas participantes como una práctica territorial que articula naturaleza, cultura, educación y organización social, dando lugar a procesos permanentes de producción de sentidos y fortalecimiento del tejido comunitario.

Así, se entiende la apropiación del espacio público como un proceso de confrontación simbólica contra las representaciones imaginarias de desamparo e inseguridad. Los relatos muestran que al principio la comunidad fue escéptica acerca de la consolidación de la huerta: "Al inicio había muchas personas escépticas, negativas de que se pudiera dar un proceso de agricultura urbana, sobre todo en espacio público, donde cualquiera puede llegar, cualquiera puede tomar, cualquiera se puede llevar, dañar o destruir" (Entrevista 01). La transformación de estas percepciones confirma que el territorio no constituye únicamente un soporte físico, sino una construcción social en disputa, tal como plantean Harvey (2008) y Ramírez (2009), quienes entienden el territorio como un espacio producido mediante relaciones sociales, prácticas cotidianas y procesos de apropiación.

Los relatos también permiten comprender que la agricultura urbana constituye un mecanismo mediante el cual se reconstruyen vínculos entre el campo y la ciudad, como lo señala uno de los entrevistados expresa que la huerta se desarrolla "...en un territorio que ha transitado desde la agricultura al urbanismo... teniendo un legado en Suba de muchas comunidades... que han llegado por desplazamiento a Bogotá" (Entrevista 02). Así, las huertas son espacios en los que se cruzan historias de vida campesinas, recuerdos del desplazamiento y nuevas maneras de vivir en la ciudad, y desde este punto de vista, una construcción histórica que no es estática, sino que ha pasado por procesos de movilidad, conflicto y reconfiguración, como lo sugieren Halbwachs (2004) y Harvey (2008).

Figura 21

Transformación de los espacios verdes por medio de las huertas.



Nota: diagrama conceptual donde se visualiza la transformación de los espacios verdes por medio de las huertas, a través del proceso evolutivo de iniciativas personales y familiares, hacia comunitarias. Fuente: Archivo personal de la Autora.

Una relación particular tiene que ver con la realización de proyectos de cooperación con instituciones, que pueden servir para conseguir recursos para las huertas. Resalta que esta es una actividad que en su parte de formulación es, en ambos casos, casi exclusivamente realizada por los jóvenes, aunque se cuenta con el apoyo, especialmente en la ejecución, no solo por parte de los otros miembros activos de las huertas sino también de vecinos cuya participación es itinerante. La mayoría de estos proyectos se enfocan en talleres de formación, sensibilización y consecución de herramientas para la labor agrícola o de cuidado ambiental.

Que los participantes reconozcan la presencia de plantas como una señal de cómo una comunidad se relaciona con su territorio es particularmente relevante. Como se indica en uno de los relatos, "...hay muchas casas, hay muchas matas... eso habla de que hay una conexión con el hecho de cuidar la naturaleza, cuidar el territorio..." (Entrevista 05). Este hallazgo permite interpretar que la vegetación adquiere un significado que trasciende su función ecológica para convertirse en un símbolo de apropiación, cuidado y pertenencia.

Las prácticas que se ejercen en las huertas implican el respeto y trato multidireccional con los impactos que se generan, de una manera retributiva entre la tierra y los seres que la habitan. Ambos procesos se convirtieron a lo largo de los años en prácticas de resistencia, territorio y participación comunitaria, donde la defensa del territorio no se limita al uso del espacio físico de un lugar, sino que implica disputas simbólicas y políticas sobre quien tiene la legitimidad para decidir sobre el territorio, tal como lo demuestra la cercanía de iniciativas por el cuidado de espacios como los humedales.

Figura 22

Recorrido en el Humedal Tibabuyes organizado por la Huerta Polinizadores.





Fuente: Archivo Personal de la Autora.

Hallazgos relacionados con las metodologías educativas

En ambas huertas se encontró información en relación con prácticas de educación popular como parte integral de los procesos. En primera medida se encontró una práctica informal relacionada con los saberes tradicionales agroecológicos, especialmente compartidos por las personas mayores y personas con vivencias campesinas. Este tipo de práctica se puede identificar como diálogos intergeneracionales, donde destacan en las entrevistas los aprendizajes compartidos alrededor de la siembra, la conservación y reproducción de semillas, el manejo de residuos domésticos y agrícolas, biopreparados para fertilizar y proteger las plantas, la elaboración de abono a través del compostaje, cuestionamiento de la alimentación moderna y recuperación de otras prácticas campesinas, que fortalezcan la agroecología.

Las personas mayores aparecen como portadoras de memoria agrícola y experiencia territorial, mientras que los jóvenes cumplen frecuentemente un papel de dinamizadores organizativos y articuladores con instituciones o redes comunitarias. Este intercambio de conocimientos se da de manera horizontal, constituyendo una práctica central de educación popular al reconocer que todas las personas poseen saberes válidos construidos desde la experiencia.

También surge la recuperación de la memoria territorial al construir conocimiento sobre el espacio que se habita a través de una lectura del entorno, las relaciones sociales y la historia

de los barrios y comunidades. Así, el papel de la concientización desde la EP resalta en este aspecto, donde las personas reinterpretan su realidad a partir de un proceso de diálogo entre las propias vivencias y la reflexión crítica. Esto permite cualificar a nivel social las propuestas y debates, especialmente en relación con el derecho al estar, convivir y disputar el territorio y territorialidades, dotando a los participantes de mayores capacidades argumentativas, narrativas y de entendimiento de las problemáticas que les aquejan, haciendo que las acciones ejercidas tengan mayor impacto y repercusión.

En este aspecto, la concientización ecológica y ambiental emerge con un rol importante, en tanto ayuda a entender el proceso como una parte de una serie de reivindicaciones de mayor envergadura relacionadas con las redes ecosistémicas, donde las huertas están situadas. Así, surge la necesidad de establecer un diálogo con mayor calidad técnica, donde voluntarios, profesionales y educadores han podido compartir conocimientos biológicos y ambientales, especialmente relacionados con los sistemas ecológicos de Suba y Bogotá, resaltar su importancia y equilibrio y el rol que se pueden cumplir desde las huertas, por medio de talleres prácticos, recorridos ambientales y sesiones de trabajo colectivo donde se comparten reflexiones finales. Esto permite que la educación ambiental no se limite a contenidos teóricos, sino que se construya desde experiencias territoriales concretas y emocionalmente significativas para la comunidad.

Figura 23

Talleres y actividades de formación.



Nota: los talleres y actividades de formación tienen fuertes componentes de Educación Popular. Se suelen realizar actividades pedagógicas donde se construya el conocimiento de forma colectiva, por medio de trabajo en equipos pequeños, elaboración colectiva de análisis y conclusiones, y Acción Participativa a partir de las vivencias propias. Fuente: Archivo Personal de la Autora.

Producto de las actividades con cada vez mayor impacto, envergadura y nivel de sofisticación, los procesos han visto la necesidad de cualificarse también en la ejecución de proyectos y acciones en alianzas con diferentes instituciones. Por un lado, se ha visto facilitado cuando una parte importante de los huerteros jóvenes son también estudiantes universitarios, con un mayor acceso al capital educativo necesario para este tipo de actividades; sin embargo, han logrado compartir el conocimiento con las otras personas, por medio de reuniones operativas donde se explican las necesidades y alcances, y se busca siempre socializar los avances conseguidos.

Lo anterior demuestra también que, en mayor o menor medida, las huertas se configuran organizacionalmente de manera horizontal, es decir, operativamente las decisiones tienden a tomarse de manera colectiva, por medio de reuniones ampliadas tales como asambleas. Esto también se vislumbra en la división del trabajo, que, en términos de las labores agrícolas,

implica el compromiso de cada uno de los asistentes. Esto hace que ninguna persona pueda hacer parte de la huerta sin estar vinculada directamente con las actividades propias de la agroecología, dificultando la aparición de liderazgos no vinculados con las necesidades de base y la creación de burocracias formales. Así, el conocimiento se esparce mayoritariamente de forma colectiva, impidiendo que se genere asistencialismo entre los participantes de las huertas, y donde la construcción del proceso se realiza de abajo a arriba, y con un sentimiento de pertenencia consolidado.

El aporte al campo de la Educación Popular, radica en la identificación del impacto de las huertas comunitarias no solo como espacios de producción agroecológica, sino como un escenario pedagógico, político y comunitario para la construcción y transformación territorial, acorde a los planteamientos de Paulo Freire (2005) quien plantea la educación como práctica transformadora, fortaleciéndose en los diálogos de saberes, las reflexiones colectivas y la participación activa de las comunidades en la generación, transmisión e implementación de conocimiento a la realidad, que se evidencia en la acción y permanencia de las huertas comunitarias que hacen parte del proceso investigado.

Desde una perspectiva crítica, también se encuentra relación con los planteamientos de Marco Raúl Mejía (2014) acerca de la producción de conocimiento desde el Sur y la EP como práctica política y pedagógica. Los hallazgos evidencian que las huertas no son únicamente espacios de siembra, sino escenarios donde las comunidades construyen saberes situados a partir de sus experiencias, necesidades y relaciones con el territorio. Por lo tanto, las prácticas desarrolladas permiten reconocer formas de conocimiento que históricamente han sido invisibilizadas por las lógicas académicas e institucionales dominantes, reivindicando que el saber se construye en la experiencia colectiva, en el diálogo y en diferentes acciones que generan transformaciones en las diferentes dimensiones políticas, territoriales, culturales y socioambientales.

Una parte importante de las acciones pedagógicas se realizan en las huertas con niños, niñas y adolescentes, en tanto una parte importante de los talleres tienen una orientación parcial o total hacia ellos. Se diseñan pedagógicamente los contenidos y actividades, por

medio de procesos adecuados a sus edades tales como puestas en escena, realización de carteleras y elementos visuales, y recorridos donde pueden aprender acerca del territorio, lo que vincula también generacionalmente a los participantes más pequeños, en busca de que se genere una continuación de los procesos, por medio de la iniciativa en estas edades.

Figura 24

Actividades con niños y niñas de elaboración de carteleras, en la Huerta Polinizadores.



Fuente: elaboración propia.

Otro aspecto relacionado con la investigación y sus hallazgos se encuentra en los aportes de Lola Cendales (s. f.) y Alfonso Torres (2010), en torno al diálogo de saberes y la sistematización de experiencias como prácticas pedagógicas y políticas. Se encuentra en las huertas esos espacios propicios para el desarrollo de procesos con aprendizaje horizontal, para el intercambio de experiencias y la construcción conjunta de conocimiento, que es llevado a la realidad en la cotidianidad de las actividades desarrolladas en cada una de las huertas, la implementación de los talleres, encuentros y espacios de trabajo comunitario. De este modo es posible visibilizar aciertos, desaciertos, tensiones y por ende nuevas formas de replantear, reinterpretar e implementar procesos, partiendo de las experiencias reales en el contexto.

Así mismo, se encuentra en el desarrollo de esta investigación los aportes de Orlando Fals Borda (2009), en el momento en que se evidencia que en las dinámicas de las huertas se genera conocimiento desde los actores comunitarios y sus vivencias, permitiendo comprender de forma profunda las dinámicas territoriales y organizativas. Se destaca la participación de los sujetos en la reconstrucción de las memorias históricas, el análisis de las tensiones e identificación de aprendizajes que fomentan el fortalecimiento del proceso investigativo y las acciones cotidianas en las dinámicas propias de cada una de las huertas. Se tiene en cuenta que a pesar de ser dos experiencias situadas en la misma localidad de Suba, cuentan con experiencias diferentes que no se pueden generalizar con la intención de vincularles en una categoría específica, sino que tienen el potencial de generar aportes significativos adaptados al contexto desde sus propias acciones, historias y recorridos.

En relación con lo anterior, es importante hacer énfasis en que las huertas comunitarias funcionan como espacios de producción de conocimiento situado, donde convergen saberes populares, prácticas agroecológicas, memoria territorial y dinámicas de organización colectiva, que si bien no tienen como objetivo ser parte de las acciones de políticas públicas o estar ligadas directamente con procesos institucionales, es posible e interesante plantear la importancia del reconocimiento de estos procesos en las políticas públicas distritales y locales, no únicamente como iniciativas de agricultura urbana orientadas a la soberanía alimentaria, sino también como experiencias de educación popular, fortalecimiento territorial comunitario y construcción ecológica.

Por lo tanto, las instituciones públicas podrían ampliar sus enfoques de intervención, incorporando estrategias que prioricen el acompañamiento pedagógico, la participación comunitaria y la continuidad organizativa de estos procesos, de una manera más eficiente que las acciones puestas en práctica en la actualidad. Se requiere entender las huertas como una apuesta importante que brinda opciones de procesos comunitarios integrales e incluyentes, esto es, como una opción para las huertas que consideren importante la presencia institucional para su desarrollo, sin desconocer como se menciona anteriormente, que existe la intención de promover y permitir un proceso autónomo sin dependencia institucional, que pueda

permear los objetivos y acciones de las huertas, permitiendo el acercamiento a modo de diálogo, pero no de dependencia u orientación de su rumbo.

Frente a ello, se propone fortalecer políticas orientadas a garantizar mecanismos de sostenibilidad para estos procesos, mediante apoyos técnicos y económicos continuos, acceso a herramientas e insumos agroecológicos, reconocimiento de liderazgos comunitarios y generación de redes de articulación entre huertas, organizaciones ambientales, instituciones educativas y entidades territoriales. Más que intervenciones asistencialistas o temporales, existe la necesidad de construir políticas participativas que reconozcan a las comunidades como actores centrales en la gestión socioambiental de los territorios.

En referencia a los procesos de educación formal y no formal, es importante que puedan reconocer que existe un potencial pedagógico en las huertas urbanas como escenarios de aprendizaje experiencial y la construcción colectiva de saberes, que cada una de las acciones desarrolladas en las huertas Paz de la Esperanza y Polinizadores favorecen procesos de diálogo, trabajo colaborativo, reflexión crítica y apropiación territorial, permitiendo abordar problemáticas ambientales desde experiencias concretas y contextualizadas. Por lo tanto, se puede sugerir la apertura de espacios pedagógicos itinerantes donde diferentes actores sociales e institucionales como colegios, puedan vincularse al proceso de educación popular ambiental y la agroecología urbana y promover adaptaciones curriculares, especialmente en áreas relacionadas con ciencias sociales, ciencias naturales, tecnologías y educación ambiental, que permitan un proceso de aprendizaje didáctico, multidisciplinario y local territorial.

Teniendo en cuenta que las huertas pueden ser comprendidas como aulas vivas, que permiten articular conocimientos académicos con saberes comunitarios y experiencias territoriales y por tanto representan una herramienta importante para superar enfoques tradicionales de educación ambiental centrados exclusivamente en la transmisión de contenidos, son espacios propicios para avanzar hacia procesos pedagógicos críticos y participativos donde los estudiantes se reconozcan como sujetos activos en la transformación de sus territorios. En tal sentido, se podría cambiar la educación tradicional por procesos de trabajo comunitario, observación del entorno, el cultivo colectivo, el diálogo de saberes y la

resolución de problemas, con el fin de fortalecer aprendizajes significativos y generar conocimiento relacionado con el cuidado, el apoyo mutuo, la soberanía alimentaria, el reconocimiento, la apropiación, la formación política y ciudadana, y defensa del territorio.

Tensiones, conflictos y oportunidades

Las tensiones son otro aspecto clave a revisar en la información recolectada. Se encuentran especialmente cuatro tipos: (1) Conflictos en relación con las zonas verdes o naturales, y la percepción de inseguridad por parte de un sector de los residentes de los barrios; (2) Las diferencias internas relacionadas con las expectativas individuales sobre las huertas; (3) Problemas de continuidad en las huertas, donde existen dos formas principales de manifestación: a razón de coyunturas (como la pandemia del COVID-19) o por la rotación de personas; (4) Uso del espacio público, que es una tensión especialmente con la institucionalidad; y, (5) Tensiones internas entre participantes.

Uso de los espacios

Respecto a la primera tensión, la información recolectada permite reconocer que muchos de los participantes de las huertas consideran que los vecinos que no tienen una cercanía con estos espacios y perciben las zonas verdes como focos de inseguridad, asociadas especialmente al consumo de sustancias psicoactivas y robos. Sin embargo, también se reconoce que esta percepción cambia con las huertas, pues se considera que esa zona verde pasa a estar más habitada y con flujo de personas, lo que disminuye la percepción de inseguridad, por lo menos en los momentos de actividades. Esta tensión ha generado conflictos con ciertos vecinos, que se ha buscado subsanar por medio de la pedagogía hacia afuera del proceso y buscando vincular cada vez más a habitantes de los sectores, muchas veces por medio de mujeres y jóvenes, quienes han hecho más presencia en el mantenimiento de estos procesos.

Tensiones internas

Se reconoce que existen otras tensiones internas entre los participantes, especialmente en relación con las expectativas individuales que tienen y la forma en que se encuentran en la práctica contradicciones que a veces escalan. Por un lado, suceden diferencias por múltiples razones que pueden transformarse en dificultades para cohabitar el espacio entre diferentes personas, rumores y ambiente de conflicto en las jornadas de trabajo. La forma en que se tramitan estos conflictos usualmente es acudir a reuniones donde se pongan en discusión.

En relación con las diferencias con el uso de agroquímicos, se reconoce que esta tensión se da especialmente cuando se habla acerca de las cosechas de las huertas y problemas que se enfrentan como crecimiento de otras plantas, enfermedades o bajo rendimiento. Quienes consideran importante la práctica agroecológica, establecen que la solución a esta diferencia es una mayor pedagogía, que se suele ejercer a través de la educación popular ambiental con un fuerte componente práctico, donde se vinculan saberes tradicionales para el uso de residuos y pesticidas o abonos naturales, con talleres donde se pueda interiorizar este conocimiento entre quienes no lo tienen.

Continuidad de los procesos

Para el tercer conflicto se evidencia una característica común en estos procesos comunitarios urbanos: la discontinuidad derivada de dificultades organizativas, falta de recursos o ausencia de acompañamiento institucional permanente. Al ser procesos relativamente jóvenes (ninguno tiene una continuidad permanente de 10 años o más), son vulnerables a las coyunturas y los cambios en circunstancias de vida. Para las personas jóvenes y que son a su vez una parte importante de los activistas de las huertas, situaciones personales como culminación de estudios, acceso a trabajos, migración nacional o internacional, desarrollo de vidas familiares o transformaciones emocionales, generan una distancia con la huerta, y al ser un proceso altamente generacional, coinciden que estas situaciones se den al mismo tiempo en un grupo considerable de participantes, lo que inevitablemente repercute en el proceso normal de la huerta.

Las entrevistas, a su vez, indican que uno de los retos más grandes es la persistencia de estos procesos. Como indica uno de los asistentes: "Los procesos son de subidas y bajas, no es algo constante... porque estos procesos dependen mucho del voluntariado de uno" (Entrevista 02). La capacidad de mantener relaciones, liderazgos y procesos de formación es tan importante como la disponibilidad de recursos materiales para que las huertas sean sostenibles. La educación popular, en este contexto, juega un papel crucial, ya que ayuda a consolidar el sentido de pertenencia y la participación, así como a formar individuos y colectividades comprometidas con la continuidad del proceso. (Torres Carrillo, 2014; Cendales, 2018).

A su vez, coyunturas como la pandemia del COVID-19 donde la población tuvo que verse obligada a un confinamiento, afectó gravemente ambas huertas que son objeto de esta sistematización y el proceso de retoma del proceso fue lento y tuvo dificultades para volver a convocar. En contraste, coyunturas como las movilizaciones populares del 2018-2019 o el estallido social del 2021 parecen renovar el interés, especialmente en jóvenes, por este tipo de procesos. Este balance entre circunstancias negativas y positivas hace que la frecuencia y constancia de las huertas no sea siempre estable, dependiendo en una parte de factores externos. En ambos casos estudiados, se encontró que una forma en que se suaviza esta tensión es con la participación de mujeres mayores y un grupo pequeño de jóvenes permanentes en los espacios, quienes establecen un puente entre diferentes generaciones y marcan la continuidad del proceso, así como revitalizan las energías en los momentos en que se requiere volver a convocar.

Siendo así, los mismos participes de las huertas reflexionaron sobre las limitaciones estructurales que enfrentan como procesos y como habitantes urbanos de barrios populares: precariedad laboral, falta de tiempo libre, desgaste organizativo y necesidad de compatibilizar el trabajo comunitario con la subsistencia comunitaria de ellos mismos o sus familias. Las huertas no solo son los espacios comunitarios que se han señalado, sino un espejo donde esas comunidades ven reflejadas sus contradicciones, dificultades y también esperanzas.

Relación con las institucionalidades

Finalmente existe un conflicto en relación con el uso del espacio. Además de la ya mencionada percepción de inseguridad, espacios como la huerta Paz de la Esperanza tienen una limitación espacial concreta con la Junta de Acción Comunal del Barrio Casablanca, quien varias veces ha manifestado querer darle otro uso, lo que depende de las personas que estén a la cabeza, situación que tiene un símil con la Alcaldía Local de Suba y la Alcaldía de Bogotá, donde cada nueva administración propone una forma diferente de dialogar con las huertas comunitarias. En la Huerta Polinizadores, varias veces la JAC respectiva ha planteado que existe una proliferación de roedores por la huerta, de habitabilidad de calle, de inseguridad en el sector y ha responsabilizado a un espacio natural de coyunturas meramente sociales y de salubridad. Si bien no han existido acciones de desmote efectivas a las huertas, si se ha percibido que en ciertos periodos se ciernen amenazas sobre ellas, por parte de la institucionalidad, específicamente de las JAL que buscan el uso del espacio para otros fines o un redireccionamiento de los usos y entendimientos del territorio urbano. De acuerdo con Angie Peña de la huerta Polinizadores: "Había una (persona) de la Junta de Acción Comunal de Aures 2, que siempre era como a ir en contra de nosotros, como a estigmatizarnos de que nosotros estábamos teniendo ahí la huerta para consumo o para robar" (Entrevista 2).

Esta tensión es latente en los constantes pedidos alrededor de normatividades, permisos y relaciones restrictivas con las Juntas de Acción Local, donde el trato pasa a las maneras burocráticas y personalistas que enfrentan bastantes riesgos para las huertas. Esto ha hecho que las huertas objeto de sistematización en este trabajo, hayan optado mayoritariamente por vínculos ambivalentes, donde se realizan alianzas parciales y se llevan a cabo los debidos procesos, pero buscan conservar la autonomía organizativa y política.

Para garantizar esta autonomía, la estrategia no está centrada en el convencimiento de las instituciones, pues se reconoce que esta relación puede oscilar entre el fortalecimiento, la dependencia o los peligros para la continuidad de los procesos.- A pesar de ello, ambas huertas han priorizado fortalecer los lazos con los vecinos de la comunidad, buscando blindarse por

medio de la red de apoyos y afectos desarrollados en el territorio y donde se disputa la legitimidad a un nivel social y ambiental.

Análisis de la metodología implementada

Para este proceso se situó como primordial el enfoque metodológico basado en la Investigación Acción Participativa y la Sistematización de Experiencias Participativa, lo que permitió construir conocimiento desde la memoria y el diálogo con los actores comunitarios involucrados en los procesos de la huerta Paz de la Esperanza y la huerta Comunitaria Polinizadores. La combinación entre una reflexión crítica y la participación facilitó comprender las dinámicas organizativas, pedagógicas y territoriales aterrizadas al contexto.

Las herramientas cualitativas utilizadas como las entrevistas semiestructuradas y la observación participante levantada en diarios de campo fueron especialmente útiles para captar dimensiones subjetivas, relacionales y territoriales que difícilmente podrían ser identificadas mediante metodologías cuantitativas. Por tanto, permiten una mirada desde la experiencia y el sentir particular dentro del proceso, lo que ayuda a encontrar diferencias significativas en espacios que desde una mirada cuantitativa podrían disminuir a una categoría homogénea de realidades que, aunque comparten elementos comunes, poseen trayectorias y sentidos diferenciados.

Tal es el caso de la reconstrucción del origen de los espacios estudiados, en donde la huerta Comunitaria Polinizadores surgió como recuperación de un espacio utilizado como basurero, con presencia de roedores y otras problemáticas sociales; la huerta Paz de la Esperanza buscó apropiar un espacio en el cual se realizaron diferentes intentos de instaurar una huerta comunitaria. Estas diferencias, relacionadas con las motivaciones iniciales, las dinámicas organizativas y las formas de apropiación del territorio, solo pudieron comprenderse plenamente a través del diálogo con los actores participantes y la observación directa de sus prácticas y relatos.

Otro aspecto relevante fue el de investigadora participante, dado que también formar parte de algunos de los procesos estudiados, facilitó la construcción de confianza, el acceso a los espacios comunitarios y la comprensión profunda de las dinámicas internas de las huertas. Así mismo, fortalecer las acciones en generación conjunta de conocimiento, al permitir que los resultados arrojados sean “con, por y para la comunidad” y se pueda alcanzar un impacto mayor en los procesos comunitarios de soberanía alimentaria y apropiación territorial, pues en caso contrario, no se lograrían objetivos tan profundos.

Aunque la investigación partió de categorías orientadoras definidas desde el marco teórico, tales como: educación popular, huertas comunitarias, territorio y territorialidad, durante el proceso de recolección y análisis de la información emergieron otras categorías relevantes que no habían sido contempladas de manera central al inicio del estudio.

Entre estas categorías emergentes se identificaron, en primer lugar, las tensiones relacionadas con la continuidad y sostenibilidad de los procesos comunitarios, especialmente aquellas asociadas al desgaste organizativo, la permanencia de los participantes, las dificultades económicas y las limitaciones de tiempo de quienes sostienen las huertas; situaciones que aparecieron de manera reiterativa en las entrevistas.

De igual manera, surgió de manera destacada la categoría de cuidado, evidenciando que las huertas no solo funcionan como espacios productivos o pedagógicos, sino también como escenarios de contención emocional, construcción de vínculos y fortalecimiento del tejido social. Se encontró que los participantes resaltaron constantemente dimensiones asociadas a la confianza, el acompañamiento mutuo, la escucha y la construcción de comunidad, así como la defensa del territorio.

Por último, apareció de forma transversal la dimensión política de las huertas urbanas, particularmente vinculada a la crítica a los modelos urbanos dominantes y la construcción de alternativas frente a problemáticas socioambientales y alimentarias. Esta dimensión se fortaleció especialmente al reconstruir las trayectorias organizativas y las memorias relacionadas con movilizaciones sociales y de defensa ambiental en la localidad de Suba.

Como en todos los procesos investigativos se pueden reconocer una serie de limitaciones metodológicas y contextuales que establecen el alcance de sus resultados y que, al mismo tiempo, permiten comprender de manera más rigurosa las condiciones en las que se desarrolló el proceso investigativo.

Se encontró que la realización de las entrevistas fue condicionadas por la disponibilidad y permanencia de los participantes dentro de las huertas comunitarias. Debido al carácter voluntario y fluctuante de estos procesos organizativos, algunas personas participaron de manera intermitente en entrevistas, talleres o actividades colectivas, lo que pudo limitar la profundidad de ciertas reconstrucciones históricas y perspectivas individuales. También, como se evidenció en el análisis de información, muchas de estas personas están en situaciones coyunturales de sus vidas relacionadas con aspectos laborales, educativos o migraciones, con lo cual complica la ubicación de horarios para la realización de entrevistas.

También se podría considerar una potencialidad o una limitación según se analice, la demarcación a las huertas comunitarias Polinizadores y Paz de la Esperanza, teniendo en cuenta que al desarrollar la investigación en dos experiencias comunitarias de la localidad de Suba, si bien, permitió un análisis profundo y contextualizado, también implica que los hallazgos no pueden generalizarse a todas las huertas urbanas de Bogotá o de otros territorios, dado que cada proceso posee condiciones organizativas, territoriales y políticas particulares. Por ello es importante entender esta investigación en un marco más grande de estudios realizados en otras huertas y procesos similares, con los cuales se pueda contrastar hallazgos y conclusiones.

En referencia a la cercanía de la investigadora con las experiencias estudiadas, también se puede indicar que representó simultáneamente una fortaleza y un desafío metodológico, porque por un lado facilitó la construcción de confianza y el acceso a los espacios comunitarios, pero también exigió un ejercicio permanente de reflexividad crítica para evitar sesgos en la interpretación de la información y mantener rigurosidad analítica durante el proceso de sistematización.

Observaciones y recomendaciones

A partir de los hallazgos obtenidos en esta investigación, se plantean algunas recomendaciones orientadas al fortalecimiento de los procesos de huertas comunitarias, la educación popular y la construcción de territorialidades.

En primer lugar, se recomienda a educadores populares que a su vez son huerteros, fortalecer el uso de metodologías participativas y territoriales en los procesos pedagógicos, incorporando experiencias como escenarios de formación formal y no formal, teniendo en cuenta que se pueden constituir en espacios de aprendizaje significativo, donde se articulan dimensiones ambientales, sociales, políticas y comunitarias, y así favorecer procesos de pensamiento crítico y construcción colectiva de conocimiento.

En relación con entidades públicas y tomadores de decisiones, la investigación evidencia la necesidad de fortalecer políticas públicas orientadas a la agricultura urbana y la participación comunitaria desde una perspectiva integral, en donde los programas institucionales reconozcan no solo la dimensión productiva de las huertas urbanas, sino también su papel pedagógico, organizativo, ecológico y territorial, sin disminuir su autonomía o generar dependencias asistenciales. También es importante generar mecanismos de apoyo sostenido que favorezcan la continuidad de estos procesos, mediante acceso a recursos, acompañamiento técnico y garantías para el uso comunitario de espacios urbanos.

Se recomienda fortalecer escenarios de articulación entre huertas, colectivos ambientales, instituciones educativas y organizaciones sociales, donde se puedan promover redes de intercambio de saberes, apoyo mutuo y construcción conjunta de estrategias frente a problemáticas socioambientales comunes. Además, este diálogo entre procesos permitiría encontrar maneras en que se han resuelto desafíos internos, así como estrategias de continuidad que puedan servir en diferentes huertas.

El desarrollo de esta investigación permitió identificar nuevas preguntas y problemáticas que sobrepasan el alcance del presente estudio, pero que abren posibilidades relevantes para

futuras investigaciones, especialmente en el campo de la educación popular ambiental, la territorialidad urbana y los procesos comunitarios.

Una primera línea de investigación puede estar relacionada con la sostenibilidad y permanencia de las huertas comunitarias en contextos urbanos, teniendo en cuenta que durante el proceso surgieron preguntas sobre las condiciones que permiten la continuidad de estos espacios a largo plazo. Se destaca particularmente inquietudes frente a factores como el desgaste comunitario, los cambios generacionales, la precariedad económica y las transformaciones urbanas de los territorios. Adicionalmente se evidenció que existe un alto índice de disminución en las actividades de las huertas durante ciertas coyunturas o pasados un número de años, debido a que no todas las personas cuentan con recursos y tiempo para poder permanecer en el proceso.

Asimismo, surge el interés por profundizar en las relaciones entre huertas comunitarias y políticas públicas urbanas; en investigaciones futuras se podrían analizar de manera más detallada cómo las instituciones inciden en estos procesos, qué tensiones se generan entre autonomía comunitaria e institucionalización, y cuáles son los efectos de los programas de agricultura urbana sobre las dinámicas organizativas y pedagógicas de las comunidades, y si realmente son importantes para su fortalecimiento y permanencia o en qué medida permean los procesos.

Una dimensión que se encontró como muy importante para profundizar corresponde al estudio de las dimensiones afectivas y del cuidado comunitario presentes en las huertas urbanas, con lo que se abren preguntas sobre el papel de las huertas en la salud emocional y comunitaria, así como las redes de apoyo mutuo y la reconstrucción del tejido social en contextos urbanos.

También surgió la necesidad de profundizar en las relaciones entre educación popular y movilización social, primordialmente porque la apropiación del territorio promueve la defensa territorial, los movimientos socioambientales y luchas urbanas por el derecho a habitar de manera digna la ciudad, contribuyendo ello a la formación política y ciudadana.

7. Conclusiones

La investigación permitió responder la pregunta de investigación planteada al evidenciar que los procesos de huertas comunitarias estudiados generan aprendizajes colectivos relacionados con la organización comunitaria, la apropiación territorial y la agroecología, tales como, el fortalecimiento de espacios agrícolas en zonas de vocación urbana, con la apropiación del territorio y la transformación de las dinámicas propias de las grandes urbes, con la generación de conocimiento a partir de espacios de diálogo de saberes que conversan directamente por medio de procesos de educación popular, así como la resignificación del territorio como estrategia de consolidación de la comunidad.

Uno de los hallazgos más significativos de la investigación fue la identificación del cuidado como categoría transversal que articula las dimensiones educativas, territoriales, comunitarias y agroecológicas de las huertas estudiadas. Más allá de las prácticas de siembra o producción de alimentos, el cuidado se manifiesta en las relaciones entre las personas, en la protección de la vida humana o no humana, en la recuperación de espacios degradados y en la construcción de vínculos afectivos que fortalecen la permanencia de los procesos. Las huertas pueden comprenderse como espacios afectivos donde se producen aprendizajes, emociones y formas de organización comunitaria que contribuyen a la sostenibilidad de las experiencias.

En relación con el objetivo general, se puede verificar su cumplimiento mediante la sistematización participativa de las experiencias de la Huerta Paz de la Esperanza y la Huerta Polinizadores. Por medio de entrevistas semiestructuradas, observación participativa y reconstrucción colectiva de memorias, fue posible identificar los aprendizajes, tensiones, metodologías y formas de organización presentes en ambos procesos. El análisis de información permitió reconocer elementos comunes y diferencias entre las experiencias, así como comprender la manera en que estas iniciativas se relacionan con las dinámicas territoriales y socioambientales de la localidad de Suba.

La investigación permitió evidenciar que las huertas comunitarias constituyen escenarios de educación popular donde el aprendizaje no se encuentra mediado principalmente por procesos escolarizados, sino por la experiencia compartida, el diálogo de saberes y la acción colectiva. Los conocimientos construidos en estos espacios emergen de la práctica cotidiana y de la reflexión sobre problemáticas concretas del territorio, reafirmando los postulados de la EP.

También es importante resaltar que mediante la sistematización se identificó el impacto positivo que permitió la dinamización de los procesos con el diálogo de saberes, la participación horizontal y la reflexión colectiva, propias de la educación popular, así como consolidar espacios pedagógicos alternativos en el territorio, teniendo en cuenta las particularidades del contexto en el que se sitúan las huertas comunitarias Polinizadores y Paz de la Esperanza, y evidenciar el proceso organizativo, histórico y socioambiental que se desenvuelve en estos espacios.

La reconstrucción de sus trayectorias evidenció que, aunque ambas experiencias se desarrollan en la localidad de Suba y comparten principios relacionados con la agroecología, el trabajo comunitario y la defensa del territorio, tienen orígenes, dinámicas organizativas y formas de apropiación territorial particulares. Por un lado, la huerta Polinizadores surgió como una estrategia de recuperación de un espacio con deterioro ambiental, por el otro, la huerta Paz de la Esperanza se fortaleció a partir de procesos anteriores de organización comunitaria que estaban orientados a la apropiación y permanencia en el territorio a través de la sede física de la Junta de Acción Comunal del barrio Casablanca. Se encontró que las huertas comunitarias se tejen como escenarios políticos y sociales de territorialidad, defensa ambiental y transformación de las relaciones con el entorno urbano.

En el apartado territorial, los hallazgos permiten interpretar que las huertas comunitarias promueven una comprensión relacional y multiescalar del espacio. Las personas participantes no restringen el territorio al espacio físico ocupado por la huerta, sino que lo conciben como una red de interdependencias donde convergen procesos ecológicos, memorias campesinas, relaciones comunitarias, dinámicas urbanas y estructuras ambientales, particularmente la

Huerta Comunitaria Polinizadores con el Humedal Tibabuyes. En consecuencia, la territorialidad ejercida desde estas se configura como una práctica cotidiana de cuidado, organización y producción de sentido, mediante la cual las comunidades reconstruyen sus vínculos con la naturaleza y resignifican su lugar dentro del territorio urbano, cuestionándolo y transformándolo.

En el momento de la reflexión colectiva se pudo reconstruir las experiencias, metodologías y trayectorias de los procesos estudiados, encontrando aprendizajes relacionados con la participación, el trabajo colaborativo, el diálogo de saberes y la construcción de comunidad, por medio de voces que permiten concluir que en los procesos de huertas comunitarias el aprendizaje surge de la experiencia, la práctica compartida y la reflexión sobre la realidad, que se da en el quehacer cotidiano de las actividades que se desarrollan.

De igual forma, se identificó que la continuidad de estos procesos depende en gran medida de la capacidad de mantener dinámicas organizativas fuertes, en que existan los liderazgos comunitarios colectivos, que se garanticen desde el compromiso de los participantes que se entienden como responsabilidad, pero dentro de sus libertades y no como obligatoriedad, para permitir la capacidad de adaptación frente a los desafíos territoriales y sociales que se enfrentan.

Aunque la producción de alimentos no constituye el único propósito de las huertas estudiadas, la investigación evidenció que las prácticas agroecológicas desarrolladas contribuyen a fortalecer procesos de soberanía alimentaria a escala local. La producción de semillas, el intercambio de conocimientos agrícolas, la reflexión crítica sobre los sistemas agroalimentarios y la promoción de hábitos de alimentación saludable, permiten construir alternativas concretas frente a las dinámicas predominantes de consumo y dependencia alimentaria urbana.

La investigación permitió identificar que las huertas comunitarias constituyen escenarios donde se materializan disputas cotidianas sobre las formas de producir, consumir y relacionarse con la naturaleza y especialmente los alimentos. En los procesos estudiados

emergieron tensiones entre prácticas asociadas a modelos agrícolas convencionales, basados en el uso de agroquímicos e insumos externos, y enfoques agroecológicos sustentados en la recuperación de saberes campesinos, el compostaje, la producción de semillas y el manejo ecológico de cultivos. Estas discusiones no se limitaron a aspectos técnicos, sino que expresaron visiones diferentes sobre el cuidado de la vida, la alimentación y el territorio. En este sentido, las huertas se constituyen en espacios de reflexión crítica donde se cuestionan las lógicas de la agroindustria y se construyen alternativas locales orientadas hacia la soberanía alimentaria, la autonomía comunitaria y la sostenibilidad ambiental.

Las huertas comunitarias adquieren mayor capacidad de permanencia y transformación cuando logran establecer vínculos profundos con las dinámicas históricas, sociales y ecológicas de sus territorios. Las experiencias analizadas muestran que la huerta no puede comprenderse como un espacio aislado de siembra, sino como parte de una red más amplia de relaciones que involucra memorias comunitarias, ecosistemas urbanos, organizaciones sociales, instituciones y prácticas cotidianas de los habitantes. La conexión con elementos como los humedales, los espacios públicos recuperados, las organizaciones barriales y otros procesos comunitarios fortalece el sentido de pertenencia y favorece la apropiación colectiva del territorio.

Teniendo en cuenta que los procesos sociales y comunitarios no se pueden categorizar de manera generalizada, se realizó un análisis comparativo para las dos huertas, lo que permitió identificar elementos comunes, diferencias, potencialidades y problemáticas presentes en ambas experiencias. Como elementos comunes se destacan la construcción colectiva de conocimiento, la defensa del territorio, la promoción de prácticas agroecológicas y el fortalecimiento del tejido social; a pesar de esto, se encuentran diferencias en las formas de organización, las motivaciones que dieron origen a cada proceso y las estrategias implementadas para vincular a la comunidad. Esta comparación permitió identificar potencialidades como la capacidad de las huertas para generar procesos educativos, fortalecer la participación comunitaria, recuperar espacios urbanos en abandono o deterioro y promover relaciones más sostenibles con el entorno. Sin embargo, también se evidenciaron

problemáticas relacionadas con la sostenibilidad de los procesos, como el desgaste organizativo, la disponibilidad de tiempo de los participantes y las limitaciones económicas para garantizar la continuidad de las iniciativas.

Los hallazgos permiten afirmar que las huertas comunitarias no solo transforman físicamente los espacios urbanos, sino que producen nuevas formas de habitar el territorio. A través de procesos de recuperación ecológica, encuentro comunitario y construcción de memoria, los participantes resignifican lugares previamente asociados al abandono, la inseguridad o el deterioro ambiental, convirtiéndolos en espacios de pertenencia, identidad y acción colectiva. Las huertas son procesos que construyen, resignifican y configuran el territorio, el cual deja de ser entendido únicamente como soporte físico para convertirse en una construcción social, política y afectiva alrededor de espacios de cuidado de la tierra.

De igual manera, se identificaron tensiones relacionadas con la continuidad de los procesos, el acceso y uso del espacio, y las relaciones con las instituciones; sin embargo, estas experiencias también demuestran una capacidad organizativa que permite sostener procesos comunitarios que sortean las dificultades por medio de acciones colectivas.

La sistematización de experiencias demostró ser una estrategia metodológica pertinente para comprender procesos comunitarios complejos, en tanto permite recuperar las voces de los participantes, reconstruir las trayectorias organizativas y producir conocimiento situado a partir de la práctica social. Más que una técnica de recolección de información, la sistematización se constituyó en un ejercicio de reflexión colectiva que favoreció la recuperación de memorias, la valoración de aprendizajes y el fortalecimiento de la identidad de los procesos estudiados.

Finalmente, las huertas comunitarias son espacios de educación popular donde el cuidado ambiental, las prácticas agroecológicas y la soberanía alimentaria operan como principios organizadores de las relaciones entre personas, espacio y naturaleza, permitiendo la construcción de aprendizajes colectivos, procesos de apropiación territorial y formas de acción comunitaria orientadas a la transformación de la vida cotidiana.

8. Bibliografía

Acosta, H. A. (2022). Organización y resistencias en la localidad de Suba en Bogotá: conflictos y luchas socio-territoriales frente a las políticas neoliberales (1989-2021) [Tesis de maestría, Universidad Nacional de Colombia]. Repositorio Institucional UNAL. https://repositorio.unal.edu.co/handle/unal/81995

Altieri, M. A. & Nicholls, C. I. (2005). Agroecology and the search for a truly sustainable agriculture. Programa de las Naciones Unidas para el Medio Ambiente. https://www.agroeco.org/doc/agroecology-engl-PNUMA.pdf

Altieri, M. Ángel, & Nicholls, C. I. (2012). Agroecología: Única esperanza para la soberanía alimentaria y la resiliencia socioecológica. Agroecología, 7(2), 65–83. Recuperado a partir de https://revistas.um.es/agroecologia/article/view/182861 Altieri, M. A. (2016). Impactos de la agroecología en algunos países latinoamericanos: una aproximación histórica. LEISA Revista de agroecología, 32(3), 5-8. https://www.leisa-al.org/web/index.php/revista-leisa/32-3/1684-impactos-de-la-agroecologia-en-algunos-paises-latinoamericanos-una-aproximacion-historica

Altieri, M. Á. y Nicholls, C. I. (2023). Agroecología, policrisis global y transformación de sistemas alimentarios. Revista Magna Scientia UCEVA, 3(1), 125-131. https://revistas.uceva.edu.co/index.php/magnascientia/article/view/74

Anguera, M. T. (1995). La observación participante. En Á. Aguirre (Ed.), Etnografía: Metodología cualitativa en la investigación sociocultural (pp.

73-83). Editorial Marcombo. https://archive.org/details/aguirre-a.-etnografia.-metodologia-cualitativa-en-lainvestigacion-sociocultural-1995/page/XI/mode/2up

Báez, V., Beltrán, N., Flórez, O., González, D. y Ramos, L. (2023). Metamorfosis del estallido social en Colombia. Maguaré, 37(2), 245–264. https://doi.org/10.15446/mag.v37n2.110662

Barragán-Giraldo, D. F., Ibarra-Mogollón, M. L. C. y Pérez-Pérez, T. H. (2020). Itinerario formativo e investigativo en sistematización de experiencias (IFISE). Revista Colombiana de Educación, 1(79), 243-272. http://www.scielo.org.co/scielo.php?pid=S0120-39162020000200243&script=sci_arttext

Boff, L. (2006). Respeto y cuidado hacia la comunidad de la vida mediante el entendimiento, compasión y amor. La carta de la tierra en acción, 43-46.

Buitrago, L. M. (2025). Huertas Urbanas Comunitarias: Sembrando otras territorialidades en Bogotá [Tesis de maestría, Universidad de los Andes]. Repositorio Institucional Séneca. https://hdl.handle.net/1992/76770

Cáceres, L. A. (2020). Agroecología urbana como alternativa para la soberanía y seguridad alimentaria y nutricional de agricultores urbanos, caso Bogotá Colombia y Aracaju Brasil [Tesis de maestría, Universidad Nacional de Colombia]. Repositorio Institucional UNAL. https://repositorio.unal.edu.co/items/0f8f2e36-3ec8-483b-aa0c-e5d1428577d8

Camargo, A. Y. y Acevedo, Á. (2022). Procesos de innovación agroecológica campesina en Colombia: ejemplos de autogestión del desarrollo desde la base. Agroecología, 15(1), 11–23. http://hdl.handle.net/10201/130096

Cardozo, J. D. (2025). El conflicto por la construcción social del territorio en el humedal Tibabuyes en Bogotá (1998-2021) [Tesis de maestría, Universidad Nacional de Colombia]. Repositorio Institucional UNAL. https://repositorio.unal.edu.co/items/15b8df62-9adb-4c9b-8166-d5b4721eb412

Casas, A. P. (2021). La Chipahuerta, un sueño colectivo de educación ambiental y construcción de territorio [Tesis de pregrado, Universidad Pedagógica Nacional]. Repositorio Institucional UPN. http://hdl.handle.net/20.500.12209/13327

Castells, M. (2015). Redes de indignación y esperanza (Vol. 1, pp. 1-13). Madrid: Alianza editorial.

Cendales, L. y Gómez, S. (s.f.). Unidad 2: El diálogo como principal referente pedagógico de la educación popular [Material de formación]. Dimensión Educativa.

Cendales, L. y Torres, A. (2010). La sistematización como experiencia investigativa y formativa [Documento de trabajo]. CEAAL. http://www.cepalforja.org/sistem/documentos/lola_cendalesalfonso_torres la_sistematizacion_co

Cendales, M. F. (2021). Suba Anfibia cartografía y resistencia territorial, caso Humedal Tibabuyes [Tesis de pregrado, Universidad Distrital Francisco José de Caldas]. Repositorio Institutional UD. http://hdl.handle.net/20.500.12209/16885

Chicaguy, L. S. (2018). Sistema de información geográfica del proyecto de agricultura urbana y periurbana agroecológica del Jardín Botánico de Bogotá José Celestino Mutis (Sgaupa) [Trabajo de pregrado, Universidad Distrital Francisco José de Caldas]. Repositorio Institucional UD.

https://repository.udistrital.edu.co/items/1b2dcfa3-15db-4975-b8ec-0f0e2d6320b8

Compés, R. (1997). Crisis de los alimentos y reformas en la agricultura cubana. Agricultura y sociedad, 82, 183-218.

Corredor, V., & Santiago, H. (2024). Incidencia del crecimiento urbano de la localidad de Suba en el Humedal Juan Amarillo. Revista Novum Ambiens, 2(1). https://doi.org/10.31910/nov.amb.v2.n1.2024.2383

Cossio, D. V. y Puerto, F. (2016). Observatorio local socio ambiental como herramienta de seguimiento y control de la localidad de Suba [Tesis de pregrado, Universidad Libre de Colombia]. Repositorio Institucional Unilibre. https://hdl.handle.net/10901/9538

Cruz, L. T. y Corzo, D. (2021). Educación popular ambiental y huertas urbanas comunitarias propuestas alternativas a los modelos socioeconómico y de educación hegemónicos [Tesis de pregrado, Universidad de La Salle]. Ciencia Unisalle. https://ciencia.lasalle.edu.co/items/235ee830-3842-4cd7-9fe8-9b7afe68050e

Departamento Administrativo Nacional de Estadística [DANE]. (2021, noviembre). Proyecciones de población Bogotá. https://www.dane.gov.co/index.php/estadisticas-por-tema/demografia-y-poblacion/proyecciones-de-poblacion/proyecciones-de-poblacion-bogota

Departamento Administrativo Nacional de Estadística [DANE]. (2024, mayo). Inseguridad alimentaria a partir de la escala FIES – 2023. https://www.dane.gov.co/files/operaciones/FIES/bol-FIES-2023.pdf

Díaz, M. C., Porras, E., Suárez, E., Gómez, J., Ramírez, J. E., Unda, M. P., Álvarez, A., Rodríguez, A., Mejía, M. R. y Pabón, R. (2004). Reflexionando sobre

la sistematización. En Sistematización de Experiencias: Propuestas y debates (Aportes N° 57). Dimensión Educativa, Expedición Pedagógica Nacional.

El Espectador. (2023, 24 de abril). La lucha por los humedales en Bogotá [Video]. YouTube. https://www.youtube.com/watch?v=6tdAvFocySM

Escobar, A. (2014). Sentipensar con la tierra: Nuevas lecturas sobre desarrollo, territorio y diferencia (Vol. 1). Ediciones Unaula. https://biblioteca.clacso.edu.ar/Colombia/escpos-unaula/20170802050253/pdf_460.pdf

Escobedo, F. J., Clerici, N., Staudhammer, C. L. & Corzo, G. T. (2015). Socio-ecological dynamics and inequality in Bogotá, Colombia's public urban forests and their ecosystem services. Urban Forestry & Urban Greening, 14(4), 1040–1053. https://doi.org/10.1016/j.ufug.2015.09.011

Expósito, D. y González, J. A. (2017). Sistematización de experiencias como método de investigación. Gaceta Médica Espirituana, 19(2). https://www.researchgate.net/publication/331013969_Sistematizacion_de_experiencias_como_metodo_de_investigacion

Fals, O. (2009). La investigación acción en convergencias disciplinarias. Revista Paca, (1), 7–21. https://doi.org/10.25054/2027257X.2194

Fantini, A. (2016). Cultivando ciudades: La agricultura urbana y periurbana como práctica de transformación territorial, económica, social y política. [Tesis doctoral, Universidad Autónoma de Barcelona]. https://ddd.uab.cat/pub/tesis/2016/hdl_10803_400657/anfa1de1.pdf

Freire, P. (2005). Pedagogía del oprimido (2.a ed.). Siglo XXI Editores. (Obra original publicada en 1970).

García, O. (2020). Educación popular ambiental en contextos de crisis. Orientaciones pedagógicas para transitar las alternativas ecosociales. Paulo Freire. Revista de Pedagogía Crítica, (24), 38–55. https://doi.org/10.25074/pfr.v0i24.1812

García-Huidobro, J. E., Martinic, S. y Ortiz, I. (1989). Educación Popular en Chile: Trayectoria, experiencias y perspectivas. Centro de Investigación y Desarrollo de la Educación. https://unesdoc.unesco.org/ark:/48223/pf0000194418

Gómez, J. N. (2014). Agricultura urbana en América Latina y Colombia: perspectivas y elementos agronómicos diferenciadores [Trabajo de grado de pregrado, Universidad Nacional Abierta y a Distancia]. Repositorio Institucional UNAD. https://repository.unad.edu.co/handle/10596/2749

Greenpeace Colombia. (2020, noviembre). Situación actual del espacio público verde en Bogotá (Informe técnico, Campaña Nuestra Nueva Ciudad). Greenpeace. https://www.greenpeace.org/colombia/noticia/uncategorized/el-80-de-la-poblacion-en-bogota-vive-con-deficit-de-areas-verdes/

Gilligan, C. (1993). In a different voice: Psychological theory and women's development. Harvard university press.

González, N. (2013). Arquitectura urbana y comportamiento humano: aproximación a las teorías de Henri Lefebvre y otros autores para el análisis del proceso de urbanización en Suba, Bogotá. Territorios, (29), 57–75. https://revistas.urosario.edu.co/index.php/territorios/article/view/2804

Gutiérrez, O. (1999). Los Muiscas: un pueblo en reconstrucción. MJ Editores.

Halbwachs, M. (2004). La memoria colectiva. Prensas Universitarias de Zaragoza. https://ia601509.us.archive.org/17/items/MemoriaColectivaHalbwachs./Memoria%20Colectiva-Halbwachs.-.pdf

Harvey, D. (2013). Ciudades rebeldes: Del derecho de la ciudad a la revolución urbana. (J. Madariaga, Trad.). Ediciones Akal. https://derechoalaciudadflacso.wordpress.com/wp-content/uploads/2014/01/david-harvey-ciudades-rebeldes-del-derecho-de-la-ciudad-a-la-revolucic3b3n-urbana.pdf

Hernández, R., Victorino, I., Castro, L. G. y Eraso, L. (2014). Estado del conocimiento de los humedales continentales en Colombia. Instituto de Investigación de Recursos Biológicos Alexander von Humboldt. http://hdl.handle.net/20.500.11761/9510

Jardín Botánico de Bogotá José Celestino Mutis. (2025). Bogotá es mi huerta: El hogar de la agricultura urbana. https://bogotamihuerta.jbb.gov.co/

Jara, O. (2022). La sistematización de experiencias: prácticas y teoría para otros mundos posibles. Centro de Estudios y Publicaciones de Alforja. https://www.academia.edu/80389832/La_sistematizaci%C3%B3n_de_experiencias

Jelin, E. (2002). Historia y memoria social. En E. Jelin, Los trabajos de la memoria (pp. 63-78). Siglo XXI Editores. https://www.centroprodh.org.mx/impunidadayeryhoy/DiplomadoJT2015/Mod2/Los%20trabajos%20de%20la%20memoria%20Elizabeth%20Jelin.pdf

Kawulich, B. B. (2005). La observación participante como método de recolección de datos (D. López, Trad.). Forum Qualitative Sozialforschung / Forum: Qualitative Social Research, 6(2), Art. 43. https://doi.org/10.17169/fqs-6.2.466

Klaufus, C. & Jaffe, R. (2015). Latin American and Caribbean urban development. European Review of Latin American and Caribbean Studies, (100), 63–72. https://erlacs.org/article/view/24111

Lara, E.y Jaramillo, A. P. (2022). Resultados del proceso de formulación participativa del programa distrital de agricultura urbana y periurbana agroecológica [Documento técnico]. Jardín Botánico de Bogotá José Celestino Mutis.

Lara, J. M. (2021). Identificación y caracterización de conflictos ambientales en la Localidad de Suba, Bogotá D.C. [Tesis de pregrado, Universidad Distrital Francisco José de Caldas]. Repositorio Institucional UD. https://repository.udistrital.edu.co/items/486774fc-8f50-4a83-9e90-1ba8f295c216

Lawson, L. J. (2005). City bountiful: A century of community gardening in America. University of California Press.

Leff, E. (2022). Racionalidad ambiental: la reapropiación social de la naturaleza. Siglo XXI Editores.

Lefebvre, H. (2020). La producción del espacio. Capitán Swing Libros.

Limonad, E. y Monte-Mór, R. L. (2012). Por el derecho a la ciudad, entre lo rural y lo urbano. Scripta Nova: Revista Electrónica de Geografía y Ciencias Sociales, 16(418), 1–25. https://www.ub.edu/geocrit/sn/sn-418/sn-418-25.htm

Lindemann, R., Yáñez, R., Cortínez, V., Carrasco, P. y Migueletto, C. (2024). Aprendizajes de América Latina sobre agroecología y desarrollo territorial para transitar hacia sistemas alimentarios inclusivos y resilientes. Centro Latinoamericano para el Desarrollo Rural (RIMISP). https://www.rimisp.org/wp-content/uploads/2025/01/Aprendizajes-Agroecologia.pdf

Lindón, A. (2009). La construcción socioespacial de la ciudad: el sujeto cuerpo y el sujeto sentimiento. Revista Latinoamericana de Estudios sobre Cuerpos, Emociones y Sociedad, 1(1), 6–20. https://www.relaces.com.ar/index.php/relaces/article/view/45

Luelmo, J. (1975). Historia de la agricultura en Europa y América. Editorial Istmo.

Macias, C., Saboya, C. P., Salgado, C., Garay, L. J. y Mejía, M. R. (2021). Caja de Herramientas de la sistematización. Ediciones Planeta Paz. http://www.planetapaz.org/publications/caja-herramientas

Márquez, J. A. (2020). Pedagogía de la lectura en educación popular: el caso de los pre-ICFES populares en Bogotá. Enunciación, 25(1), 91–102. https://doi.org/10.14483/22486798.16014

Martin, M. A. y Muscar, E. F. (1992). Proceso de urbanización en América del Sur: modelos de ocupación del espacio (Vol. 10). Editorial Mapfre.

Martínez, J. (2021). El ecologismo de los pobres: Conflictos ambientales y lenguajes de valoración. Icaria Editorial; FLACSO. https://books.google.com.co/books?id=TCQsEAAAQBAJ

Martínez, A. D. P., Rincón, I. T., Solano, K. J., Valderrama, M. L. y Benítez, N. H. (2025). Análisis de la expansión urbana y sus efectos en la pérdida de cobertura vegetal en la localidad de Suba, Bogotá D.C. [Tesis de

especialización, Universidad de Manizales, Caldas]. Repositorio Institucional Universidad de Manizales. https://ridum.umanizales.edu.co/items/c1335a07-c508-4c74-ad6f-90f2292efeed

Martínez, M. E. y Rosset, P. M. (2016). Diálogo de saberes en la vía campesina: soberanía alimentaria y agroecología. Espacio Regional: Revista de Estudios Sociales, 1(13), 23–36. https://revistaespacioregional.ulagos.cl/index.php/espacioregional/es/article/view/3008

Martinic, S. (1984). Algunas categorías de análisis para la sistematización. Centro de Investigación y Desarrollo de la Educación (CIDE).

Massey, D. (2005). La filosofía y la política de la espacialidad: algunas consideraciones. En L. Arfuch, Pensar este tiempo: espacios, afectos, pertenencias (pp. 101–128). Paidós.

McClintock, N. (2014). Radical, reformist, and garden-variety neoliberal: coming to terms with urban agriculture's contradictions. Local Environment, 19(2), 147–171. https://www.researchgate.net/publication/259756736_Radical_reformist_and_garden-variety_neoliberal_Coming_to_terms_with_urban_agriculture's_contradictions

Mejía, M. R. (2014). La Educación Popular: Una construcción colectiva desde el Sur y desde abajo. Revista Archivos Analíticos de Políticas Educativas / Education Policy Analysis Archives, 22, 1–31. https://www.redalyc.org/pdf/2750/275031898079.pdf

Melucci, A. (1999). Acción colectiva, vida cotidiana y democracia. Estudios Sociológicos, 19(55), 256–262. https://www.cervantesvirtual.com/obra/accion-colectiva-vida-cotidiana-y-democracia-924292/

Mendoza Zuany, R. G., Cabrera García, F. I., & Sandoval Rivera, J. C. A. (2025). El cuidado socioecológico como base del aprendizaje situado: perspectivas críticas en la educación ambiental. Psicoperspectivas, 24(3), 1–15. https://doi.org/10.5027/psicoperspectivas-vol24-issue3-fulltext-3184

Montañez, D. F. (2019). Caracterización localidad de Suba. Universidad Santo Tomás. https://repository.usta.edu.co/items/fe1378a7-ef0f-4c4a-96a1-24d27afab11c

Montoya, J. W. (2012). Bogotá: Crecimiento urbano y cambio morfológico, 1538–2010 (Tesis doctoral, Université Laval). https://www.academia.edu/88546691/Bogot%C3%A1_crecimiento_urbano_y_cambio_morfol%C3%B3gico_1538_2010 (copia consultada)

Mougeot, L. J. A. (2000). Urban agriculture: Definition, presence, potentials and risks, and policy challenges. International Development Research Centre (IDRC). http://hdl.handle.net/10625/26429

Mutis, R. & Armenteras, D. (2025). Socioeconomic inequality shapes urban bird diversity: evidence for the luxury effect in Bogotá, Colombia. Research Square. https://www.researchsquare.com/article/rs-7716287/v1

Nova, M., Piñeros, M. y Rojas, J. E. (2025). Entre sacrificios y esperanzas: análisis de conflictos socioambientales en Bogotá desde una perspectiva de ecología política. Revista de Estudios Sociales, (91), 99–122. https://doi.org/10.7440/res91.2025.06

Observatorio Ambiental de Bogotá. (2022, mayo). Huertas Urbanas: ¿Qué son y cuántas hay en Bogotá? (M. D. Flórez Camelo, Ed.). https://oab.ambientebogota.gov.co/huertas-urbanas-que-son-y-cuantas-hay-en-bogota/

Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura [FAO] (2014a). Agricultura urbana y periurbana en América Latina y el Caribe: Una realidad [Folleto]. Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura. https://www.fao.org/fileadmin/templates/FCIT/PDF/Brochure_FAO_3.pdf

Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura [FAO] (2014b). Ciudades más verdes en América Latina y el Caribe. Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura. https://bdd.pseau.org/outils/ouvrages/fao_ciudades_mas_verdes_en_america_latina_y_el_caribe_2014.pdf

Ortega, P. y Torres, A. (s.f.). Unidad 1: Referentes éticos y políticos de la educación popular [Material de formación]. Universidad Pedagógica Nacional. https://doi.org/10.56085/01238590.430

Ortega R. C., Medina, E. K., & Fernández, O. (2021). Avances de la Secretaría Distrital de Salud en la implementación de huertas agroecológicas en zonas urbanas y periurbanas de Bogotá, una estrategia que integra la salud ambiental y la seguridad alimentaria y nutricional. Bogotá 2021. Boletín Epidemiológico Distrital-Bed, 18(11), 4-17.

Palacios, M. Á. (2022). Análisis de las dinámicas territoriales de la localidad de Suba entre 1990 y 2021 como perspectiva clave para el ordenamiento territorial [Trabajo de grado, Universidad de Córdoba]. Repositorio

Institucional Unicordoba. https://repositorio.unicordoba.edu.co/handle/ucordoba/5069

Patiño, V. M. (1990). Historia de la cultura material de la América equinoccial. Tomo I: alimentación y alimentos. Instituto Caro y Cuervo. https://babel.banrepcultural.org/digital/collection/p17054coll10/id/3311/

Peña, E. J. y Prieto, L. F. (2014). Corredor ecológico metropolitano humedal torca [Tesis de pregrado, Universidad La Gran Colombia]. Repositorio Institucional UGC. https://repository.ugc.edu.co/server/api/core/bitstreams/774a7555-10c0-4e28-bc88-28e233a77b7b/content

Plonska, O. & Saramifar, Y. (2019). The urban gardens of Havana: seeking revolutionary plants in ideologized spaces. Springer. https://link.springer.com/book/10.1007/978-3-030-12657-5

Prunier, D., Le Gall, J., Pasquier, A. G. y Espinosa, D. M. (Coord.) (2020). Justicia y soberanía alimentaria en las Américas. Desigualdades, alimentación y agricultura. Universidad Nacional Autónoma de México, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, École Urbaine de Lyon – Université de Lyon, Fundación Heinrich Böll.

Punto Periferia. (2021, 21 de mayo). Ciudades resilientes, los huertos urbanos. Coolhuntermx. https://coolhuntermx.com/ciudadesresilientesloshuertosurbanoscdmxedo-mexalimentacion/

Ramírez, J. C. (2009). Economía y territorio en América Latina y el Caribe: desigualdades y políticas. CEPAL. https://www.cepal.org/es/publicaciones/2539-economia-territorio-america-latina-caribe-desigualdades-politicas

Ramírez, L., Sánchez, C. y Gómez, C. (2008). Agroecología urbana en Bogotá: situación, perspectivas y retos. Universidad del Rosario, Jardín Botánico de Bogotá.

Restrepo, N.y Muñoz, C. F. (2023). Colombia en resistencia: la huerta como un espacio de resiliencia para las mujeres y la comunidad desde la soberanía alimentaria. Anales de Geografía de la Universidad Complutense, 43(2), 415–438. https://doi.org/10.5209/aguc.90583

Riascos E. F. (2025). La agroecología escolar como estrategia pedagógica transformadora: revisión sistemática de experiencias en soberanía alimentaria y educación ambiental (2020-2024). Revista Historia de la Educación Colombiana, 34(34), 121–142. https://doi.org/10.22267/rhec.253434.131.

Richter, F y Cuenca J. (2018). Huertos de ocio y vida comunitaria: La agricultura urbana como experiencia de participación ciudadana. En Ocio y participación social en entornos comunitarios (pp. 189–212). Universidad de La Rioja. https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=6510342

Rodríguez, D. (2010). Territorio y territorialidad: Nueva categoría de análisis y desarrollo didáctico de la Geografía. Uni-pluriversidad, 10(3), 90–100. https://revistas.udea.edu.co/index.php/unip/article/view/9582

Rodríguez, D. (2017). Agricultura Urbana en Bogotá: aporte para el cambio cultural [Tesis de maestría, Universidad Nacional de Colombia]. Repositorio Digital UNAL. https://www.researchgate.net/publication/348440940_Agricultura_urbana_en_Bogota_adaptacion_cultural_a_los_ecosistemas (copia consultada, página 179).

Rojas J. J. (2018). La apropiación simbólica del territorio: Una tradición actualizada desde la nueva geografía cultural. Revista Geográfica Venezolana, 59(2), 434–447. https://www.redalyc.org/journal/3477/347760473010/html/

Roncancio, D. A., Garzón, L. J. y Briez, W. A. (2016). La Territorialidad Integral como Eje Articulador para el Desarrollo Local Sostenible: Caso Plan de Manejo Ambiental del Humedal La Conejera (Bogotá D.C.-Colombia) [Tesis de especialización, Universidad Distrital Francisco José de Caldas]. Repositorio Institucional UD. http://hdl.handle.net/11349/3744

Rosset, P. y Martínez, M. E. (2016). Agroecología, territorio, recampesinización y movimientos sociales. Estudios Sociales: Revista de Alimentación Contemporánea y Desarrollo Regional, 25(47), 273–299. https://www.ciad.mx/estudiosociales/index.php/es/article/view/318

Salamanca, N. L. (2016). Balance del programa de agricultura urbana liderado por el Jardín Botánico de Bogotá José Celestino Mutis [Trabajo de grado, Universidad Distrital Francisco José de Caldas]. https://repository.udistrital.edu.co/items/05e3093c-7bc2-4ba4-8bad-d3f747a04adc

Saldías, G. (2016). Huerta urbana comunitaria, una buena práctica social. Revista Diseño Urbano & Paisaje (DU&P), 13(31), 54–61. https://dup.ucentral.cl/dup_31/gabriela_saldias.pdf

Sánchez, D. P. (2024). “Bogotá es mi huerta”: política de agricultura urbana y periurbana agroecológica en Bogotá, Colombia. Cadernos de Agroecología, 19(1), Anais do XII Congresso Brasileiro de Agroecologia, Rio de Janeiro, RJ. https://cadernos.aba-agroecologia.org.br/cadernos/article/view/9360

Sánchez, L. (2015). De territorios, límites, bordes y fronteras: una conceptualización para abordar conflictos sociales. Revista de Estudios Sociales, (53), 175–179. https://doi.org/10.7440/res53.2015.14

Sánchez, L. M. S. (2008). Éxodos rurales y urbanización en Colombia. Perspectiva histórica y aproximaciones teóricas. Bitácora Urbano Territorial, 13(2), 57–72. https://revistas.unal.edu.co/index.php/bitacora/article/view/18522/19432

Sandoval, R. (2017). Territorialidad y contexto sociocultural para procesos educativos de los jóvenes y adultos. The Biologist, 15(1), 181–192. https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=9397848

Santiago, M. H. (2012). Importancia histórica y cultural de los humedales del borde norte de Bogotá (Colombia). Revista U.D.C.A Actualidad & Divulgación Científica, 15(1), 167–180. https://doi.org/10.31910/rudca.v15.n1.2012.814

Sevilla E. y Woodgate, G. (2013). Agroecología: Fundamentos del pensamiento social agrario y teoría sociológica. Agroecología, 8(2), 27–34. https://revistas.um.es/agroecologia/article/view/212161

Spíndola, O. (2016). Espacio, territorio y territorialidad: una aproximación teórica a la frontera. Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales, 61(228), 27–56. https://www.elsevier.es/es-revista-revista-mexicana-ciencias-politicas-sociales-92-articulo-espacio-territorio-territorialidad-una-aproximacion-S0185191816300393

Suret Leguizamón, S. S. (2024). Comparación entre la cantidad de árboles por localidad y la concentración de material particulado PM2.5 en Bogotá D.C. Observatorio Ambiental de Bogotá, Secretaría Distrital de Ambiente.

https://oab.ambientebogota.gov.co/estudio-de-la-relacion-entre-los-arboles-y-la-contaminacion-del-aire-en-bogota/

Tamayo, A. y Merchán, J. (2025). Panorámica sobre la ética del cuidado situada en procesos de formación. En P. Ortega (Ed.), El cuidado: preocupaciones y posibilidades en la acción pedagógica (pp. 41–72). Universidad Pedagógica Nacional. https://repositorio.upn.edu.co/items/dadb249d-d97c-43bf-98b0-83e1f0fe4544

Taylor, S. J. y Bogdan, R. (1987). Introducción a los métodos cualitativos de investigación. Paidós. https://pics.unison.mx/maestria/wp-content/uploads/2020/05/Introduccion-a-Los-Metodos-Cualitativos-de-Investigacion-Taylor-S-J-Bogdan-R.pdf

Toledo, V. M. y Barrera-Bassols, N. (2008). La memoria biocultural: la importancia ecológica de las sabidurías tradicionales. Icaria Editorial. https://www.academia.edu/43013138/La_Memoria_Biocultural_La_Importancia_Ecol%C3%B3gica_de_las_Sabidur%C3%ADas_Tradicionales

Tornaghi, C. (2014). Critical geography of urban agriculture. Progress in Human Geography, 38(4), 551–567. https://journals.sagepub.com/doi/10.1177/0309132513512542

Tornaghi, C. y Certomà, C. (Eds.). (2019). Urban gardening as politics. Routledge. https://www.routledge.com/Urban-Gardening-as-Politics/Tornaghi-Certoma/p/book/9780367500399

Torres, A. (2011). Educación popular: trayectoria y actualidad. Universidad Bolivariana de Venezuela.

Trespalacios, O. L., Ruíz, F. L., Otero, J. y Ramírez, D. P. (2008). Biodiversidad y conectividad ecológica en la zona urbano rural de la localidad de Suba.

Instituto de Investigación de Recursos Biológicos Alexander von Humboldt. http://hdl.handle.net/20.500.12324/12908

Vivas, M. A. (2024, noviembre 7). Protegen humedal La Conejera en medio del debate por inundaciones y obras en Bogotá. El Espectador https://www.elespectador.com/bogota/protegen-humedal-la-conejera-en-medio-del-debate-por-inundaciones-y-obras-en-bogota-noticias-hoy/

Zaar, M.H. (2011). Agricultura urbana: algunas reflexiones sobre su origen e importancia actual. Biblio 3W: Revista Bibliográfica de Geografía y Ciencias Sociales, 16(944). https://raco.cat/index.php/Biblio3w/article/view/250870

Zambrano, F. (2015). Alimentos para la ciudad: historia de la agricultura colombiana (1ª. Ed). Editorial Universidad Nacional de Colombia.

Zapata, F. y Rondán, V. (2016). La investigación-acción participativa. Guía conceptual y metodológica del Instituto de Montaña Instituto de Montaña, Agencia de los Estados Unidos para el desarrollo Internacional (USAID). https://mountain.pe/recursos/attachments/article/168/Investigacion-Accion-Participativa-IAP-Zapata-y-Rondan.pdf

9. Anexos:

Presentación Power Point (sustentación)

Planeaciones Huerta Paz de la esperanza